

An abstract painting featuring several vertical, textured brushstrokes in shades of grey, black, and brown, set against a background of muted, earthy tones like beige and olive green. The overall effect is one of quiet contemplation and depth.

Diego Jaramillo
Parajes del silencio
(1975-2025)

Edición: Cristóbal Zapata



Foto: Andersson Sanmartín

Diego Jaramillo Parades

(Cuenca, Ecuador, 1957). Arquitecto y artista visual. Magíster en Estudios de la Cultura. Profesor de Arquitectura y de Diseño en las Universidades de Cuenca y del Azuay. Decano fundador de la Facultad de Diseño de la Universidad del Azuay, director de la Escuela de Artes Visuales de la Universidad de Cuenca. Presidente de las bienales iberoamericanas de Arquitectura Académica (Universidad de Cuenca) y presidente del Simposio Permanente sobre la Universidad (UDA). Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Azuay (1999-2003), director de Áreas Históricas de la Municipalidad de Cuenca, consultor de OEA-CIDAP para varios proyectos en el área artesanal. Profesor de los Cursos Interamericanos de Diseño Artesanal y de los Cursos para Artesanos Artífices. Ha presentado varias publicaciones en libros y revistas sobre temas de arte, cultura y arquitectura. Fue curador general de la IX Bial de Cuenca y comisario por Ecuador de la VII edición. Ha realizado alrededor de cuarenta exposiciones individuales, fue parte de la representación de Ecuador en la I Bial de Cuenca. Ha sido distinguido con la Presea al Mérito Cultural por la Casa de Cultura, Núcleo del Azuay. En 2018 fundó el espacio cultural Saladentro.





GAD Municipal Cuenca

Cristian Zamora Matute
Alcalde de Cuenca

José Corral
Director General de Cultura, Recreación y Conocimiento

Tania Navarrete
Jefa de Promoción de Patrimonio y Conocimiento
Directora del MMAM

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi
Directora de la Casa Editora

Diego Jaramillo: Parajes del silencio (1975-2025)

Coordinador editorial: Cristóbal Zapata

© Textos: Alfonso Carrasco, Iván Carvajal, Jorge Dávila, Alexandra Kennedy, Claudio Malo, Juan Martínez, Tania Navarrete, Marco Antonio Rodríguez, Carlos Rojas Reyes, Catalina Sojos, Cecilia Suárez, Carlos Vásconez, Oswaldo Viteri, Cristóbal Zapata

© Fotografía: Alessandro Bo, Fernanda García, Bernardo Zamora Arízaga y Diego Jaramillo

© De esta edición: Universidad del Azuay-Casa Editora, 2026.

Diseño y diagramación: Bernardo Zamora Arízaga

Corrección de textos: Bernardo López Bueno

ISBN: 978-9942-54-047-8

e-ISBN: 978-9942-54-048-5

e-PUB: 978-9942-54-049-2

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay

Cuenca - Ecuador, 2026



ALCALDÍA DE
CUENCA
2023 - 2027

DIRECCIÓN GENERAL DE
CULTURA, RECREACIÓN
Y CONOCIMIENTO

mmam
MUSEO MUNICIPAL
DE ARTE MODERNO

45 ANIVERSARIO
1981-2026



**UNIVERSIDAD
DEL AZUAY**

Casa
Editora

Diego Jaramillo
Parajes del silencio
(1975-2025)

Edición:
Cristóbal Zapata



La ciudad de Cuenca acoge con satisfacción la exposición y el libro del maestro Diego Jaramillo, un referente de nuestra pintura contemporánea. Su obra, que abarca más de cinco décadas de creación, representa un testimonio del talento cuencano y de la fuerza transformadora del arte como vehículo de reflexión, identidad y sensibilidad.

En un mundo que avanza con rapidez, la mirada de Jaramillo invita a detenernos y reconocer el valor del pensamiento creativo como motor de desarrollo humano y social.

Desde la Alcaldía de Cuenca y la Dirección General de Cultura, Recreación y Conocimiento, reafirmamos nuestro compromiso con los creadores que, con su obra, fortalecen la memoria cultural y el patrimonio de nuestra ciudad.

La exposición en el Museo Municipal de Arte Moderno y esta publicación son una muestra del diálogo constante entre tradición e innovación que impulsa la gestión cultural de Cuenca.

En nombre de la ciudad, un reconocimiento al autor de estas obras, que reflejan la sensibilidad, creatividad y espíritu libre que caracterizan al arte de nuestra tierra.

Cristian Eduardo Zamora Matute
Alcalde Ciudad de Cuenca



PÓRTICO

Nos alegra ser parte de esta coedición dedicada a repasar la obra plástica de Diego Jaramillo, querido amigo en la Universidad del Azuay, fundador y profesor de la Facultad de Diseño, la primera del Ecuador en su ámbito, una comunidad histórica y de gran influencia en nuestra ciudad y país en el ámbito del arte, la artesanía y el diseño. Diego tuvo también una participación importante en el planteamiento de nuestro modelo educativo y en el Simposio Permanente sobre la Universidad.

Fue Claudio Malo, entonces decano académico de la UDA y director del CIDAP-OEA, quien tuvo la visionaria idea de crear la Facultad de Diseño donde Diego desempeñó un papel decisivo, pues como lo cuenta en una entrevista para la revista *Coloquio*, el gran reto que se impuso la Facultad fue “crear una carrera desde el contexto propio, nuestro, desde el conocimiento de la Antropología, de la realidad local, de la historia del arte ecuatoriano”.

Diego fue también destacado profesor de Arquitectura en la Universidad de Cuenca, presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Azuay, y más tarde creó y dirigió, junto con su hija Sofía, la galería de arte Saladentro, de gran suceso durante el tiempo que funcionó.

Simultáneamente a su vida académica y a su actividad como arquitecto, diseñador y gestor cultural, se encuentra su vocación artística, su permanente diálogo con la pintura, su exploración en las formas y el color como parte sustancial de sus búsquedas estéticas y espirituales.

Este libro recapitula de manera exhaustiva la trayectoria artística de Diego Jaramillo; un recorrido de 50 años que celebramos conjuntamente con el artista y la ciudad.

Francisco Salgado Arteaga
Rector de la Universidad del Azuay



CONTEMPLACIONES:
SENTIPENSANDO EL ARTE DE
DIEGO JARAMILLO

Lo visible es un invento. Sin duda, uno de los inventos
más formidables de los humanos
EULÀLIA BOSCH

Conocí a Diego Jaramillo en el contexto del Salón de Pintura Luis A. Martínez (2004), junto a Nancy Vizaino y Cristóbal Zapata, se encontraban en su rol de jurados del certamen. En un plácido recorrido por las calles de la ciudad de Ambato, compartimos reflexiones sobre arte, arquitectura, patrimonio, identidad, sus preocupaciones estéticas y sociales. Este primer diálogo me reveló la profunda comprensión que Diego tiene de su entorno y la forma en que su pensamiento y obra dialogan con la historia cultural del país. Conocer a Diego en ese momento iniciático del pasado me permitió comprender la complejidad de su esencia creadora, que lo ha llevado a convertirse en una figura central de la pintura cuencana. Esa causalidad se transformó en una amistad constante a lo largo de los años, marcada por la admiración y el anhelo de comprender ¿Cómo las distintas formas de ver y sentipensar el devenir del tiempo presente, influyen sobre el mundo pictórico ecuatoriano?

Dicen que ver es un acto de alquimia: la luz atraviesa nuestra córnea, se abre paso por la pupila, mientras nuestro iris regula su intensidad. El cristalino se enfoca, otorgándonos acceso al misterio, pues lo que llega a la retina no es solo color y forma, es un impulso que nuestra mente transforma en señales eléctricas, vibraciones invisibles que viajan por el cerebro, conectando y traduciendo las imágenes en información sensorial, pensamientos, emociones y memorias.

En una búsqueda incesante de reafirmación y reconocimiento, los *Homo sapiens* vivimos un tiempo rápido, en el que sentimos la presión de demostrarnos productivos, exitosos, eternamente jóvenes y, además, bellos. Nos prometieron libertad, pero hoy estamos más atados que nunca: a las obsesiones del trabajo, a la tecnología, al último grito de la moda, a la vorágine del consumo. Parece imposible acallar la “mente del mono” que salta sin descanso —del presente al pasado, del buen recuerdo a la preocupación, del deseo al miedo—; mientras el virus de la ansiedad nos posee, impidiéndonos disfrutar plenamente del ahora, nos vemos obligados a correr, aumentando la sensación de insatisfacción y ya nadie recuerda dónde está el control para poder detenerse.

En un tiempo donde el pensamiento y la acción libre se extingue bajo la presión del deber ser —esa exigencia, propia y ajena, de actuar según normas, de responder a expectativas, de cumplir con roles sociales preestablecidos—, y donde el incesante desplazamiento del *scroll* en las redes sociales nos absorbe el tiempo y la concentración, comenzamos a convertirnos en autómatas: pseudo máquinas de ego. En ese estado, nuestros errores dejan de ser simples tropiezos y se transforman en decisiones que repercuten profundamente en los ámbitos personales, políticos, sociales, ambientales y, por tanto, culturales.

En este contexto, la obra de Diego Jaramillo adquiere una relevancia profunda. A lo largo de sus cincuenta años de trayectoria, atravesando distintas etapas y búsquedas, Diego mantiene un hilo conductor: un mensaje estético comparable con la poesía, que nos invita a recuperar el acto de la contemplación. Ese gesto de crear sin limitaciones —simple y a la vez tan radical— se revela como un arma de resistencia humana frente a la vorágine del mundo contemporáneo y al advenimiento de la inteligencia artificial.

Como diría el filósofo y teórico cultural surcoreano Byung-Chul Han en *Vida contemplativa*:

La política de la inactividad libera a la inmanencia de la vida de la trascendencia, que es la que la aleja de sí misma. Sólo en la inactividad nos percatamos del suelo sobre el que pisamos y del espacio en el que nos hallamos. La vida se pone en un modo contemplativo y vuelve a montarse sobre su secreta razón de ser. Se encuentra consigo misma y se contempla a sí misma. Llega hasta su inmanencia profunda. Solo la inactividad nos inicia en el misterio de la vida. (Byung-Chul Han, *Vida contemplativa*, Barcelona: Taurus, 2023).

En una especie de terapia visual, el artista nos invita a detenernos un instante y concedernos la oportunidad de

sentir. Sus abstracciones, fruto de una búsqueda de libertad expresiva, se despliegan como venas que recorren el lienzo en múltiples direcciones. Lejos de las formas naturales, su obra no busca el estruendo de la novedad, sino el murmullo sereno de la observación atenta, que nos conduce al silencio, nos enseña a soltar y nos invita a mirar hasta que los sentidos, poco a poco, se calman. En esa quietud que nos propone la contemplación, la pintura de Jaramillo se encarna en nosotros. Sus atmósferas, veladuras y contrastes actúan como lágrimas que humedecen y limpian; sus tonos blanquecinos y translúcidos nos devuelven la claridad. De pronto, el acto de mirar se convierte en un acto de sentir. La luz, el color y la textura se organizan en nuestra mente, se reconocen y se reinterpretan. Como buen arquitecto y artista autodidacta, la obra de Jaramillo nos invita a comprender el espacio austral que habitamos y a percibir lo que late entre lo visible y lo oculto. Es en ese umbral donde su obra alcanza toda su fuerza.

Puedo imaginar a Diego en su taller como un chamán en trance o un músico de jazz, dejando que la energía fluya libremente a través de sus manos. Cada mancha, goteo y pinceladas espontáneas de su tachismo, reúne su intensidad, impulso y ritmo. Cada gesto se convierte en huella, una energía vital que revela tanto el estado interior del creador como su vínculo íntimo —y su necesidad— del acto de pintar.

Sus abstracciones despliegan una realidad liberada de toda atadura figurativa. Diego no intenta reproducir el mundo, sino engendrar uno propio, donde el color, las líneas y las superposiciones adquieren significado autónomo. La pintura de Jaramillo es un registro de un instante creativo. Es un espacio donde lo físico y lo emocional se entrelazan, y donde la libertad de expresión se transforma en experiencia vivida. Despojado del ego, el artista no pinta para imponer, sino para compartir. Gracias a esta disposición, su obra nos abre a una nueva perspectiva de recogimiento, donde lo que desaparece no es el pensamiento, sino el ruido que lo asfixia. Allí, en la quietud de su gesto pictórico, el libre pensador encuentra un lugar para existir.

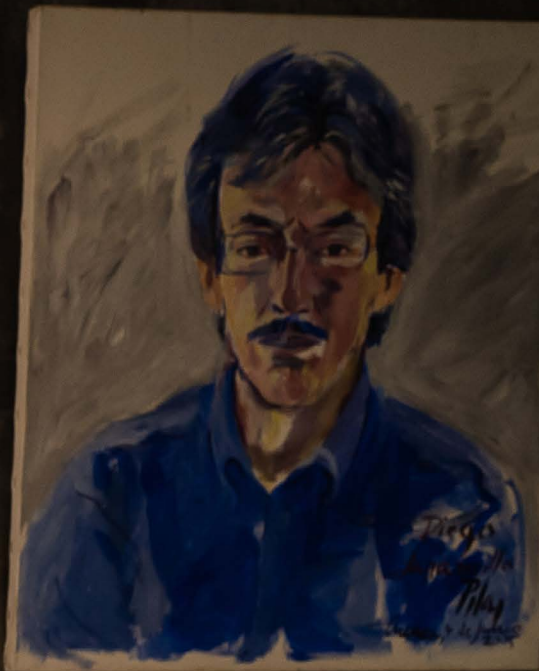
En las salas del Museo Municipal de Arte Moderno (MMAM), Diego Jaramillo a lo largo de distintas etapas de su trayectoria creativa ha presentado su obra con sus paisajes abstractos, abiertos a interpretaciones diversas y capaces de invitar al espectador a la contemplación. En junio de 1982, participó en la exposición “Siete Jóvenes Pintores Cuencaños”. En octubre de 1985, presentó su primera exposición individual en el MMAM, ocupando las salas uno y dos con sus motivos favoritos de entonces: telares, urdimbres y tramas multicolores. En noviembre de 1987 participó en la colectiva “Primer Salón de Noviembre del MMAM”, y en marzo de 1990 volvió a integrarse a otra colectiva en el museo. En

febrero de 1991 formó parte de la exposición colectiva en homenaje al décimo aniversario del MMAM. Más adelante, en abril de 1995, regresó con sus pinturas de paisajes, que se exhibieron en el área amarilla del museo. Para el 2026, cuando el Museo Municipal de Arte Moderno está celebrando sus 45 años de vida institucional, Diego Jaramillo, luego de recorrer múltiples espacios, regresa al MMAM cargado de experiencia y nuevas claves y búsquedas creativas en su camino hacia la trascendencia. En esa clave, su pintura nos seguirá transportando a un espacio-tiempo donde el silencio se convierte en lenguaje visual.

Tras veintinueve años de seguir su trayectoria, he sido testigo de cómo su obra se despliega en nuestro consciente y subconsciente, permitiéndonos transitar entre lo tangible y lo intangible. Al contemplar sus lienzos, habitamos un umbral: un territorio suspendido donde las preocupaciones estéticas y filosóficas se disipan, y la mente entra en paz. Al final, nos encontramos respirando distinto. A sabiendas de que el arte es siempre más preguntas que respuestas, nuestra percepción despierta: los estímulos sensoriales se aclaran, podemos contemplar con calma y, al hacerlo, nos conectamos con nuestra sabia naturaleza donde el alma se nutre y el sentido de la vida se revela. Quizás el libre pensador —o la librepensadora— todavía habite en nosotros, y no todo esté perdido.

Tania Navarrete
Jefa de Promoción y Conocimiento
del GAD Municipal de Cuenca
Directora del Museo Municipal de Arte Moderno

Cuenca, 16 de septiembre de 2025



El arte en todas sus expresiones es el territorio donde habita la esencia de lo humano. Se engendra en un tejido de relaciones con uno mismo, con los otros, con la naturaleza, con el cosmos, con el todo y con la nada, como un caudaloso e inagotable río de sentidos.

Este libro refleja el permanente fluir de ese río desde su nacimiento en las lejanas alturas de mi niñez hasta este momento en las tierras bajas próximas al mar. Río que a momentos es más transparente y claro y en otros turbio y oscuro y que antes de fundirse con el mar se decanta y sedimenta.

Aquí están, en lawws obras, mis diversas preocupaciones teóricas y conceptuales, mis preocupaciones estéticas y expresivas que tan bien han sabido interpretarlas los diversos analistas de mi obra en su lectura profunda, rigurosa y creativa de mi trabajo.

Agradezco a las instituciones coeditoras: la Municipalidad de Cuenca, Museo Municipal de Arte Moderno, la Universidad del Azuay y su Casa Editora; y, a los diversos críticos que han escrito sobre mi obra, a Cristóbal Zapata editor y Bernardo Zamora diseñador, mi reconocimiento por su profesionalismo y empeño para la calidad de este libro.

Un eterno agradecimiento a mi familia, parte esencial de mi trabajo, a Maya por los paisajes compartidos, a Jaqui por los nuevos paisajes; y a quienes, siempre, en su ausencia están presentes.

Diego Jaramillo

ÍNDICE

19		<i>PARAJES DEL SILENCIO:</i> EL INTINERARIO ARTÍSTICO DE DIEGO JARAMILLO, <i>Cristóbal Zapata</i> (Editor)
23		INICIOS
37		ANCESTRALISMO
65		AMORES EN EL BOSQUE
83		DI-EGO
103		HUELLAS
127		PAISAJE
155		DEHISCENCIAS
167		AUTORRETRATOS
181		MARES Y RÍOS
197		BLANCO SUR
217		AUTORRETRATO SIN MI
235		ENTREVER
255		PARAJES
284		RESEÑA DE LOS AUTORES
286		TRAYECTORIA ARTÍSTICA
288		BIBLIOGRAFÍA SOBRE SU OBRA



PARAJES DEL SILENCIO:
EL INTINERARIO ARTÍSTICO DE
DIEGO JARAMILLO,
Cristóbal Zapata (Editor)

El cuadro más antiguo que se conserva de Diego Jaramillo es una pequeña acuarela de escolar con la que gana un premio intercolegial en 1968. Se trata de un nocturno urbano, el fragmento de una ciudad dominada por tres edificios algo fantasmales, donde aparecen algunas luces encendidas, bajo una luna llena y dorada. La extrañeza y soledad que rodean esta vista infantil, como las líneas sencillas con las que ejecuta la escena, anticipan algunos cuadros que el artista en ciernes pintará en el futuro.

Tras su debut figurativo, a comienzos de los setenta, dibujos “feístas” en cera y crayón¹ —de los que no se conservan registros—, los primeros cuadros conocidos de Diego Jaramillo —de fines de esa década— están nítidamente inscritos en las coordenadas del precolombinismo o ancestralismo que vivía ya sus años postreros en el país y en el continente. Con un vocabulario muchas veces prestado de Wilfredo Lam o Roberto Matta, y especialmente

de las pinturas de Fernando de Szyszlo que evocaban tanto las arquitecturas como los diseños cerámicos y textiles de las culturas peruanas originales (Chancay, Paracas, etc.), el ancestralismo se había convertido en una fórmula plástica repetida hasta el cansancio. Sin embargo, en esos mismos años —inclusive un poco antes, en el caso de Eduardo Vega—, algunos artistas cuencanos consiguen dar un último giro de tuerca al recetario precolombino desde la incorporación y recreación de su propio paisaje y memoria cultural. Entre ellos: Ricardo Montesinos, Jorge España, Tomás Ochoa y Diego Jaramillo.

Entonces las pinturas de Diego Jaramillo eran noches de piedra ancestral, o bien, paisajes andinos estilizados donde las cordilleras semejaban columnas vertebrales, residuos fósiles, tramas textiles envueltas en colores vibrantes como notas musicales. Más luego, sus telas evocarán el entramado orgánico de árboles, bosques, incluso los amazones de guadua propios de los sistemas constructivos vernáculos. Cañas, troncos y palos de madera dispersos, en medio de superficies suavemente texturadas —a manera de una pátina de acrílico que creaba un efecto de envejecimiento o desgaste—, como vestigios de un edificio que hubiera estallado, de

¹ Así le cuenta a Eliécer Cárdenas en una entrevista aparecida en el suplemento *La Pluma*: “Diego Jaramillo, espacios y color”, diario *El Tiempo*, Cuenca, 8 de abril de 1995.

un paraíso perdido. Rastros de ceremonias extinguidas en la noche del tiempo, sus exploraciones en el espacio plástico entrañaban una meditación sobre la dimensión corrosiva del tiempo desde una sensibilidad antropológica, donde naturaleza y cultura dialogaban sutilmente. Esa mirada es el fruto de un espíritu de época latinoamericano abocado en releer las señas de su identidad cultural, pero también, de la experiencia personal del artista en su calidad de investigador del Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares (CIDAP) y catedrático-fundador de la Facultad de Diseño de la Universidad del Azuay donde las formas e imaginarios ancestrales estaban siendo revisados desde una visualidad contemporánea.

Gradualmente esos fragmentos del mundo natural (vegetal y mineral) a veces chocan o se sobreponen provocando la luminosidad del relámpago que anticipa la tormenta. Masas compactas, volúmenes pétreos, nubes espesas configuran una atmósfera de gran densidad plástica y emocional. Las fuerzas cósmicas configuran el escenario de un drama soterrado, interior. Si se mira bien, quizá los cuadros más personales de Jaramillo no sean sus autorretratos, o sus series autorreferenciales (*Di-ego* o *Autorretrato sin mí*), sino sus paisajes azotados, atravesados por un silencio ruidoso, o un ruido silencioso. Al menos las fisuras y escisiones psí-

quicas que son el secreto *leitmotiv* de su pintura parece que encuentran aquí su realización mejor. No en vano Jaramillo echa mano de un término quirúrgico para titular una de sus series: *Dehiscencias*: aquella herida que se reabre después de suturarse.

Hay en sus atmósferas —incluso en las más reposadas—, en aquellas superficies blancas de sus series recientes como *Entrever* (2023), una especie de tensión contenida, a punto de estallar, una herida latente, una abertura genésica, una hendidura genital que se traduce en manchas y borrones. Ya Kandinsky —que evidenció su preocupación por las cualidades metafísicas y asociativas del color—, en su libro clásico *De lo espiritual en el arte* (1911) señalaba que el color blanco “afecta a nuestra psiquis como un gran silencio”².

Si su ciclo *Blanco Sur* (2019-2020) marcó un punto de inflexión en su percepción cromática del paisaje, en *Parajes* (2025), su última serie, Diego Jaramillo ha vuelto por sus fueros de antaño: las cuñas y retazos de madera de sus cuadros de mediados de los noventa ahora reaparecen como

2 Citado por John Golding, “Kandinsky y el sonido del color”, en *Caminos de lo absoluto, Mondrian, Malévich, Kandinsky, Pollock, Newman, Rothko y Still*, Turner/Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2005, p. 133.

los postes de los cercos que dominan unos paisajes no menos insolados y atribulados, envueltos en la bruma y la neblina. En esta especie de cuadriláteros metafísicos en medio de cerros y descampados andinos, parece también librarse una encarnecida batalla interior entre el artista y su conciencia, entre el artista y su mundo. Pero estas cercas espinosas, con sus alambres de púas además podrían verse como una gran metáfora de la distopía planetaria que habitamos ante el revival de los nacionalismos, el reforzamiento de las fronteras, la persecución, el confinamiento y/o expulsión de los inmigrantes que se está llevando a cabo ahora mismo, y donde las sofisticadas tecnologías de comunicación parecen habernos incomunicado en lo sustancial, aplazando una interlocución plena, que involucra la inteligencia y el cuerpo. La soledumbre universal ha construido nuevas prisiones, cárceles reales y virtuales, no menos aciagas que los tenebrosos penales de otras épocas. La belleza melancólica de estos *parajes del silencio* —que nos recuerdan los escenarios de algunos relatos de Kafka y de Sartre, o la atmósfera de suspensión emocional de *El desierto de los tártaros* de Dino Buzzati, o de *El mar de las Sirtes* de Julien Gracq—, están atravesados —incluso sacudidos—, por una corriente existencial y política, de allí su dimensión poética.

Esos alambres de púas que apenas alcanzamos entrever entre los cercos, a su vez, nos reenvían a los clavos de sus inquietantes esculturas de 2023, de claras reminiscencias genitales y femeninas. Como en las experiencias extáticas de los místicos, en estas piezas parecen fundirse el gozo erótico y el tormento físico. El sexo es al mismo tiempo una flor carnal y carnívora, una forma seductora y una trampa mortal.

La obra de Diego Jaramillo es el fruto de las oscilaciones emocionales y estéticas entre la contemplación serena y silenciosa de la naturaleza y las ráfagas y celajes de sus heridas y demonios personales. Esta llama doble evidencia el impulso vital y estético de sus búsquedas creativas.

En esta edición el artista nos ofrece una amplia recopilación de registros de obras y una no menos generosa selección de textos de escritores, poetas, críticos y académicos de distintas promociones que han acompañado su trayectoria artística y que dan cuenta de la fecunda interlocución que ha prologado a lo largo del tiempo.

Cuenca, enero de 2026





INICIOS

LA PASIÓN POR EL ARTE

Alfonso Carrasco Vintimilla

Recuerdo que Dante sitúa en uno de los peores círculos del Infierno, junto a los blasfemos, parricidas, traidores, coloca —digo— a los que él llama más o menos los “tibios de espíritu”: hombres dubitativos, bucólicos, indiferentes, incapaces de sentir una pasión intensa, en suma. Y el poeta tenía razón: no existe pecado más grande y abominable que la indiferencia.

Pero se dirá que en todos los tiempos ha sido así: solo los grandes, los genios, de cualquier actividad, han sido los apasionados. Sin embargo, pienso que el fenómeno de la indiferencia es más agudo en nuestro tiempo. Sólo los jóvenes marcan la pauta contraria.

Y este fenómeno, sobre todo la indiferencia que lleva a la mediocridad, es más notoria en nuestro medio. Estamos viviendo la transición entre una sociedad rural, de sistema semifeudal a una sociedad urbana de sistema desarrollado, semicapitalista dependiente. Esta transición nos desequilibra, nos deja anonadados.

Sin embargo, mi actividad como docente me ha permitido ver que nace un hombre nuevo en nuestra ciudad: jóvenes que empiezan al abrigo de grandes pasiones: sea por el hombre, sea por el arte o la ciencia. Impulsados por esas pasiones van a transformar, a sacudir, a hacer estallar nuestra placidez pueblerina. Son pocos, pero van a dejar profunda huella.

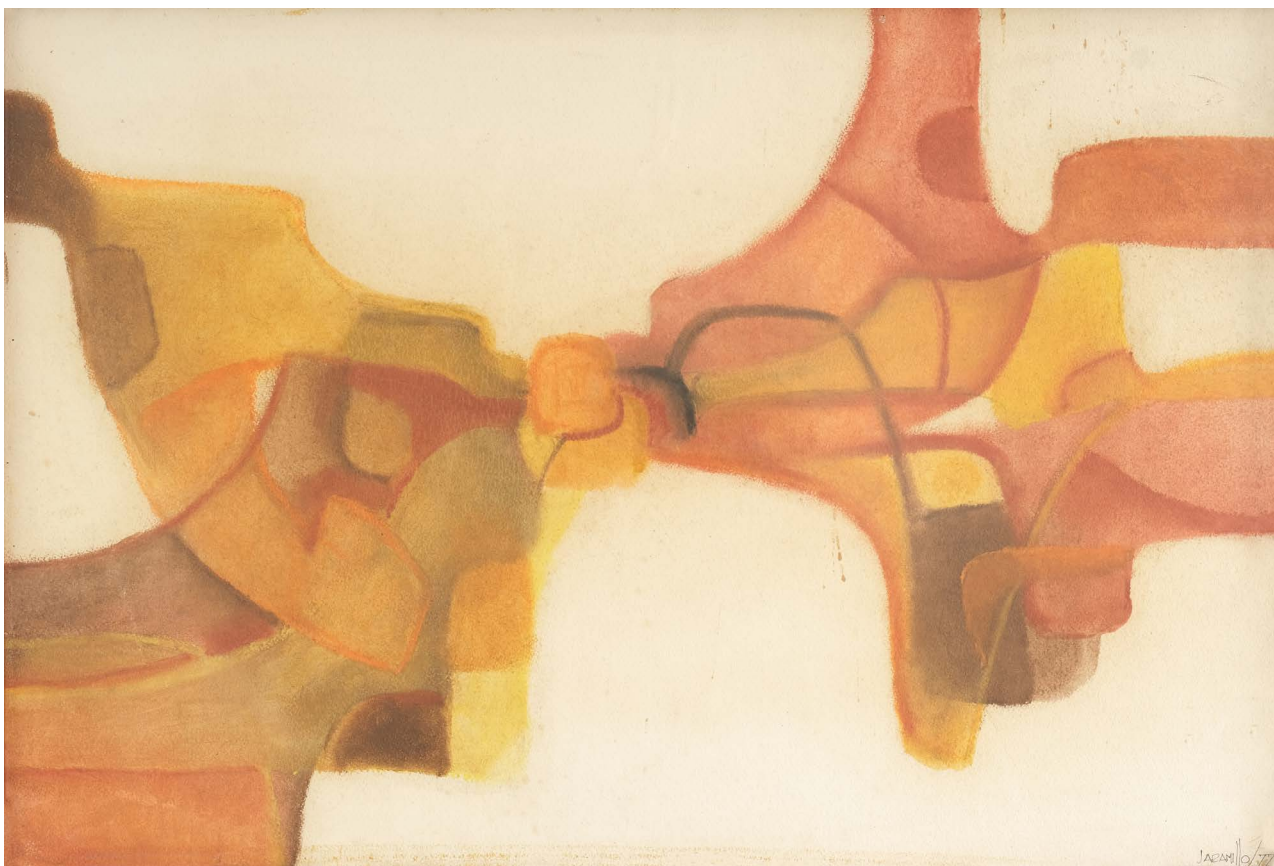
Y entre estos jóvenes está Diego Jaramillo. Hombre de pasiones intensas y de convicciones firmes. Pero de pasiones que son sometidas por la voluntad para volcar su orientación y convertirlas en fuerza creadora. Esas pasiones que animan a los líderes, los místicos, los científicos y a los artistas auténticos.

Diego Jaramillo piensa y siente como aquel personaje de una obra de Camus, el cual afirmaba que los pueblos necesitamos alguna catástrofe para despertar del marasmo y sentir una pasión por algo; es decir, vivir auténticamente, salvarnos y ayudar a los demás a salvarse. Aunque Diego sabe también que catástrofe es un término que debe ser entendido metafóricamente: como sacudimiento a las conciencias... Diego es un hombre apasionado que se prepara para algún día sacudir la conciencia adormecida de nuestro medio. Sabe también que la empresa es ardua y larga. Por eso quiere empezar pronto. Ahora asistimos a este comienzo. Y todos podemos descubrir en la firmeza y rotundidad de las formas, en la intensidad y contraste, un talento de artista verdadero que promete mucho y ya está dando sus primeros logros. Pero, sobre todo, descubriremos ese espíritu apasionado, sensibilidad, talento, espíritu y pasión que lo llevarán muy lejos.

(Presentación de la exposición en la Galería Sangurima, Cuenca, 1975).



Sin título, acuarela sobre cartulina, 23 x 28 cm, 1968. Colección del artista



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 39 x 55 cm, 1977. Colección particular

INICIOS, MUCHOS INICIOS

Carlos Rojas Reyes

Todo origen es múltiple: no existe un solo punto de partida. Se comienza a vivir desde la diversidad, y los caminos, ocasionalmente se cruzan, creando unidades temporales, fragmentarias que rápidamente se dispersan. Viajamos en varias direcciones al mismo tiempo: avanzamos, retrocedemos, nos damos cuenta de que el tiempo no es lineal. Más aún, que el tiempo se ha hecho añicos.

Inicios, muchos inicios.

Divagamos y, en este deambular en un mundo sin señales, acudimos al arte para sujetarnos a la realidad; pero el arte se nos resiste, carece de respuestas. Pronto comprendemos que, en vez de mantenernos en tierra, suelta las amarras, leva anclas. No hay hoja de ruta, no hay puerto que espere por nosotros. Así Diego Jaramillo se inicia.

Los primeros cuadros, los lienzos vacíos, las pinceladas que en ese momento son enteramente nuevas, son una iniciación. Ritos de pasaje que conducen a otros mundos, que se abren a otras realidades. Se descubre que en aquello que se quiere representar siempre hay más, que el arte es excedentario, que *mágicamente* brotan en el espacio en blanco con voluntad propia, colores, motivos, composiciones, seres que se insinúan, que luchan por mostrarse y que se ocultan entre las estructuras, los paisajes imprecisos, los ambientes difuminados.

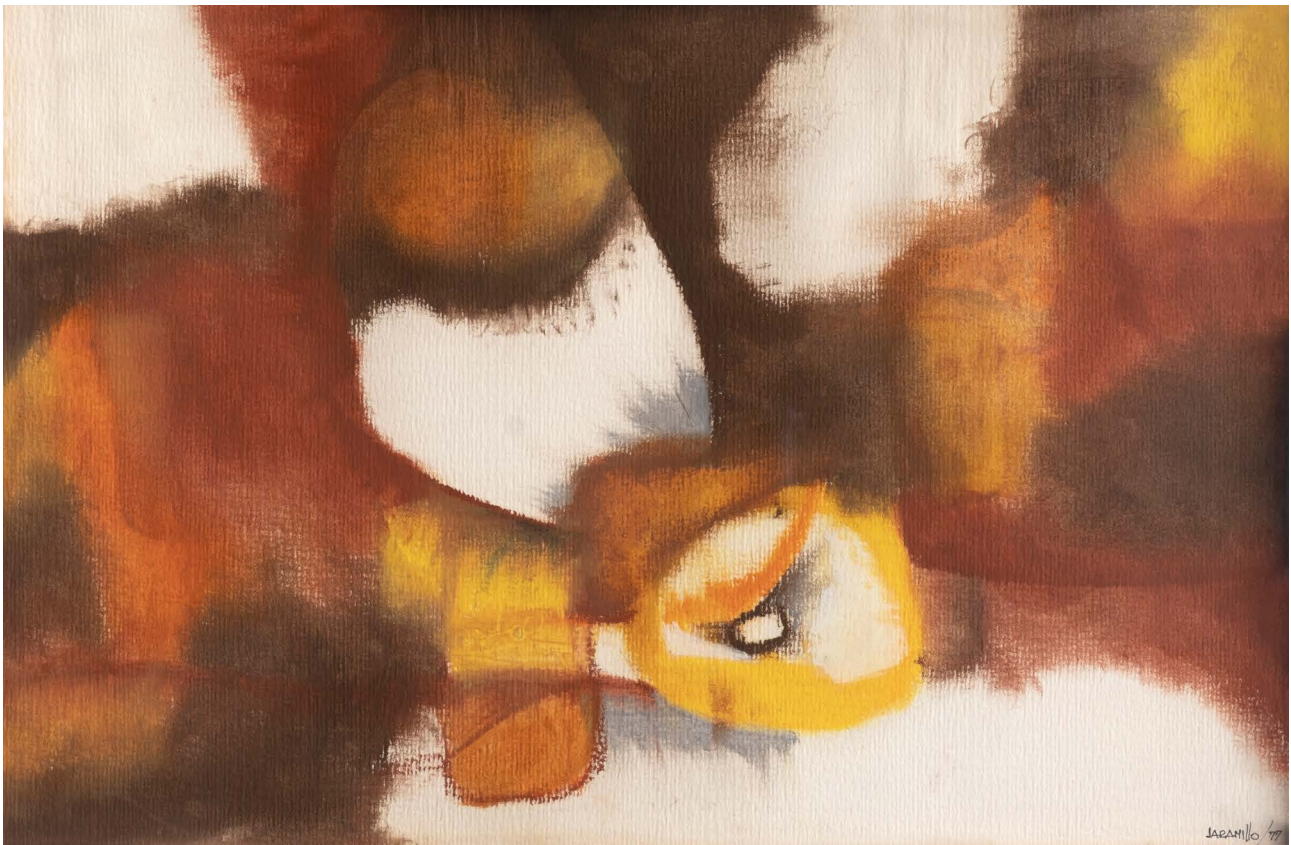
In-auguración de los recorridos. Los cuadros quizás no están allí para adivinar cuál será el destino del artista, a

dónde será conducido por las corrientes subterráneas, cómo quedará atrapado en los flujos del inconsciente estético. Y cuando estamos mirándolos sentimos una inquietud que no sabemos de dónde proviene. Estamos siendo atisbados; alguien nos mira de reojo, como si no quisiera que percibamos que está allí.

En otras ocasiones esa presencia simplemente se limita a estar allí, inmóvil, hierática en un ritual desconocido, simulando que forma parte del paisaje. Si nos fijamos, la figura imprecisa que apenas si se deja *adivinar* por el augur Diego Jaramillo, corta el recorrido del paisaje, rompe con la naturaleza, deja de ser suelo y se convierte en sujeto. A veces nos parece que se adelanta y sale al encuentro, en otros momentos se oculta y regresa al fondo.

La aparición de los personajes apenas delineados, que incluso pueden pasar desapercibidos, será una constante en su obra ¿Quiénes son? ¿qué dicen? ¿de qué y con quién hablan? Difícil de imaginar, arduo de pensar. Más bien tienen el efecto brutal de la presencia de otro ser humano, de la diferencia entre estar solos y que alguien más esté en el mismo lugar en el que estamos. No importa que sea un desconocido. O más bien, sí importa que lo sea.

Aquel que está en el cuadro, a quién no podemos nominar, que no tiene más atributo que el de la sugerencia, también está diciendo lo mismo que el espectador: *Ese desconocido que nos observa*. De pronto, nos estrellamos



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 33 x 50 cm, 1977. Colección particular

contra el muro, nos hemos percatado que somos el otro del otro, que somos también figuras imprecisas, mal delineadas, apenas formadas en el paisaje de la existencia.

Así que las figuras imprecisas no tienen que ver con alguna proyección psicológica. Se trata de un procedimiento inverso. No es el artista quién se está proyectando, de la manera que sea, en la obra. Es el cuadro el que se ha vuelto principio de subjetivación. El personaje indeciso, casi solo una mancha alargada de color nos reconoce como seres humanos, nos hace entrar en la colectividad social, nos habla: *No sé quién eres, al parecer eres como yo.*

Inicios: anunciación ¿Cuál es la proclama pública que la obra dice en voz alta en medio de la plaza? Se puede decir que el artista se enfrenta a una guerra interminable y esta es la primera batalla. Figuración versus abstracción, en donde la abstracción siempre termina por ganar, pero nunca lo hace completamente. La figura queda exhausta, pero viva. Se rehace, únicamente para ser derrotada nuevamente. Persistencia de la figuración sometida, dominada, obligada a mostrar los secretos de su conformación.

Varios procedimientos formales se utilizan en la confrontación, que expresan unas veces el armisticio; en otras ocasiones, la continuidad de litigio entre la realidad representada y la verdad de la realidad representada. El textil se vuelve color, movimiento, secuencia que, a pesar de ser reconocible, introduce elementos de su disolución.

El paisaje que se convierte en estudio de composición. Bloques de color sobre fondos negros, grises, búsqueda de equilibrios dinámicos, arritmias del paisaje nocturno. Sol transformado en un cuerpo flotante, abolición de la perspectiva. Naturaleza teselada, figuras geométricas que se superponen o yuxtaponen, fragmentos de historias no naturales.

Recursos variados para escapar de lo real. A menudo se funden con el momento anterior: la voluntad de abstracción es simultáneamente fuerza de subjetivación. Paisaje que se convierte en fragmentos de personas, diálogos entre las geometrías, voces que susurran, que no alcanzamos a descifrar su mensaje. Lo importante es que están hablando entre ellas, no con nosotros.

Ni los procesos de abstracción son siempre los mismos, ni su significado es unívoco. Entonces cabe la pregunta: ¿cuál es su significado aquí en esta obra? Sería demasiado apresurado dar una respuesta. Podríamos quedar en que este inicio tematiza, delimita un campo en el que la obra de Diego Jaramillo se da, que será una constante tratada de muchas maneras, resuelta e irresuelta, a veces con nostalgia, en otras ocasiones con violencia, hasta llegar al presente en donde la realidad se disuelve sin dejar los rastros mínimos que aparecen en sus diferentes períodos. Todavía en el comienzo no están dados los significados. Aún significados y significantes no se encuentran del todo. Están ya los personajes en escena. La obra está recién por empezar.

Cuenca, 2020



Sin título, pastel al óleo, 35 x 50 cm, 1977. Colección particular



Sin título, témpera sobre cartón, 47 x 27 cm, 1971. Colección del artista

LO POPULAR Y
LOS LENGUAJES ARTESANALES
Marco Antonio Rodríguez

Diego nació y creció en un hogar donde el amor por el saber y la lectura, por la belleza en su multiplicidad de expresiones y el respeto por el mundo popular, tramaban el tiempo. Sus padres participaban activamente en la vida cultural y artística de Cuenca. En este horizonte, sin duda, pueden hallarse los primeros indicios que fraguaron su vocación artística... En estas condiciones, dibujar y pintar, que es lo que siempre hizo, era un hecho “natural” y bien visto por todos. Del juego infantil al trabajo más consciente en el arte, solo dio un paso imperceptible. Es que el arte siempre estuvo en él o quizá Diego en él.

Diego Jaramillo ha combinado —sabia, vertiginosamente— los tres amores de su vida: arquitectura, diseño y pintura.

Artista de excepcional talento —hay que decirlo— nunca se ha centrado solo en la pintura. Hombre culto, laborioso y enérgico por antonomasia, ha desdeñado la posibilidad de dedicarse solo a una actividad en su vida. Su trabajo ha sido multifacético, reflejo de su compulsiva marca humana intrépida y solidaria, quizás buscando una estética vital desbordadora de los límites del arte.

En la descomposición y recomposición que sufría Ecuador y América en los años setenta y ochenta, Diego se empeñó con denuedo y dación proverbial a buscar en lo popular y en los lenguajes artesanales, un referente o principio de identidad que diera sentido a la vida misma, diluida en los fulminantes cambios de la modernidad que comenzaba a experimentar el mundo.

(Del libro *Palabra e imagen*. Quito, 2001)



Sin título, tinta sobre cartulina, 46 x 34 cm, 1972. Colección particular





ANCESTRALISMO

LLAMA VIVA

Marco Antonio Rodríguez

El adjetivo *abstracto* es tan impropio (discorde) como suelen serlo los que califican las grandes corrientes de la pintura moderna, pero todos lo acatamos. Se refiere al arte que repugna la copia o imitación de un modelo exterior a la mente del pintor. Con la abstracción, toda referencia desaparece y, por primera vez en la historia del arte, el cuadro se limita a ser —como en la reiterada definición de Maurice Denis— una superficie plana recubierta de colores ensamblados en cierto orden. Pero los abstractos de Diego Jaramillo son mucho más. Fusión con la naturaleza y sus conceptos. Profunda interacción con sus desplazamientos interiores. Exacerbación de su entorno y del de los otros. Y en el centro. Irradiando los prodigios de sus potenciales luces y penumbras, signos, alusiones, intimaciones con lo ancestral, todo resuelto con estupendas ejecuciones matéricas. En un ritmo rotatorio y magnífico, manchas, rayaduras y símbolos se yerguen como fuegos de artificio perdurables —llama viva—.

El arte de Diego Jaramillo no está constituido por casualismos. Lo gestual sí, pero su esencia radica en hacer

sensible su aspiración interior en cada forma y en su resonancia íntima. La poética de este artista se fundamenta en una intensa evolución hacia lo interno de la “naturaleza” y el correspondiente abandono de la experiencia y su embellecimiento exterior.

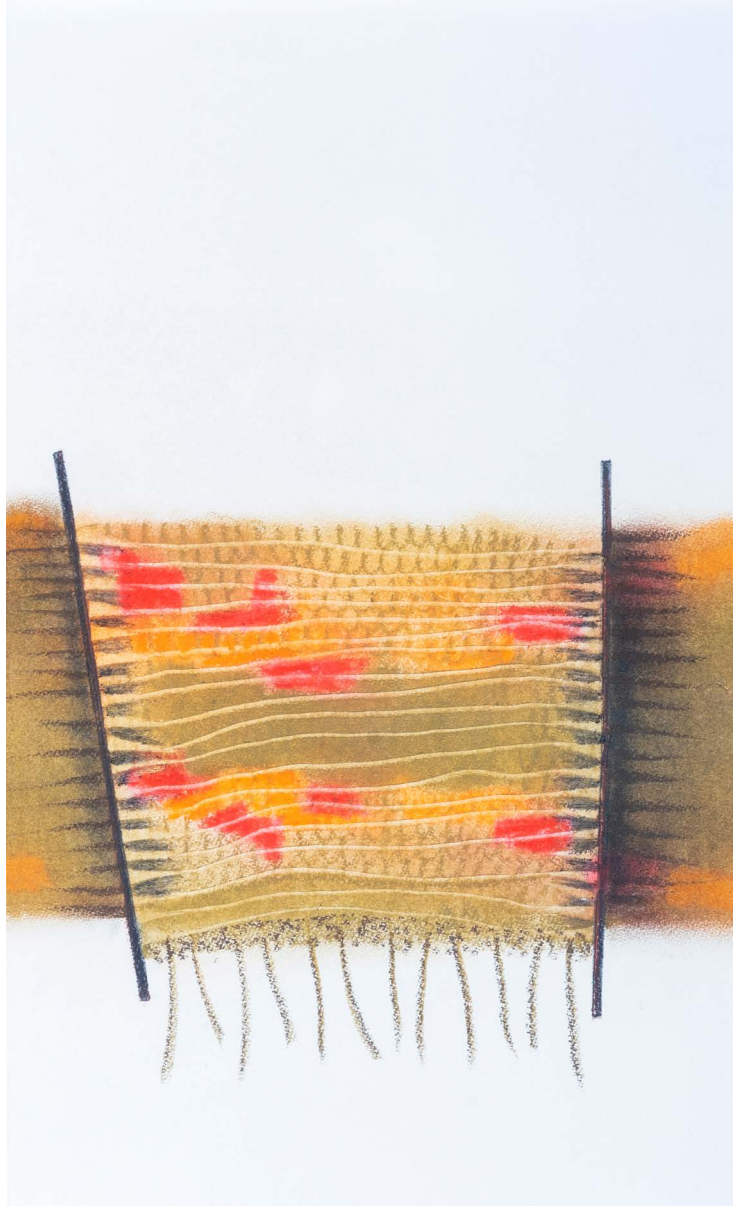
Diego empezó a pintar imbuido por los telares y tejidos preciosistas de la mano popular. Asombrado por estas expresiones, deja que asomen en sus primeros cuadros rastros de textiles, hilos tinturados con esos colores únicos que solo logra la magia popular, retazos, fibras, masas semiabstractas que, a ratos, es verdad, semejan figuras de ensueño. El pastel al aceite...le sirvió para organizar una serie de secretas formas con reminiscencias orgánicas de fiestas religiosas sepultadas por el tiempo (en Diego, lo ancestral y lo popular fluyen espontáneamente por sus canales creadores).

El espacio —otro de los puntales de la obra de Jaramillo: lo ordena, lo adecua para sus proposiciones estéticas, lo somete y pone a su merced— casi siempre ominoso, desolado, es el telón de fondo para sus formas —hechizo y asombro— que van y vienen seduciendo al espectador.

(Del libro *Palabra e imagen*. Quito, 2001)



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 48 x 29 cm, 1984.
Colección particular



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 55 x 39 cm. 1984.
Colección Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares, CIDAP



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 55 x 39 cm. 1984.
Colección Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares, CIDAP



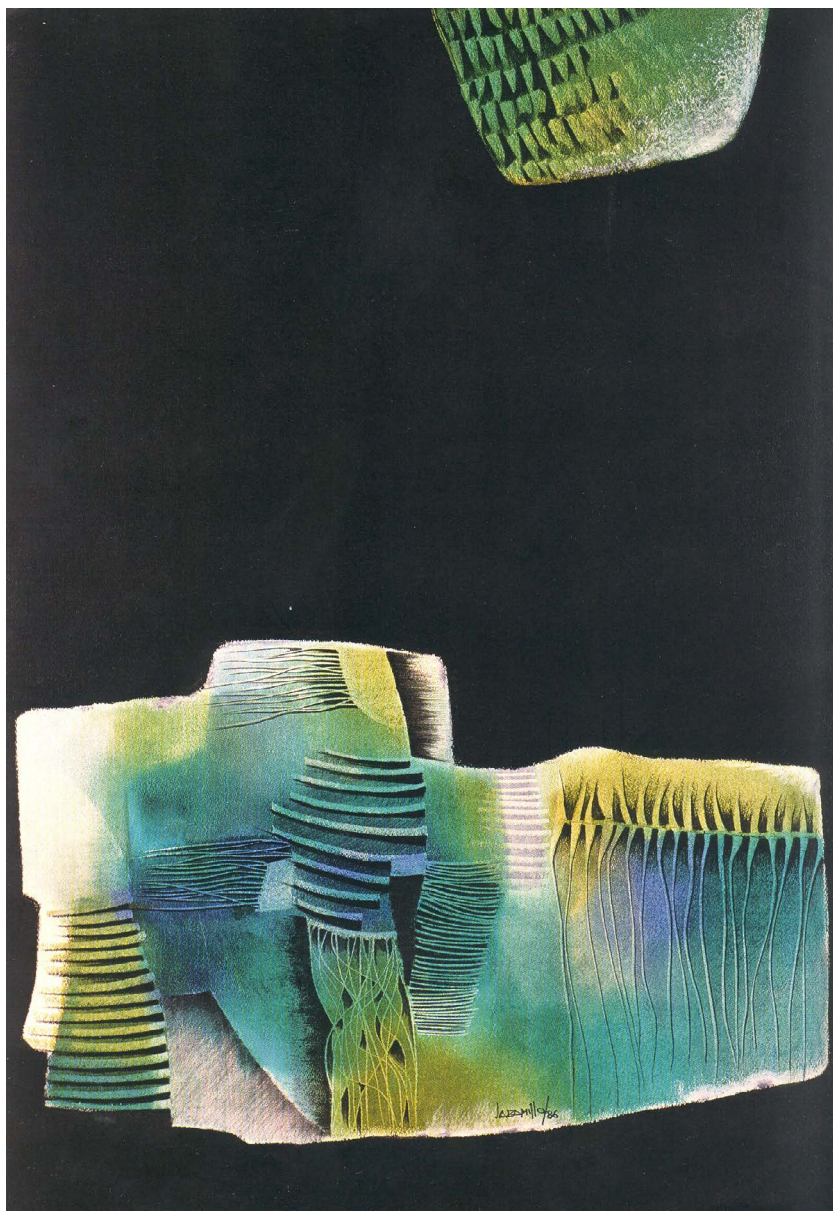
Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 55 x 39 cm, 1984.
Colección particular



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 37 x 55 cm, 1984.
Colección particular



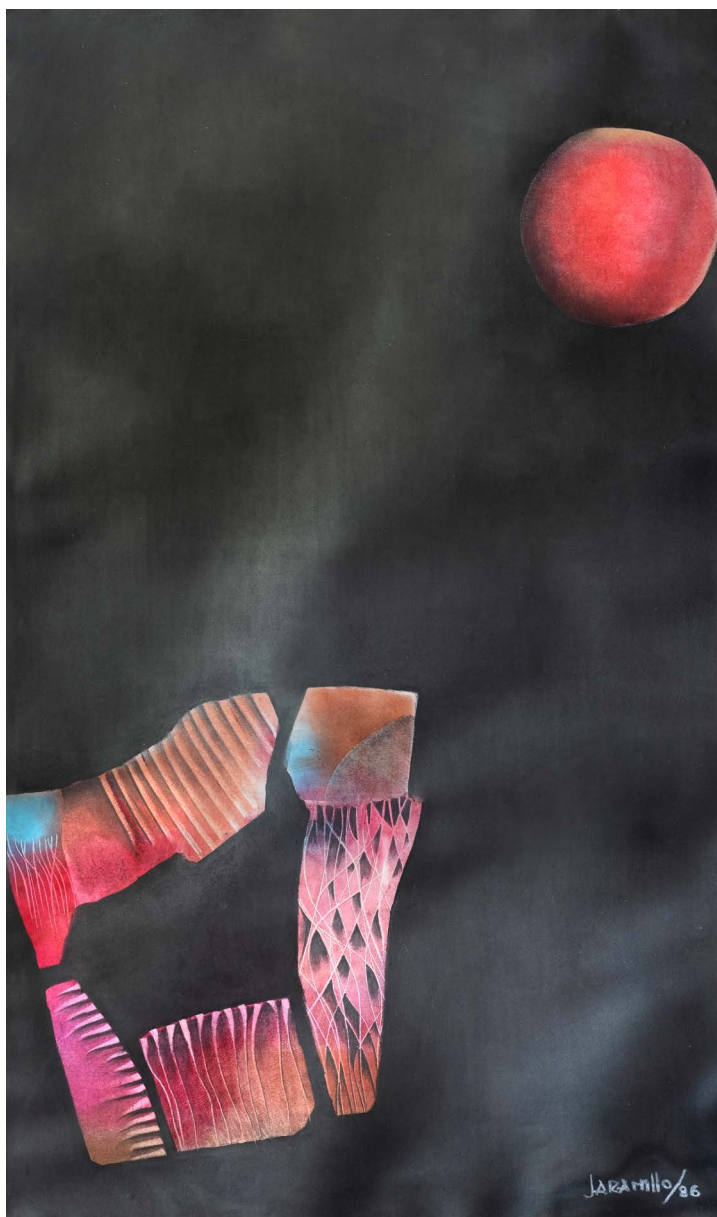
Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 75 x 55 cm, 1985.
Colección del artista



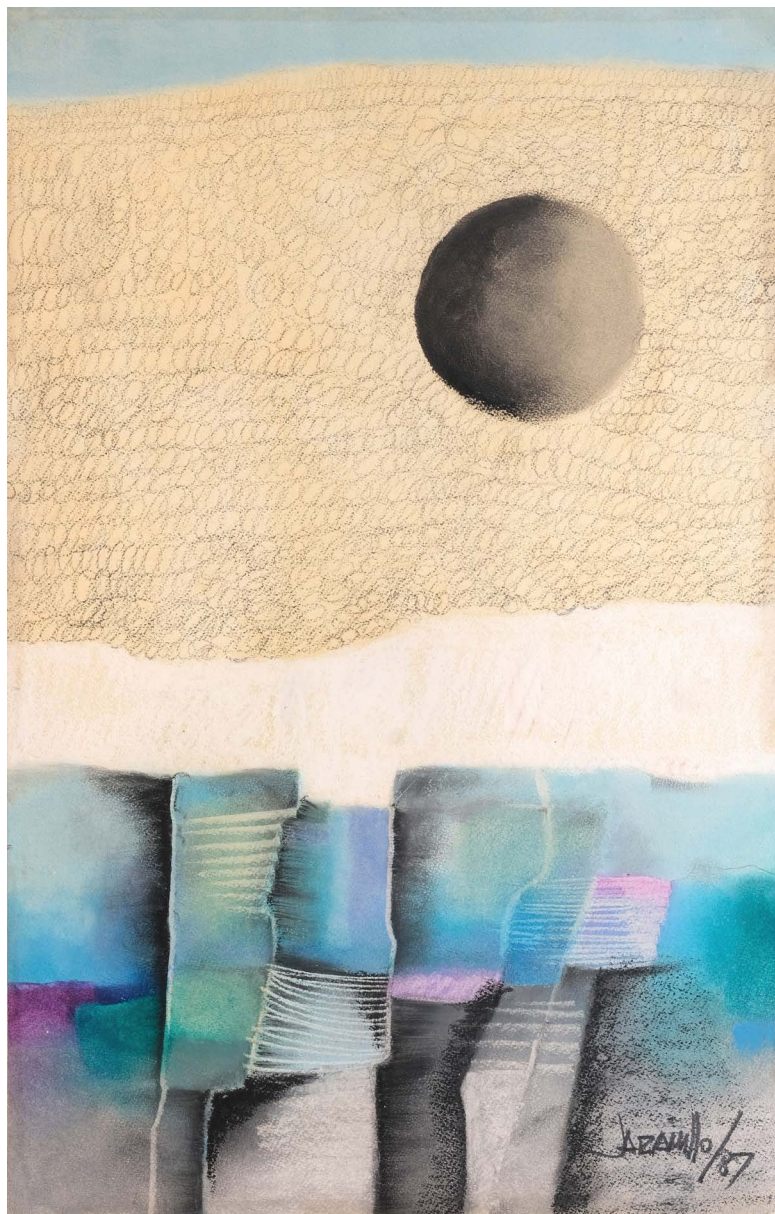
Habitantes de la noche IV, pastel al óleo sobre cartulina, 75 x 55 cm, 1986.
Obra participante en la primera Bienal de Cuenca, colección del artista



Habitantes de la noche I, pastel al óleo sobre cartulina, 100 x 60 cm, 1986.
Obra participante en la I Bienal de Cuenca. Colección del artista



Habitantes de la noche II, pastel al óleo sobre cartulina, 100 x 60 cm, 1986.
Obra participante en la I Bienal de Cuenca. Colección del artista



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 50 x 33 cm, 1987.
Colección particular

EL LATIDO DEL PASADO

Carlos Rojas Reyes

El artista regresa a mirar a lo ancestral, alejándose de los elementos figurativos; se queda con la composición y el color. Desde allí, lentamente, emergen los personajes apenas visibles que dialogan como espíritus de los antepasados. Allí las formas se convierten en dedos, los huesos adquieren por ellos mismos formas humanas.

El universo pasado de lo ancestral vuelve a cobrar vida, late nuevamente, regresa para contar sus historias nunca contadas del todo. Los textiles ensayan otras urdimbres y tramas; hacen su aparición grafías, signos en la búsqueda de un lenguaje propio. Pero es un recurrir a un mundo que ya no está, que no puede decirnos su verdad; de allí el recurso a ese delicado equilibrio de los cuerpos suspendidos, de las masas que flotan sobre un fondo negro, de los cuerpos que son arrastrados hacia arriba, aunque tenemos la sensación de que están a punto de venirse abajo.

Precariedad del pasado, fragilidad de la memoria, delicado equilibrio de los cuerpos.

Cuenca, 2020



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 1987.
Colección particular



Encuentro ancestral, pastel al óleo / sobre cartulina, 50 x 60 cm, 1987. Colección del artista



Oh tiempo solo en tu vacío, pastel al óleo sobre cartulina 63 x 48 cm, 1988.
Colección Museo de Arte Moderno de Cuenca



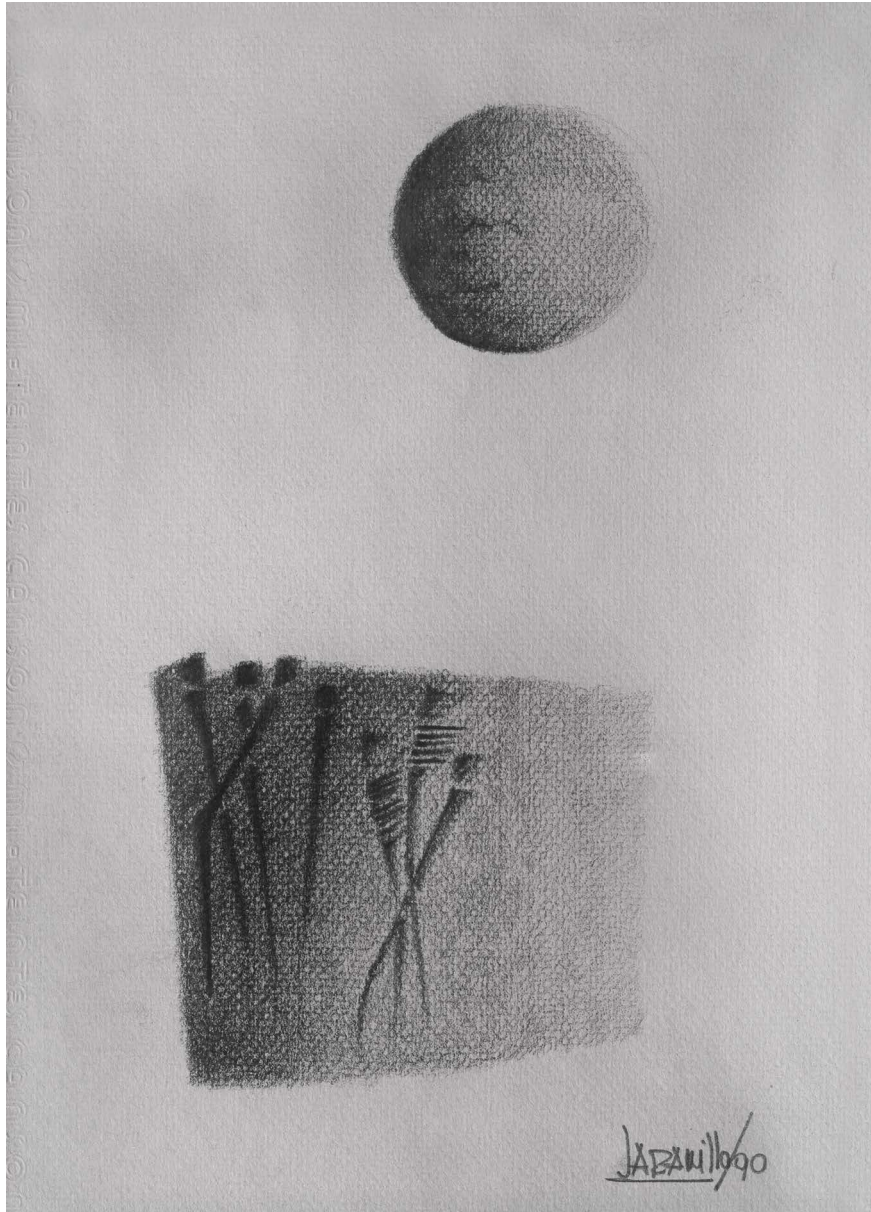
Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 65 x 50 cm, 1988.
Colección particular



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 50 x 65 cm, 1989.
Colección particular



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 33 x 25 cm, 1990.
Colección particular



Sin título, grafito sobre cartulina, 33 x 25 cm, 1990.
Colección particular



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 65 x 50 cm, 1991.
Colección particular



Habitantes del silencio, acrílico sobre lienzo, 100 x 120 cm, 1994.
Colección particular

EL DON DE LA INCONFORMIDAD

Claudio Malo González

La inconformidad disciplinada en la búsqueda por seriedad y conocimientos técnicos es la quintaesencia de artista.

Diego Jaramillo posee el don de la inconformidad, en él observamos, exposición tras exposición, nuevos planteamientos y soluciones. Cuando sabemos que Diego prepara una nueva muestra, nos aprestamos a recibir una sorpresa y mientras su trayectoria avanza, podemos decir que esas sorpresas son cada vez más gratificantes.

Sus cuadros nos hablan de la permanencia y el cambio en el espíritu de su realizador; si podemos hablar de una constante, esta es la osamenta que alcanza expresividad y destellos de vida inmersa en colores y matices, rítmicamente distribuida en espacios a veces cálidos y a veces gélidos, que se recorta y difumina, que forma conjuntos y distensiones.

Diego explicita en esta serie su impredecible capacidad de diseñador, el manejo de los colores es evidentemente audaz, sin llegar jamás a la estridencia. La fuerza no destruye, se mantiene tensa como en los arcos góticos; las formas armonizan o contrastan con el color, se vinculan a ellos pero mantienen distancia y respeto mediante pequeños espacios degradados.

Cada contemplador encontrará sugerencias íntimas; unos verán a la muerte pugnando por volver a la vida, otros a la vida aplastada por la inmensidad de lo eterno, aquellos la devastadora calma del *sic transit gloria mundi*. Lo importante es que los cuadros de Diego sugieren, activan la sensibilidad estética, sorprenden, nos hablan de búsquedas, de rica y dinámica vida interior.

Que la batalla jamás termine, si es que este tipo de victorias nos regala Diego en cada nueva exposición.

Cuenca, 1985



Navegantes del tiempo, pastel al óleo sobre cartulina, 74 x 54 cm, 1995.
Colección Museo Municipal de Arte Moderno de Cuenca





Sin título, acrílico sobre lienzo, díptico, 100 x 100 cm c/u, 1995.
Colección Museo Municipal de Arte Moderno de Cuenca





AMORES EN EL BOSQUE

LA BÚSQUEDA DE UNA ESTÉTICA VITAL

Cecilia Suárez Moreno

Diego ha llamado poéticamente a esta serie *Amores en el bosque*: uno de los sentidos de este nombre puede ser la necesidad del artista de encontrar un yo –el suyo– que quiere descubrir al otro en un mundo que ha perdido toda evidencia, que se ha vuelto abstracto, desmesurado, inentendible. Creo advertir, también, a un hombre de fines de siglo cuestionado por los cambios en el paisaje y en la naturaleza que, como decía Walter Benjamin, son tan poderosos que exigen actitudes estéticas distintas. Jaramillo parece enfrentado al tema de un universo ilimitado e inentendible, pero que exige su apropiación estética.

Diego recrea de esta manera la situación de la condición humana enfrentada a un caos vegetal, animal y mineral. Un hombre que ha perdido la imagen del mundo como cosmos armónico y se encuentra no solamente solo, sino además cosificado, huérfano de ricos contactos con la naturaleza que potencie sus sentidos estéticos... Mundos fragmentados, donde el hombre no puede integrarse a nada y vaga angustiado, entre los fangales de un bosque que es y no es suyo, que es una cosa más entre el arsenal de cosas que nos rodean, que no son apropiadas por un hombre humanizado.

Las veladuras en esta serie de *Amores en el bosque* son efectos de rica transparencia, para conquistar no solo cromatismos insólitos, sino esas múltiples lecturas que nos permiten liberarnos de lo obvio. Cromatismos de verdes ocres, púrpuras, blancos, negros, rojos o amarillos, nunca vistos en

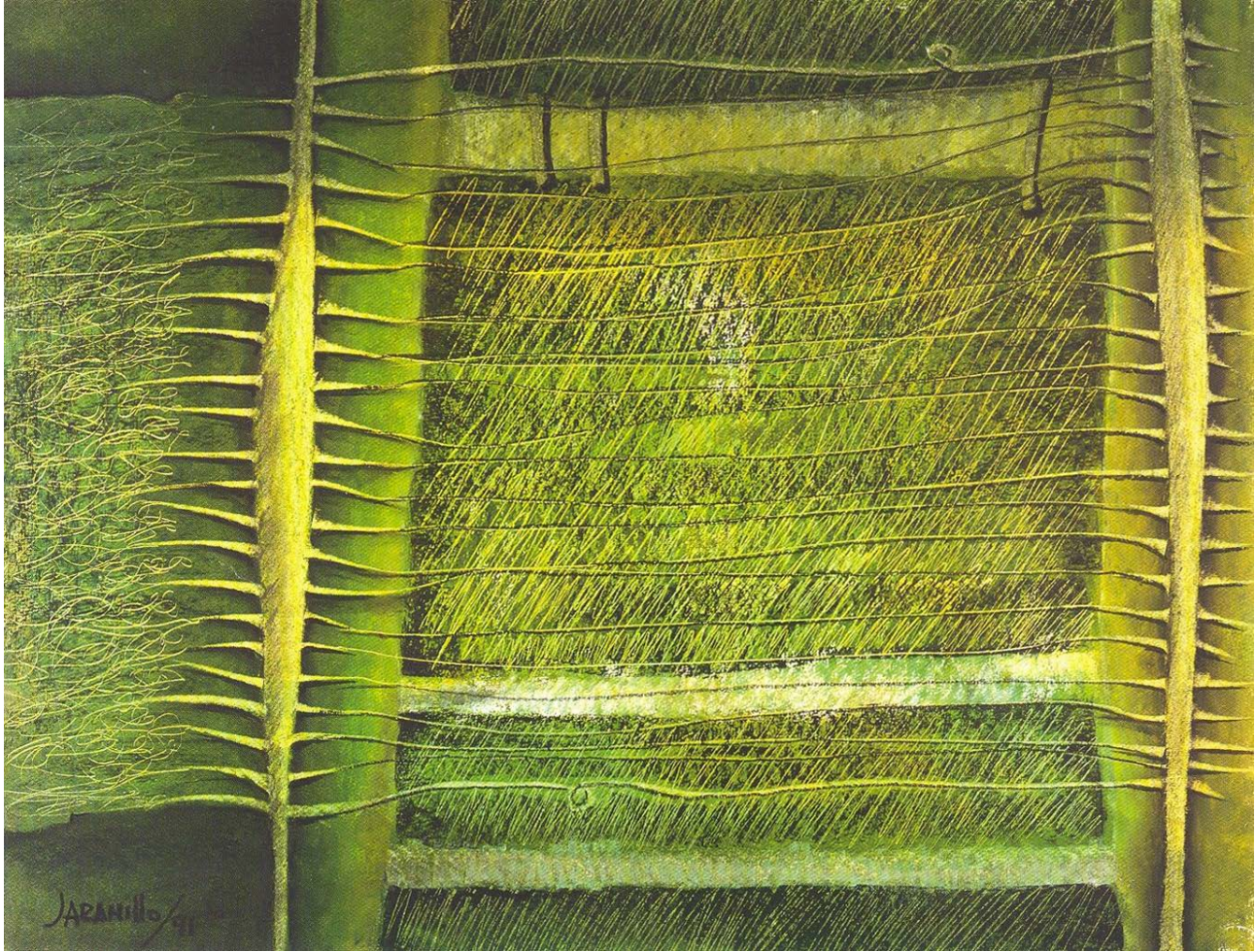
la realidad chata que nos rodea, pero posibles en esa utopía urgente que hablaba Ernst Bloch, que está aquí, pero velada por la imposibilidad de unos ojos que no quieren ver, que no pueden hacerlo, por los oscuros vendajes de la costumbre, la putrefacción o el automatismo de los sentidos.

Para Ítalo Calvino el mundo está deteriorado, enfermo, la propia vida ha perdido forma.

A todo ello, Calvino quiere oponer como única defensa una idea de la literatura, aunque por extensión nadie podría quitarme el derecho de decir: *Una idea del arte y de la vida*. Calvino nos exige una poiesis colectiva para dar forma a esa vida informe. No solo los poetas y los artistas, los músicos y los cineastas, sino todos los hombres y mujeres del mundo estamos obligados a asumir una actitud poética, vinculada a un comportamiento estético presente en cada uno de nosotros, que nos impulse a llenar de sentidos la existencia. Se trataría entonces de una estética vital que, creo, es la que define las búsquedas de Diego Jaramillo, una estética que de forma y sentido a las cosas que nos rodean.

El arte como levedad frente al peso de vivir. El poeta, el músico, el cineasta y, por supuesto y sobre todo, el hombre común que, con salto ágil, se alza sobre la pesadez del mundo, en contra del ruidoso, agresivo y atronador reinado de la muerte, tal como el vuelo de una mariposa sobre el botadero de basura, para construir las utopías.

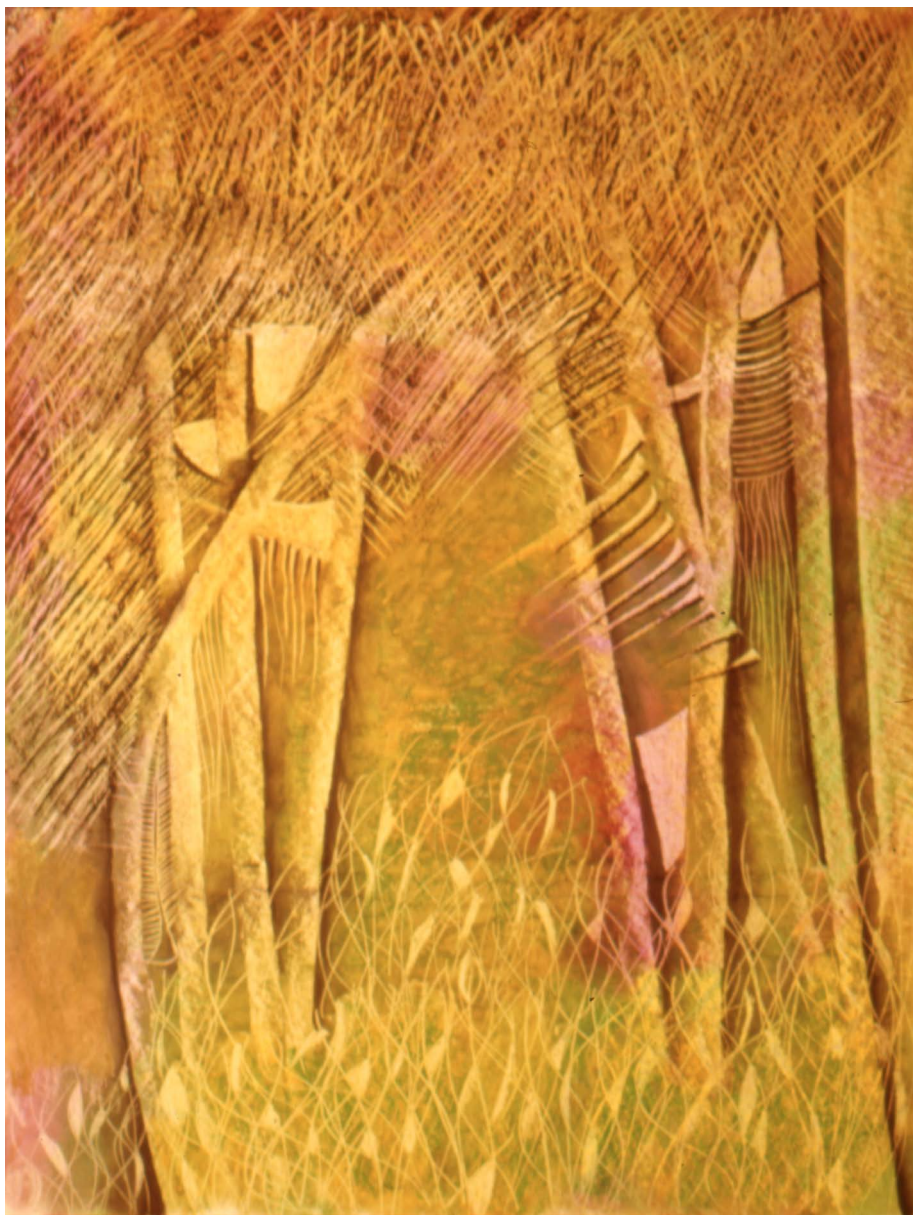
(*Revista Trama*, num. 63, Quito, septiembre de 1994)



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 50 x 60 cm, 1991.
Colección particular



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 50 x 60 cm, 1992.
Colección particular



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 60 x 50 cm, 1992.
Colección particular



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 50 x 60 cm, 1992.
Colección particular

LA SELVA Y LOS DESEOS

Carlos Rojas Reyes

Se dice que amar es dar lo que no se tiene a quien no lo necesita.

Esta afirmación parece encontrar su realización en las obras de este período: *Amores en el bosque*. El amor no está en los cuerpos que se encuentran amorosamente. O si está allí, proviene de otra parte. Son deseos que se meten en ellos y que los hacen yacer juntos. Ellos están en la selva sin percatarse de que la selva está en ellos.

La selva exuberante es la que transporta la lujuria en su savia. Desde ella se desprenden los deseos que luego se hacen carne.

La planta carnívora cierra sus espinos para atrapar a los amantes. Ella es la que les succiona. El verde devorador penetra en todos lados sin dejar un lugar a salvo. Un verde que es maleza intrincada, que crea los espacios para que ellos habiten su deseo prestado. La vida es exceso, desbordamiento constante de límites.

El árbol azul a la Yves Klein cubre de manera amenazante a los amantes. Ellos hundidos en la hierba parecen ignorar lo que sucede. No perciben cómo se convierten lentamente en color, pasto, suelo.

Hay un momento en el que primero los cuerpos se han fundido en uno solo y luego el verde les envuelve como si fuera una telaraña. Casi desaparecen en el bosque. Es posible que pronto a ellos les empiece a crecer ramas. La realización completa del amor en el volverse uno tan ansiado les predispone para entregarse de lleno a esa otra pasión que es la vida vegetal.

Los amantes están entregando el amor que no tienen el uno al otro. Es el amor metafísico de las plantas primordiales, el origen de sus afectos.

Cuenca, 2020



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 50 x 60 cm, 1992.
Colección particular



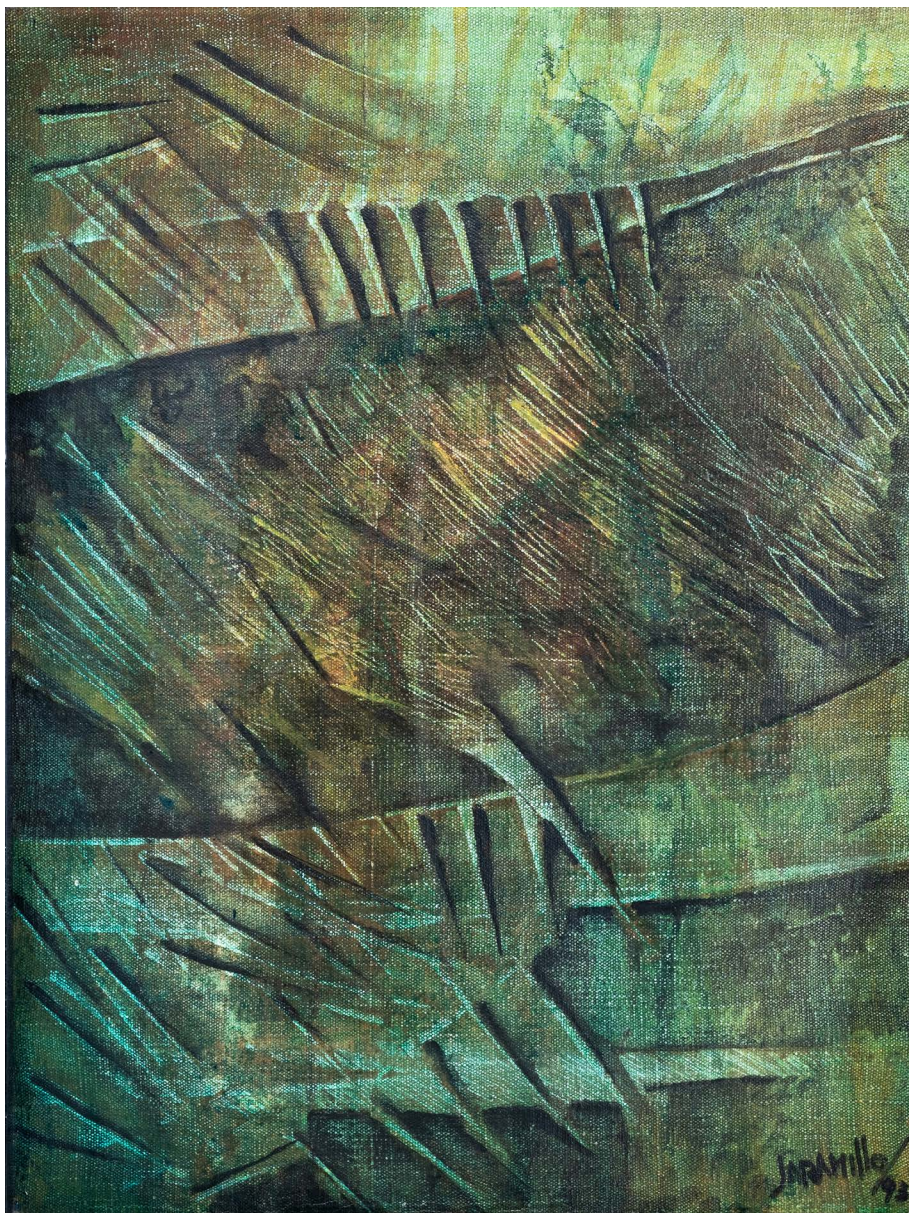
Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 50 x 60 cm, 1992.
Colección particular



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 50 x 60 cm, 1992.
Colección particular



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 50 x 60 cm, 1992.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 60 x 650 cm, 1993.
Colección del artista

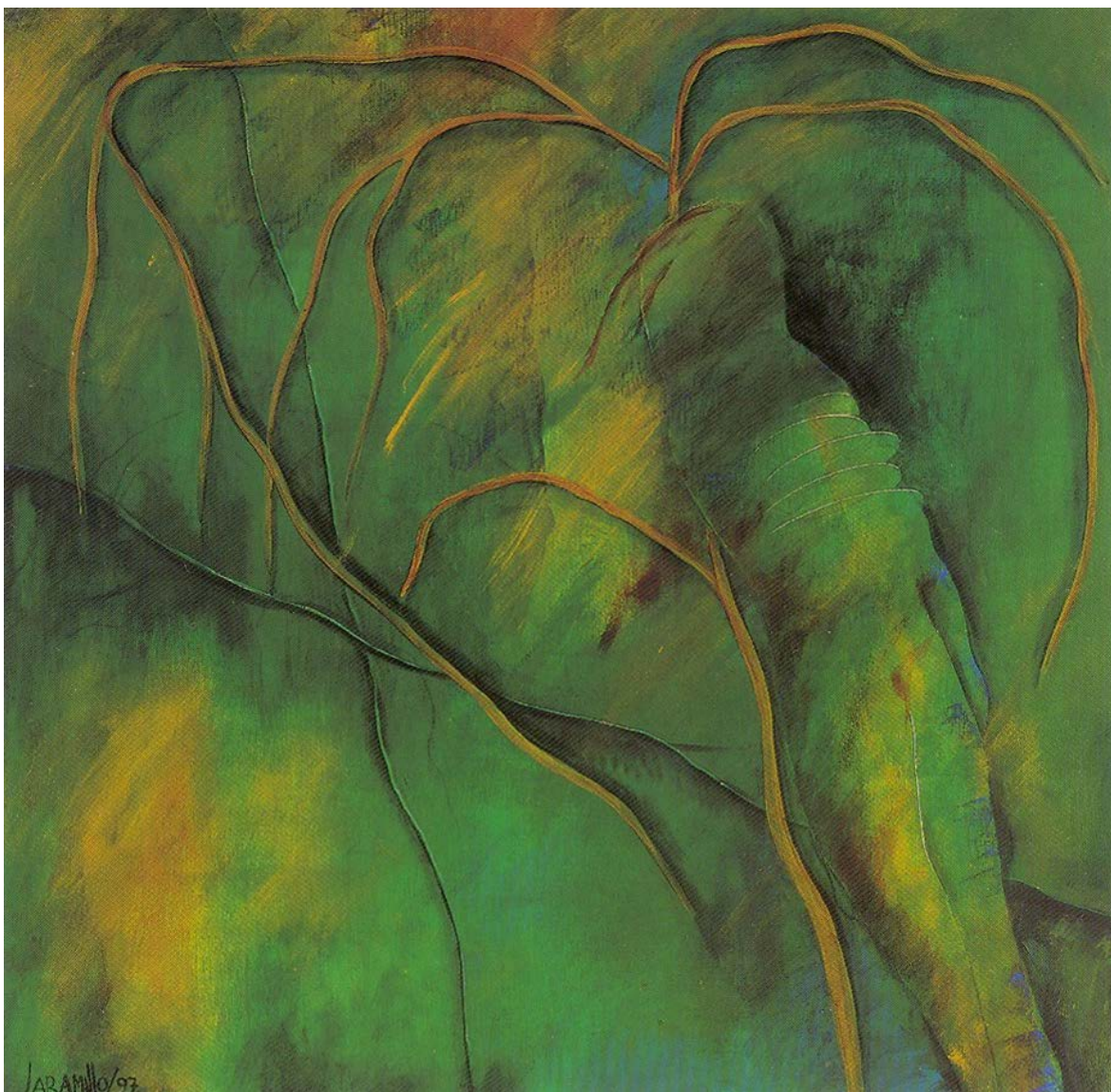
PROCLAMA DEFENSIVA DE LA VIDA

Marco Antonio Rodríguez

Amores en el bosque es una serie de paisajes envolventes que denotan espíritu —y grande—, intensamente anímicos (de aquí las controversias plásticas que se alojan en ellos). Los trazos de Jaramillo no son simples perfiles; nunca contornos perezosos ni formas inmóviles. Movimiento perpetuo. Exaltación o suerte de proclama defensiva de la vida. El trazo arrastrando masas, impulsando gestos, dominando la materia, concediendo a cada forma su fuerza, su flecha, su ser dinámico. Arrebatos de la voluntad creadora. Acción impaciente de actuar sobre la naturaleza, pero esta responde al artista sacudiendo su fibra más íntima (la belleza no es la placidez y el costo que se paga por ella es alto).

El paisaje de Diego Jaramillo, desde otra óptica, es un contrapunto de energía (como lo es el de un poeta), pero también un carácter. Es que su paisaje no es un vano y simple acarreo de aquello que ve, es una creación de formas reivindicando el poder de habitarlas íntimamente. Es un acto existido, meditado, sentido (en lo entrañable y doliente del verbo). Su ojo es todo un mundo que mira para ofrecernos una lección de vida ¿Cómo integrarnos en un paisaje (humano, integral), en el cual todo se ha caotizado...? El caos animal, vegetal, mineral que nos circunda e internaliza, fracturando nuestra sensibilidad y percepción, convirtiéndonos a nosotros mismos en reflejo de ese caos. A contramano entonces, surge en la propuesta de Jaramillo la búsqueda desaforada de sentido a través del arte —autorredención, acto sacrificial—: el mundo y la vida nos sigue perteneciendo. “Amor es más que sabiduría: / es la resurrección, vida segunda. / El ser que ama revive / o vive doblemente...”

(Del libro *Palabra e imagen*, Quito, 2001)



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 1997. Colección particular



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 32.5 x 25 cm, 1997.
Colección. particular



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 33 x 25 cm, 1997.
Colección particular





DI-EGO

LA MEMORIA DE SÍ MISMA

Carlos Rojas Reyes

Era la época de la exaltación de la posmodernidad. Pareció que al fin encontramos una manera de salir de los dilemas de una modernidad, aunque “nunca fuimos modernos”. La crisis de los sujetos y las subjetividades, la fragmentación de las historias, el cierre de las grandes narraciones, el refugio en la individualidad, la crítica a las vanguardias, el alejamiento de la representación y de las significaciones, el desprecio por la belleza, la ruptura con los espacios clásicos, especialmente museos, eran algunas de las orientaciones que se seguían. Ciertamente una moda que pesó y aún sigue pesando.

Di-Ego viniendo del fin de las vanguardias se encuentra con el estilo posmoderno. Entra a coquetear con el sin entregarse completamente. Siempre se guarda una reserva estética crítica, una actitud contenida. Hay que ser posmodernos, no del todo. Aquellos aspectos que ha descubierto y que han ido configurando su propia manera de hacer arte son demasiado importantes como para abandonarlos.

Encontraremos obras en donde se entra de lleno dentro de esta tendencia y otras en las que se da una tensión y negociación constante. Así tenemos la composición típica en la que se cuenta una historia personal sobre la base de pedazos de recuerdos infantiles que, con el paso del tiempo, se han vuelto borrosos. La foto del niño se repite con mayor o menor resolución en las cuadrículas que dividen el cuadro. Finalmente, queda solamente delineada sobre el fondo mostaza o gris. En el primer plano el rápido esquema de una casa en líneas blancas colocado en el centro.

Sujetos débiles con memorias olvidadizas narrando segmentos de vida que únicamente él puede comprender. Justamente la imposibilidad de decir yo, *Di-Ego*, con un guion que al mismo tiempo que une el decir y el ego, y los separa

impidiendo su plena identificación. La memoria es ahora memoria de sí misma, que ha dejado de pertenecerle a una persona definida.

Esta estrategia de fragmentación aún puede ir más lejos. La composición del cuadro mantiene el dibujo en blanco del perfil de una casa en primer plano. Un rectángulo en cada esquina que recoge quizás trabajos escolares sobre botánica, tal vez láminas sobre el mismo tema. En el fondo una masa de colores que se superponen y batallan entre sí. Un lugar de intranquilidad y desasosiego. ¿Qué nos queda sino sensaciones de pasados perdidos a los que jamás volveremos?

Y todavía se puede dar un paso más hacia la posmodernidad en su plenitud. El cuadro ya no es el objeto de la obra de arte. Se ha reducido a un cuadrado anónimo y vacío ubicado en el centro. Sabíamos que era el núcleo del arte, pero ya no lo es. Expulsado de la centralidad, la obra de arte es periferia. En la representación del marco del cuadro se repiten las figuras del niño simétricamente colocadas, estáticas, silenciosas, que tienden a fundirse con el fondo. Hay alguna que recuerda a la pintura sacra que ha perdido su aura y está arrinconada en la casa.

Todo se ha vuelto profano. Lo cotidiano matando a lo sagrado.

Sin embargo, *Di-Ego* retoma su estilo y lo confronta con la posmodernidad. Se mantiene la composición fragmentaria: tres carros de juguete delineados en blanco en primer plano. En el centro una roca que puede ser al mismo tiempo un muñeco caído. Regresan las veladuras, el ambiente marino, la sensación de nostalgia. Retorna el cuidado por la técnica y la preocupación por la belleza, aunque esta desde luego se haya distanciado de la posmodernidad, que contrataca con sus chorreados que tienden a deshacer la obra.

Cuenca, 2020



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2004.
Colección particular



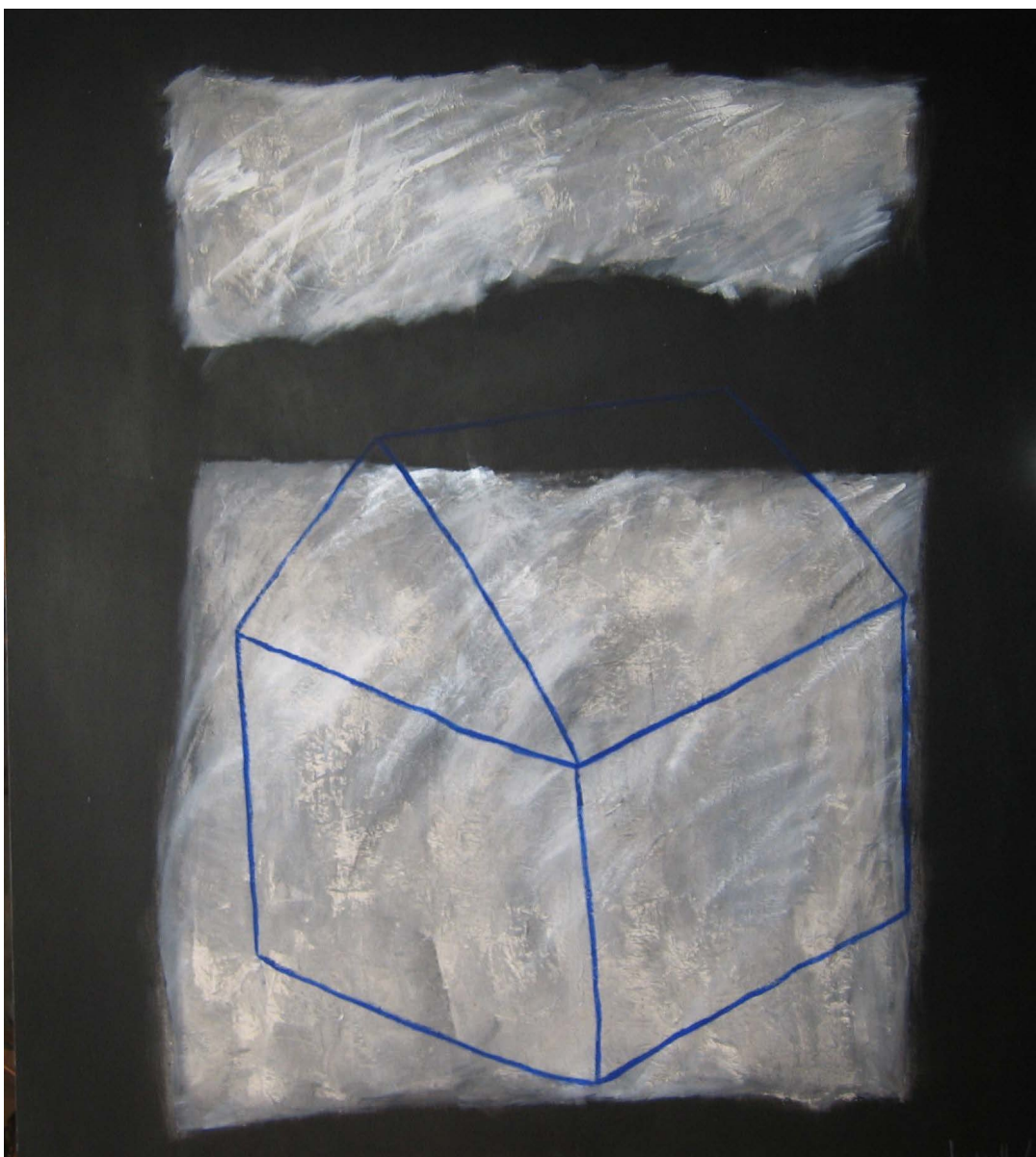
Sin título, acrílico / lienzo, 80 x 80 cm, 2004.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2004.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2004.
Colección particular



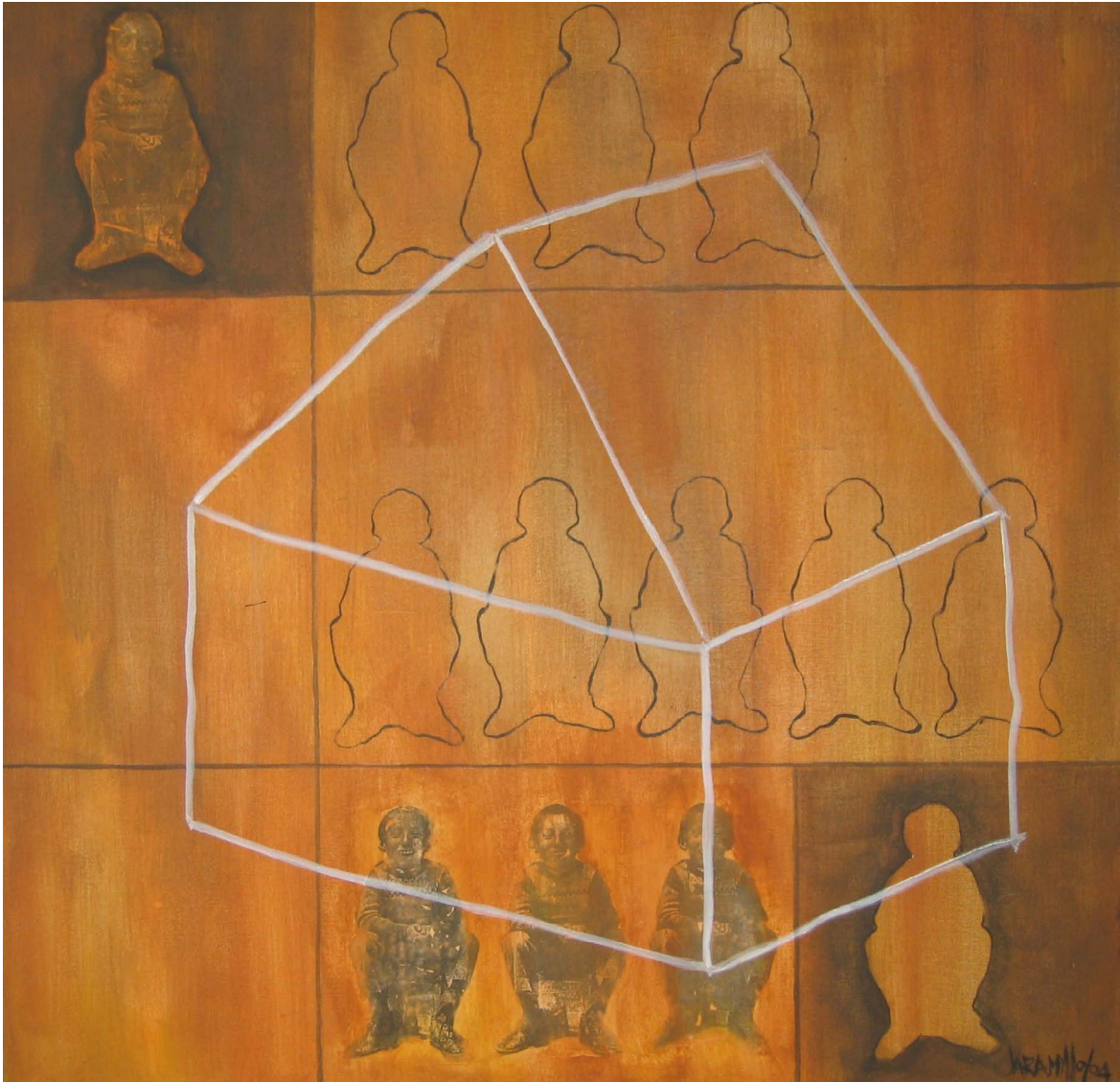
Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2004.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 150 x 120 cm, 2004.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2004.
Colección particular

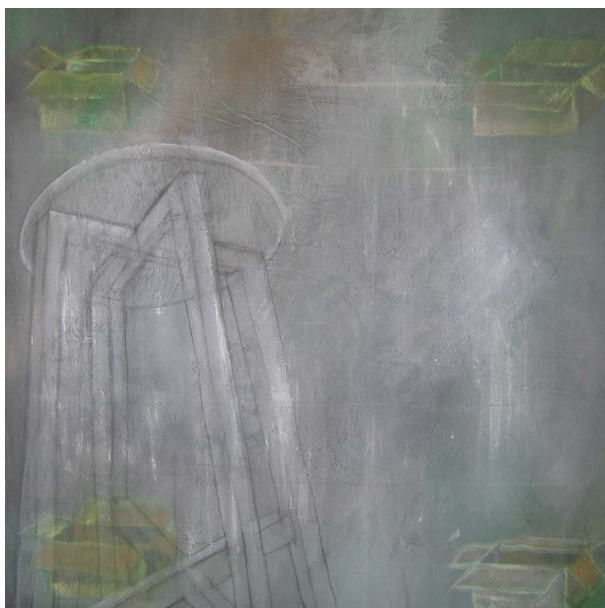


Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2004.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2004

Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2004. Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2004. Colección particular
Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2004

LA LIBERTAD ABSOLUTA

Jorge Dávila Vázquez

Un artista de sus quilates, que ha concebido la creación plástica como un oficio digno de respeto, como una forma de trabajo ardua, autocrítica, llena de niveles experimentales, de búsquedas, de un incesante volver a comenzar, que a veces puede resultar hasta doloroso, pero que, en repetidas ocasiones, arriba, asimismo, a felices encuentros, a satisfacciones que colman, llega en esta ocasión a una experiencia genuinamente expresiva, de absoluta libertad, en la que toda evocación de su trabajo anterior es válida, pero que en las obras son testimonio de una depuración, de un despojamiento absoluto, que en algunos casos llega casi al minimalismo.

Un deambular de más de tres décadas por la pintura, con remarcables logros, la ha dado a Jaramillo soltura, destreza, manejo de color, la textura, la composición, reveladores de una madurez, un dominio de la disciplina artística, innegables. Es con estas armas que se enfrenta su actual producción. Y no se arredra ante nada. Allí están las presencias de la naturaleza, la arquitectura, el dibujo infantil; allí la vida. Pero nada está de una manera inmediata, realista o con esas apropiaciones que caracterizan a lo posmoderno. Todo aparece, simplemente, como memoria que se despliega en los lienzos, en ricas mezclas de color —a veces insólitas—, que permiten al espectador un ejercicio de reconstrucción de un referente real que queda ya muy lejos, en los

tortuosos ámbitos de la nostalgia, porque el cuadro, aunque no sea propiamente hablando, una obra abstracta, si es fruto de un hondo ejercicio de abstracción.

Quien mire las obras se sentirá atraído por el mundo que se insinúa en ellas, por el modo como el pintor ha sabido captar esa sutil relación ser humano/entorno, pero que en el lienzo solo es una vaga imagen que atraviesa una rica superficie cromática-compositiva, que vale en sí misma como mundo autónomo, como forma de representación del todo: universo, imágenes familiares, reconstrucciones, sensibilidad, contactos con lo inmediato y lo mediato, relaciones con lo real, ya sea como ser u objeto evocado, pero transformados todos en obra plástica, regida internamente por unas leyes, unos principios que solo a ella competen, rica en connotaciones, poderosa en la forma, en el vigor del trazo, en el uso libérrimo de los materiales y las técnicas: acrílicos, impresiones, collages, esgrafiados y esa disciplina sabia, que le ha permitido apropiarse del gris como algo intensamente suyo.

Entrañable forma de expresar esa libertad creativa que todo artista ambiciona, materializada en piezas donde se percibe el gozo de jugar con la luz, la cromática, los elementos plásticos, los recuerdos, que se plasman una y otra vez en el conjunto de modo innegable, alcanzando momentos de una conmovedora belleza.

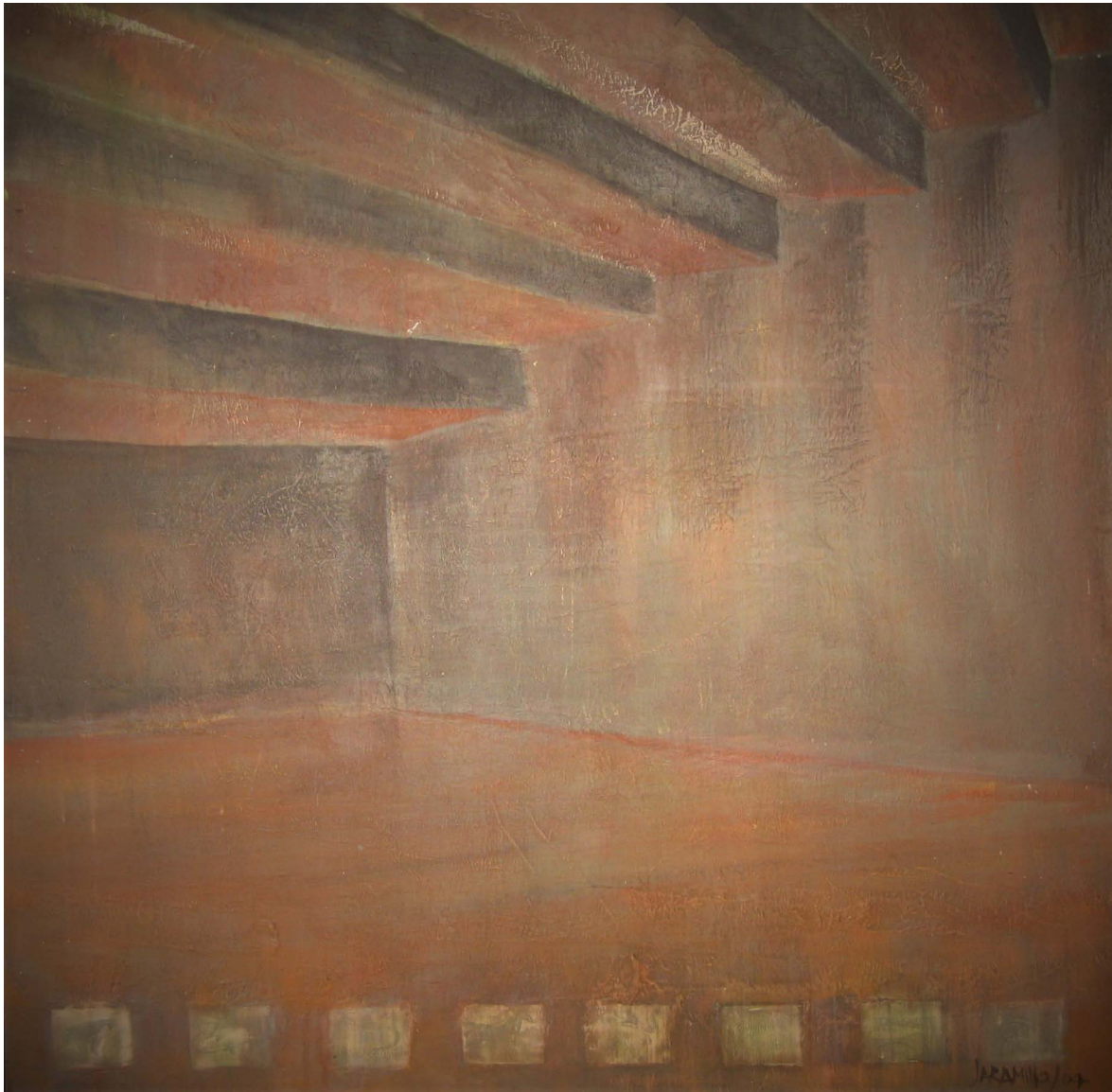
Cuenca, 2010



Sin título, acrílico sobre lienzo, 55 x 40 cm, 2004.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2004,
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2004



Sin título, acrílico sobre lienzo, 150 x 120 cm, 2004.
Colección del artista



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2004.
Colección del artista





HUELLAS

VIDA Y MUERTE

Alexandra Kennedy-Troya

Diego Jaramillo lleva ya veinte años en una intensa búsqueda en torno al sentido mismo de la vida vista desde la misma muerte. Ajeno a las explicaciones vertidas desde las religiones convencionales, Jaramillo hurga en las entrañas mismas de la materia, una materia que una vez natural, rica, verde a manera de humedades tropicales, ha perdido su cuerpo, ha quedado en escombros.

¿De dónde parte esta especie de desnudamiento matérico trabajado una y otra vez en decenas de lienzos de diverso formato, en diversas épocas bajo fantasmas distintos? Una de las explicaciones, quizá la más sencilla, apunte a su gran vinculación por las formas más vitales de existir y manifestarse, la del arte popular. Desde los años setenta, Jaramillo, arquitecto de profesión y diseñador por oficio, empezó a trabajar con el tema de los textiles.

Su motivo partía de la relación entre los enterramientos precolombinos y sus envoltorios tejidos; así mismo, la región azuaya y la enorme riqueza del textil en eso, vital y diario, permitió al artista nutrirse de ideas asociativas, el textil se volvió un hilo conductor entre la vida y la muerte. Al final, una misma, misteriosa, ricamente indisoluble, atemorizantemente infinita.

Los hilos regulares de antaño empezaron a desaparecer, unos pocos, deformados, cortos, irregularmente concebidos, armaban un primer plano comparativo por medio del cual se obligaba al espectador a sentir aún la presencia de lo natural o primeros atisbos para volcarlo hacia el vacío de planos posteriores, sin aparentes referentes naturales.

El tema de la destrucción de la materia, de la pérdida total de referentes naturales, de una nueva búsqueda de caminos, están presentes.

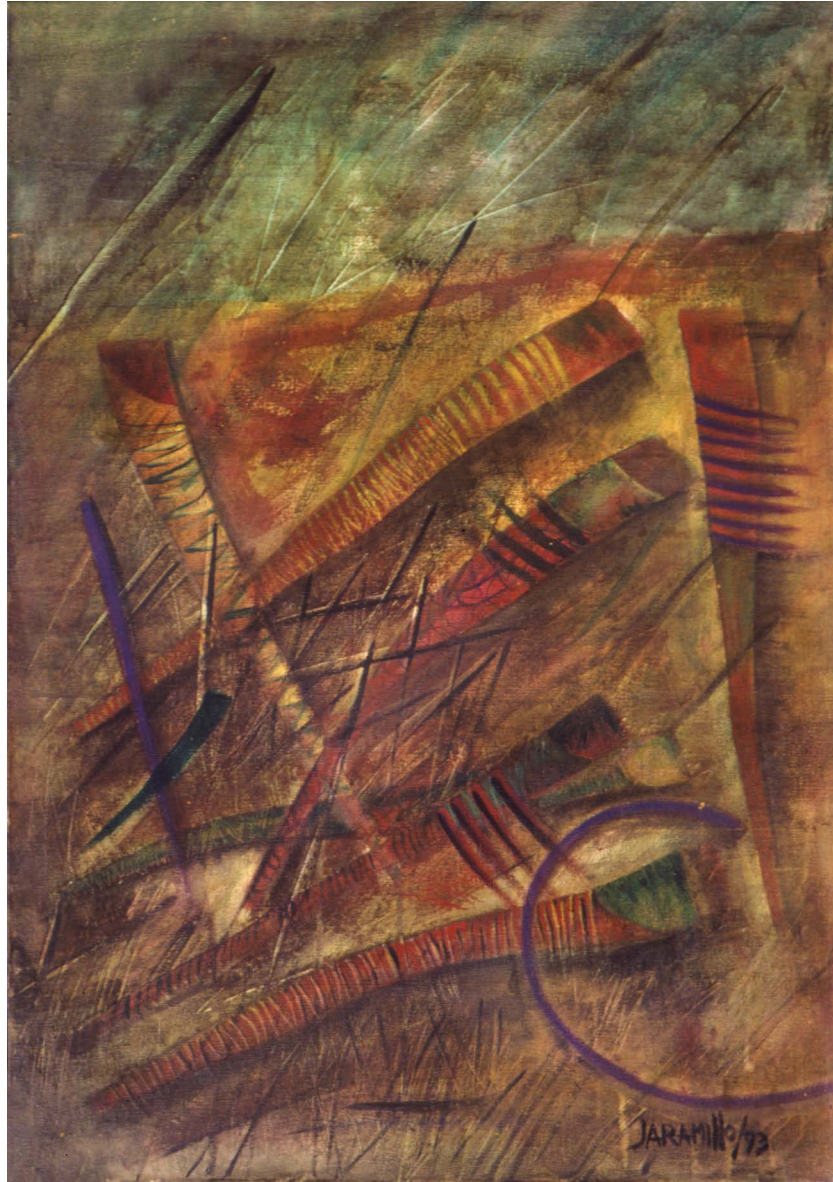
Los espacios son ahora verdaderamente desoladores. Lo matérico ha quedado en vértebras, esqueletos, que pululan allá, en el más allá, en aquel mundo de la profunda noche, de las soledades más anodinas, aunque el color no sea el oscuro de épocas anteriores.

Es como si desde aquel fondo de los escombros, Diego Jaramillo nos quisiera retar a pensar que la vida y la muerte son una sola, son finalmente el constante ir y venir de las fuerzas del universo, caótico y en orden contradictorio y maravilloso.

*(Revista Diners, núm. 157,
Dinediciones, Quito, junio de 1995)*



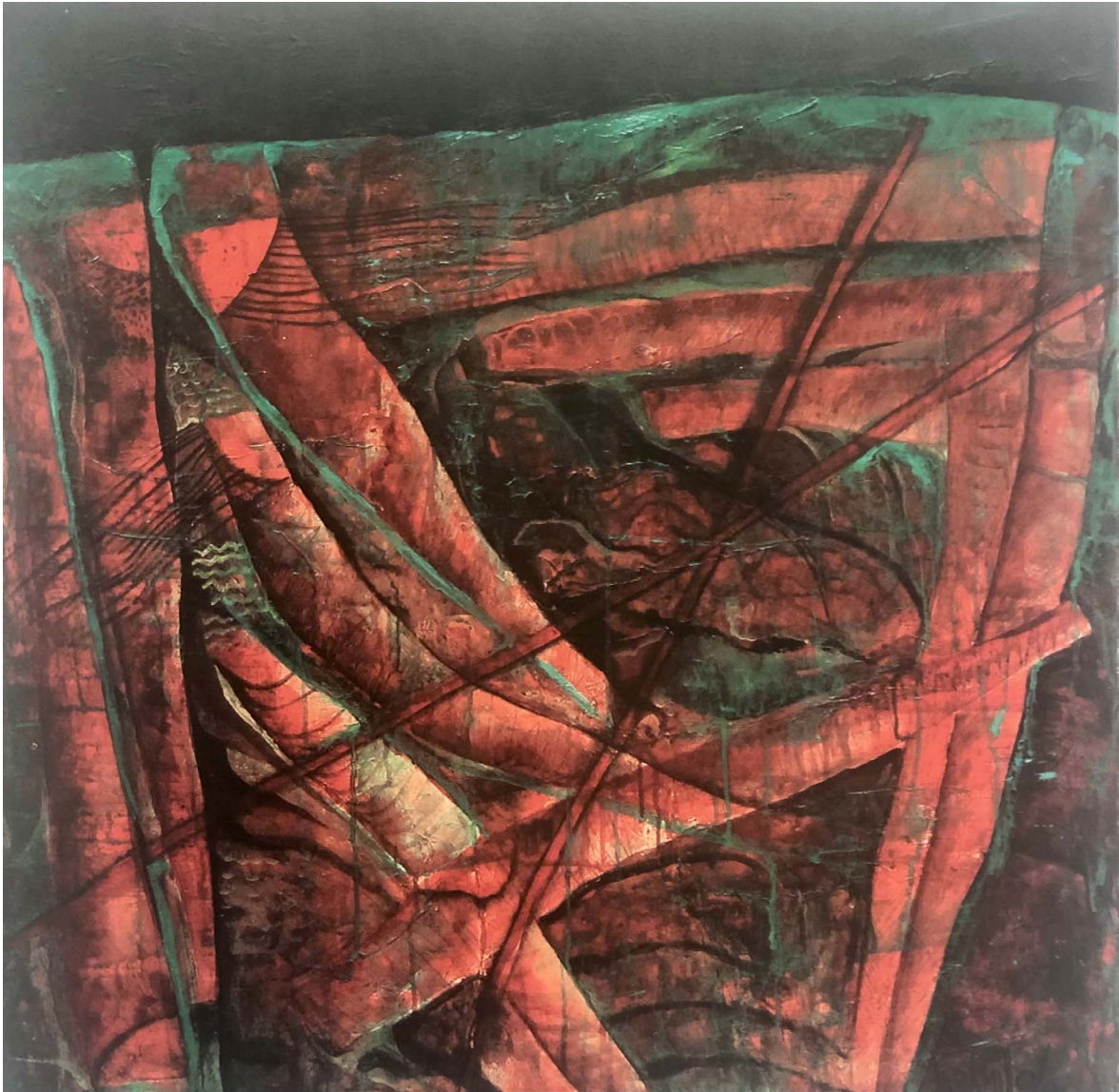
Sin título, acrílico sobre lienzo, 120 x 100 cm, 1993.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 150 x 100 cm, 1993.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 1995.
Colección particular



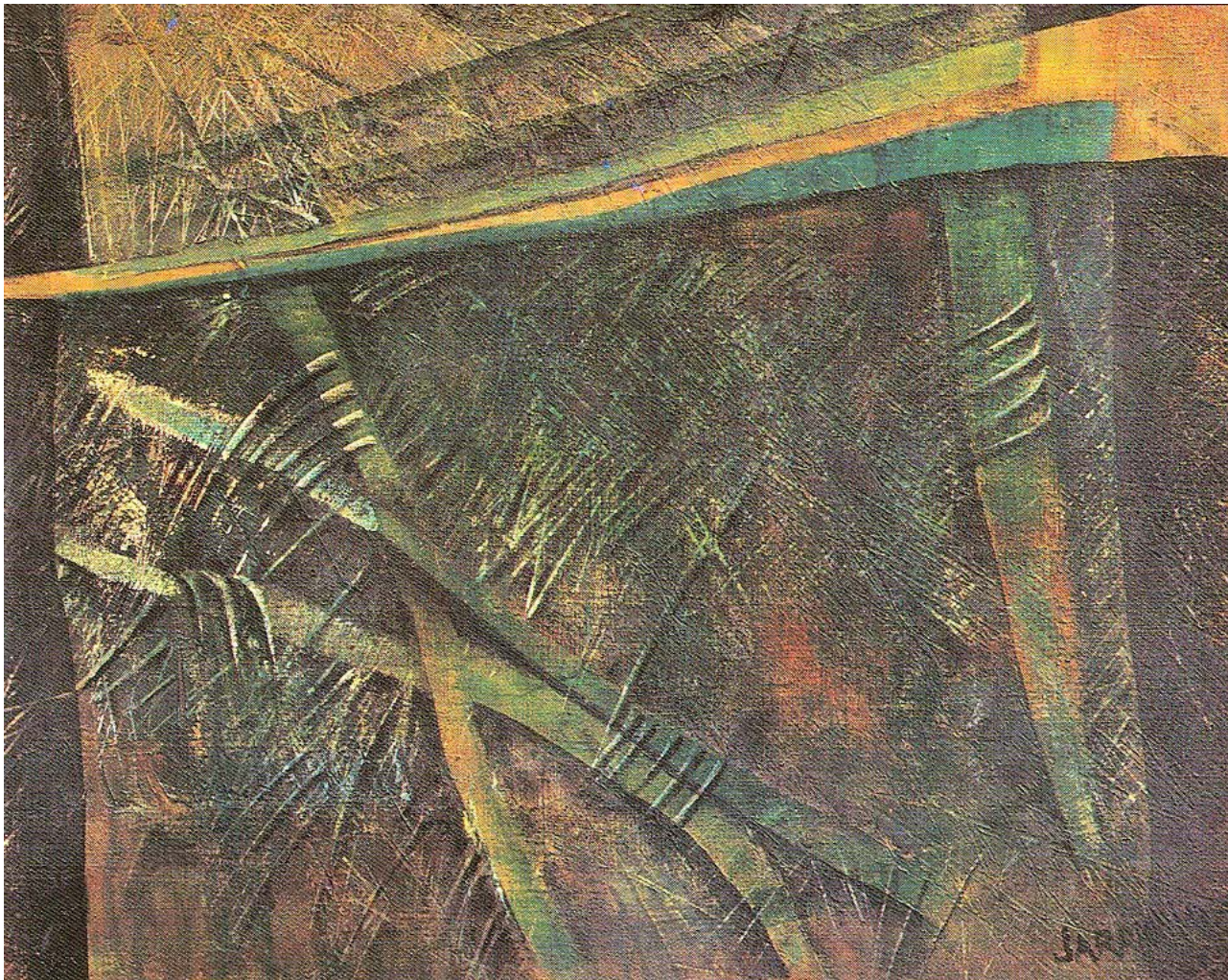
Sin título, acrílicos sobre lienzo, 100 x 100 cm, 1996.
Colección Museo Antropológico y de Arte Contemporáneo, MAAC, Guayaquil



Sin título, acrílico sobre lienzo, 150 x 120 cm, 1996.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 150 cm, 1996



Sin título, acrílico sobre lienzo, 40 x 50 cm, 1996.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 120 cm, 1996.
Colección particular

MATERIA Y TIEMPO

Cristóbal Zapata

La pintura de Diego Jaramillo desentierra antiguos entierros: la urdimbre de los tejidos que cubrieron las osamentas de nuestros pueblos originarios, su entramado orgánico y vegetal. Jaramillo trabaja sobre la idea de la descomposición de la materia (como Tomás Ochoa y Eugenio Abad —desde ejes distintos— trabajan sobre la idea de su transformación). De allí su insistencia en los tonos verdes, verdosos, verdinegros que nos recuerdan la exuberante vegetación tropical —su exhalación pútrida—, y en los ocre que evocan la tierra y el humus. El cuadro de esta colección, constituye sin duda, una de las más inspiradas realizaciones de Jaramillo: por un lado se despoja de las fórmulas compositivas y cierta grafía procedentes del diseño —que vuelven plana su obra—, y por otro, gracias al papel que ha impregnado a la tela —creando una finísima textura— y a ese dorado que —como el óxido— invade sus bordes, da al cuadro ese efecto de pátina y envejecimiento que lo convierten en expresión nítida del paso lento y corrosivo del tiempo. Jaramillo pinta la materia en su proceso de transformación.

(La versión original de este texto está tomada del *Salón de pintura contemporánea*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, Cuenca, 1997)



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 1996.
Colección Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 1999.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 120 x 150 cm, 1999.
Colección del artista

RITO INICIÁTICO

Catalina Sojos

Violencia contenida, desborde de colores, osamentas y relieves que se desdibujan, equilibrio, mundo interior, asombro, cuestionamientos, preguntas que se alargan más allá de las formas y del lienzo, búsqueda interminable.

Irrespeto al color, intensidad y un lenguaje oculto en superficies planas, el artista se deshace en cada pincelada.

Trazos furiosos, dentro del caos y el equilibrio permanece como un cordón umbilical entre la tierra y el cosmos, esa tierra inmemorial, esencia y raíz en un canto a sí mismo y por ende al universo.

Alquimia de la transformación y como resultado la belleza.

Dueño de un gran poder de síntesis el artista juega en ese espacio vacío, en donde la muerte, la permanencia, la atemporalidad, se transforman en signos y símbolos alquímicos.

Contemplar la obra de Jaramillo es una suerte de rito iniciático donde el espíritu se contempla a sí mismo, como en un espejo que nos muestra el sendero por el cual transitamos como mínimas briznas del todo y de lo eterno.

¡Si! Transformación alquímica, escombros que viajan hasta nuestra retina para interrogarnos sobre la precariedad, y la esencia avasalladora de vida y muerte que llevamos en cada una de las fibras de nuestra inmediatez.

Cuenca, 2010



Sin título, acrílico sobre lienzo, 150 x 120 cm, 1999. Colección particular

HUELLAS DE HUELLAS

Carlos Rojas Reyes

Si hay una constante en la obra de Diego Jaramillo es la plasticidad de las formas; esto es, por su capacidad de trans-formarse, de convertirse en otras formas, de dar lugar a formas diferentes de las originales, de adaptarse, mimetizarse, reinventarse en las más diversas circunstancias y desplegarse en morfologías que expresan su inmensa capacidad proteica.

la obra de arte es ante todo forma plástica, caracterizada por un doble movimiento: su relativa presencia y la explicitación de aquellos contenidos que le llevan a su ruptura. El carácter plástico de sus cuadros muestra la articulación entre procesos de composición y de ruptura que se alternan en la misma obra.

De tal manera que encontramos en las artes plásticas ese doble vínculo secreto que une forma y diferencia, que yuxtapone los elementos figurativos con los abstractos, similitudes con diferencias, que cuida la representación y se distancia de ella. Unidad formal y su quiebre.

Profundo trabajo sobre las formas que son tanto producidas como productoras de otras, marcando ritmos diversos, diálogos persistentes entre figuración y abstracción, campos opuestos que confluyen en una misma obra asociados por la contigüidad de los colores.

Digamos que estas huellas son el rito de pasaje entre el mundo real y ese otro plano cortado por un camino en donde ha desaparecido cualquier figura humana y queda, nada más, unos rasguños en la tierra, que bien pueden ser fruto del azar o verdaderas marcas de tribus que pasaron por allí. Aquí se constata una representación dividida, una escisión entre las huellas y sus significados, como si estas hubieran decidido independizarse para convertirse en huellas de huellas.

Con todo, más allá de las marcas explícitas, el cuadro mismo ahora es una unidad que ha adquirido un significado propio; la imagen se ha vuelto signo, la obra es un cuerpo que lleva una inscripción, ya no de lo ancestral directamente tomado como referente, sino de ese pasado prehistórico apenas insinuado, de la cueva en la que se han borrado las inscripciones originarias.

Se produce un desplazamiento producto de una oscilación entre los elementos que podemos reconocer y que son para nosotros huellas de otros seres humanos y el mundo caótico que le empuja hacia la pérdida de significación, hacia la disolución del sentido y la pérdida de referentes.

Si se buscara una característica que atravesara el conjunto de su obra sería esta tensión entre decir algo y perder los significados, que a nivel del cuadro se muestra como la contraposición entre figuración y abstracción, resuelta o irresuelta de las más diversas maneras. Es como si el artista estuviera en una duda permanente: ¿podemos comprender el mundo o carece de sentido? ¿Orden o caos? ¿Proceso o estructura?

En las obras de este período no se intenta una respuesta, sino se la deja abierta, allí en su tensión extrema que siempre está a punto de romperse. Unidad que el artista mantiene a través de un delicado equilibrio; por ejemplo, contaminando los dos planos con la misma paleta de color o componiendo de tal manera que finalmente los dos elementos terminan por sostenerse.

También puede optarse por una suerte de secuencia en donde se alternan los elementos reconocibles, generalmente orgánicos, con una corriente de color que los penetra y los devora. La naturaleza resiste a pesar de todo. Los significados no desaparecen del todo, aunque la masa de sinsentidos avance inexorablemente.

Cuenca, 2020



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 1999.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 1999.
Colección particular



Sin título, pastel al óleo sobre cartulina, 65 x 50 cm, 2004.
Colección Mutualista Azuay

TESTIMONIOS TRASCENDENTES
DE VIDA Y MUERTE
Oswaldo Viteri

Diego Jaramillo nos llega, desde su natal Cuenca, con un puñado de cuadros y con una clara luz en su mirada, que nos hace presentir que lo que nos trae es el resultado de un proceso profundo de su pensamiento y de su sentimiento, de su ojo avizor, de su pupila limpia y de su lúcida reflexión de los problemas humanos y de la naturaleza.

En su obra, que por otro lado es hermética, se presente un equilibrio entre las eternas cualidades del hombre, las del intelecto, y las de su propia naturaleza.

Pero entre todas estas cualidades de Diego se pueden observar los restos que quedan después del viento que arrasa, las hojas, las ramas, las osamentas regadas pero que quedan como testimonios trascendentes de la vida y de la muerte.

Obra seria y sin concesiones, como debe ser la de un artista fiel a sus principios y, a pesar de ello, bella en su propia naturaleza, ejecutada con solvencia técnica y formal, que nos hace pensar en su propia estructura, que se proyecta con un lenguaje nuevo, fresco y fértil para hacernos reflexionar en la verdadera trascendencia del hombre.

Gracias Diego, gente como tú nos hace bien a todos. Las imágenes hechas por tus manos no son sino girones de tu espíritu que nos quedan grabados en nuestra retina para recordarnos lo bello y efímero de la vida, pero también lo que queda, lo que trasciende, y que no puede encontrar otro medio mejor para manifestarse que el arte.

Quito, 2004





PAISAJE

COMPLETAR LO
FRAGMENTADO-FRAGMENTAR
LO COMPLETO
Juan Martínez Borrero

Un estruendo seguido de un movimiento incontrolable, imposible de parar, es el efecto del choque de la esquina del mundo al quebrarse contra la delicada superficie del universo.

El murmullo, en el que se mezclan voces y acentos nunca antes escuchados, sonidos imposibles, gestos infrecuentes, aparece en otro choque, este en las fronteras humanas a las que la gente normal, llega expulsada por el viento de los desiertos humanos.

Hay roturas en el mundo, en los campos, en el espacio... la tierra se rompe... la gente se rompe...

¿Cuál es en este campo una de las tareas del artista? ¿Es capaz alguien de completar lo roto?

Diego Jaramillo, con su trayectoria experimental, propone que veamos la rotura de lo completo. Que contemplemos como se juntan los pedazos, los

fragmentos de esas esquinas que chocan con el mundo, de esas multitudes que atraviesan destruidas las fronteras.

Muestra el efecto, como de esquirlas disparadas, de las acciones humanas. El mundo en el que vivo, que es el único que conocemos, produce ese efecto de fragmentos, esquirlas y roturas ¿Puede la pintura de Jaramillo acercarnos a ese sentido y re-construirlo? O, por el contrario ¿Es su intención la de procurarnos una mirada que marque nuestros ojos con un polvillo que los irrite?

Fragmentar lo completo/completar lo fragmentario desde la expresión plástica es como acercarse al hoy, aunque fuese con riesgo de saltar nosotros mismos en pedazos.

(Diego Jaramillo. Catálogo de la exhibición del artista, en el Museo Pumapungo, Cuenca, 2015)



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2007.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2007.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2007.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2007.
Colección particular



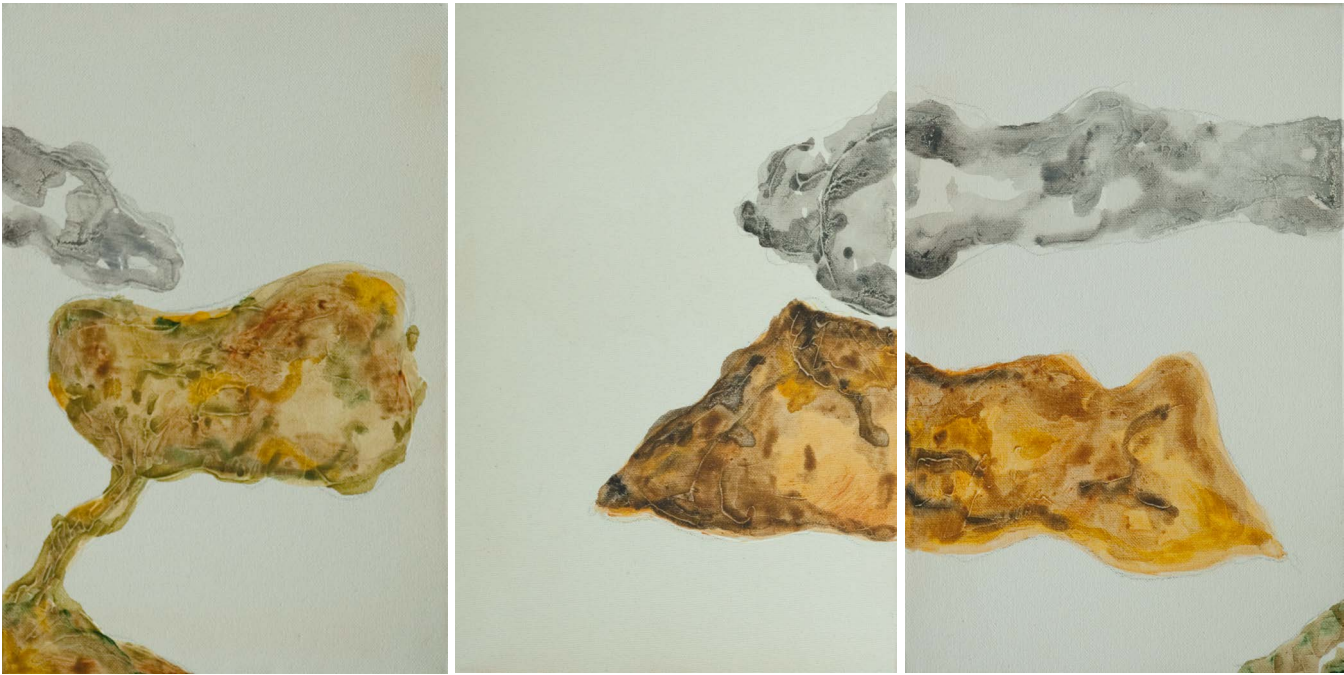
Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2015.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, díptico, 30 x 30 cm c/u, 2015



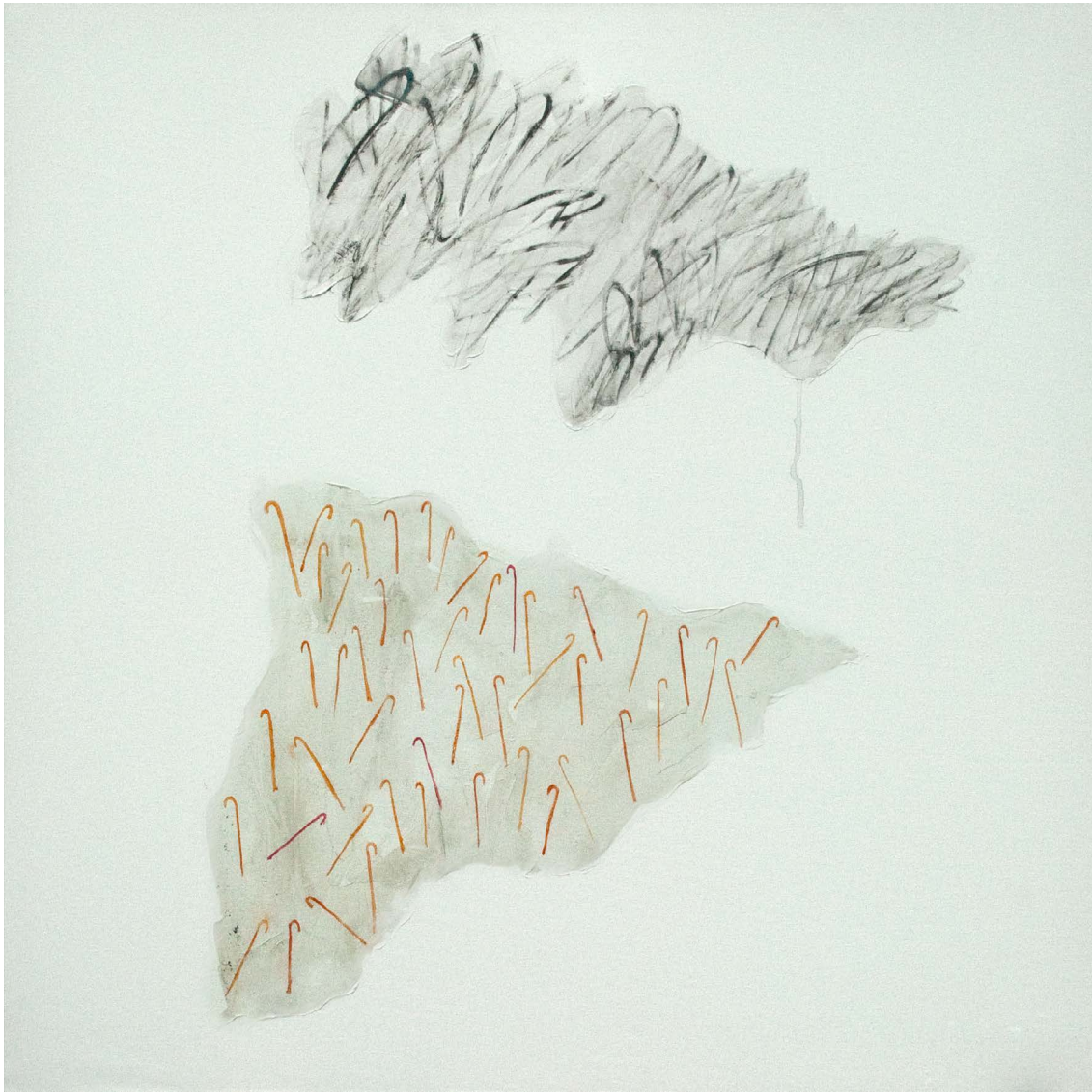
Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2015.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, tríptico, 30 x 20 cm c/u, 2015



Sin título. Acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2015.



Sin título. Acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2015.



Sin título, acrílico sobre lienzo, diptico, 20 x 30 cm c/u, 2015

LA CREACIÓN DEL ESPECTADOR EN LAS GRUTAS EJEMPLARES DE DIEGO JARAMILLO

Carlos Vásquez

Cuando retomamos el sentido inicial del rito sentimos el latir de un misterio que se reabre ante nuestros ojos. Gracias al rito nos aterramos al reconocer, de nuevo, nuestra propia impotencia, nos obsesiona la suerte ajena, nos engracia la inevitable comicidad de lo obscuro. El mundo puede volver a ser fascinante. Es decir, las cosas más elementales (que brotan del elemento en estado bruto) se reinventan y devienen conjuntos simbólicos. La menor acción es definitiva, fundamental. Diego Jaramillo, como si zurciera partes de un mundo alterno a pincelazos que componen su elaborado ritual, propios del gusto contemporáneo, oficia la ceremonia la ceremonia que él mismo ha creado, y se trata de una ceremonia que en algo que es muy remoto imita al pájaro que bate sus alas previo al vuelo. Es un desmoronamiento controlado, rugosidades (como lo que causa el tiempo: marchita, aja, carcome, roe) que provocan que se aliste al tacto aunque estemos ante la imposibilidad de tocar (esta será una de las glorias de esta colección de cuadros de Jaramillo: la gana enorme de palpar lo que ha producido; nos tienta; formará parte de nuestra impotencia; incluso nos arderá en lo más profundo —como cuando contemplamos un ángel mediocre, es decir un mortal deseable— el vernos imposibilitados de destruir lo que ya está a medias corroído por el autor o por el tiempo).

... (La) falta de denominación (de los cuadros) los vuelve más etéreos, y el éter predomina en su concepto y acaso en su propia constitución. Luego convierte en maleable a lo impalpable. En manos del artista el humo es tangible, asible, y es objeto de sensualidad. Si no, que se mire con detenimiento como las sinuosidades, las curvas elevan la mirada del espectador. Son una suerte de *virgilio*s para hacernos levantar

la mirada hacia arriba. Pero también tiene la capacidad de hacernos mirar hacia abajo, a la tierra donde la materia está siempre a punto de bullir. Las cosas, y es entonces, se destruyen. Y, lo lapidario, parecen querer que la destrucción suceda: la proclaman, la necesitan.

En la obra de Diego Jaramillo no es de extrañar este sentido último de la destrucción en procura de erigir algo en lugar de lo echado abajo... Para enseñarnos esta reconstrucción del mundo, Diego Jaramillo se arma no de técnicas (palabra acuñada por Miguel de Unamuno), sino que se fija en la composición de las partes de su exposición, pero también en la eficacia del mecanismo para expresarse. Sus técnicas son poco más o menos que alquímicas. Al tratarse de un arquitecto de profesión, trabaja con la materia, la conoce y tal conocimiento le sirve para otorgarle “otras” propiedades. La mejor de ellas: la posibilidad de desaparecer, de volver a la nada, de metamorfosearse y fusionarse o mimetizarse con su hábitat o con el terreno que la sostiene.

Cosa fundamental en la pintura actual de Diego Jaramillo es el aire. El aire y su condición abstracta es un canal más que una herramienta descriptiva. La parte intocada no quiere expresar virginidad, quiere declarar su prohibición como transporte: por esos desiertos se trasladan los ojos del espectador y lo hacen con frescura, sin miopías.

... Los lienzos de Diego Jaramillo, sin importar sus dimensiones, nos retan como público. La lentitud que nos demanda es proverbial. La lentitud que puede hacernos partícipes ideales del cuadro. Es entonces cuando el cuadro necesita de los ojos que lo justifiquen.

(Diego Jaramillo. Catálogo de la exhibición del artista en el Museo Pumapungo, Cuenca, 2015)



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2015.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, 150 x 120 cm, 2015



Sin título, acrílico sobre lienzo, 150 x 120 cm, 2015



Sin título, acrílico sobre lienzo, 70 x 60 cm, 2015.
Colección particular



Sin título, acrílico sobre lienzo, diptico, 30 x 30 cm c/u, 2015.
Colección particular

CONSTRUIR, DECONSTRUIR, RECONSTRUIR

Jorge Dávila Vázquez

Hoy Diego Jaramillo llega a una madurez total. Sus trabajos más recientes son una clara muestra del dominio absoluto del oficio, en el proceso de construcción/deconstrucción/reconstrucción de sus universos pictóricos, con una sencillez, y al mismo tiempo, una hondura admirables.

La visión global que podemos tener de su labor actual es rica y múltiple: por un lado, el dominio de los grises, gran desafío de todo artista trascendente en cualquier ámbito, nos lo muestra en casi toda la obra. Por otro lado, el uso sabio de los materiales, ya sea con empastados de acrílico que dan relieve a las composiciones, ya construyendo con el uso de materiales como el papel, ese resalte mágico que es la textura que confiere a los cuadros otra dimensión, sin salirse del orbe de las dos dimensiones, sin dejarlo, al mismo tiempo. Hasta aquí la construcción.

Pero Jaramillo, que siempre ha sido muy cuidadoso en la composición, se reta a sí mismo para romper con ella, y tenemos esas pequeñas obras que forman un conjunto y que, al ser desarticuladas, el espectador enfrenta el reto de ir las ordenando mentalmente, ir formando con ellas esa evocación del paisaje vuelto elemento abstracto, pero que de algún modo nos remite a un mundo que conocemos.

Otro aspecto de la deconstrucción en la obra de Jaramillo es el desgarramiento de las telas en pequeñas porciones, que dejan ver la pintura del fondo y que se constituyen, a su modo, en nuevas muestras de aquello que ha sido, a lo largo de su carrera, una de sus virtudes mayores: la composición.

Son tan sugerentes, tan llenas de un aliento vital estas telas, que nos permiten adivinar lo que hay más allá de la visión superficial y revelan otra de las características mayores de nuestro pintor: la gama colorista. Este es el momento de la cromática, gracias a una suerte de nueva crisografía o una especie de esgrafado, técnicas que Jaramillo usó ya en producciones anteriores, levantando en alguna medida la capa pictórica del acrílico, raspándola a que se viera la base pictórica y sus matices.

En los viejos tiempos en que se usó de estas técnicas, los teóricos afirmaban que era una forma de adivinar la luz que subyacía en los cuadros; admirando la obra de Jaramillo pensamos que también la iluminan.

Diego Jaramillo jamás cesa en su labor pictórica ni experimental... y, por supuesto, no ha cesado en sus búsquedas expresivas, combinando tesón sin casualismos de ninguna clase, con una sutil matemática de las formas y las superficies, que van de lo plano a lo texturado, y que nos conducen a la construcción, deconstrucción, y reconstrucción de un mundo plástico sin estridencias, sereno, cósmico, de una enorme fuerza expresiva, que no tenemos que explicarnos, porque el arte no siempre admite explicaciones, sino intuir, percibir y aprehender al vuelo, en toda su fuerza engendradora, en su cabal proyección, en sus magníficos virtuosismos y capacidades sugestivas.

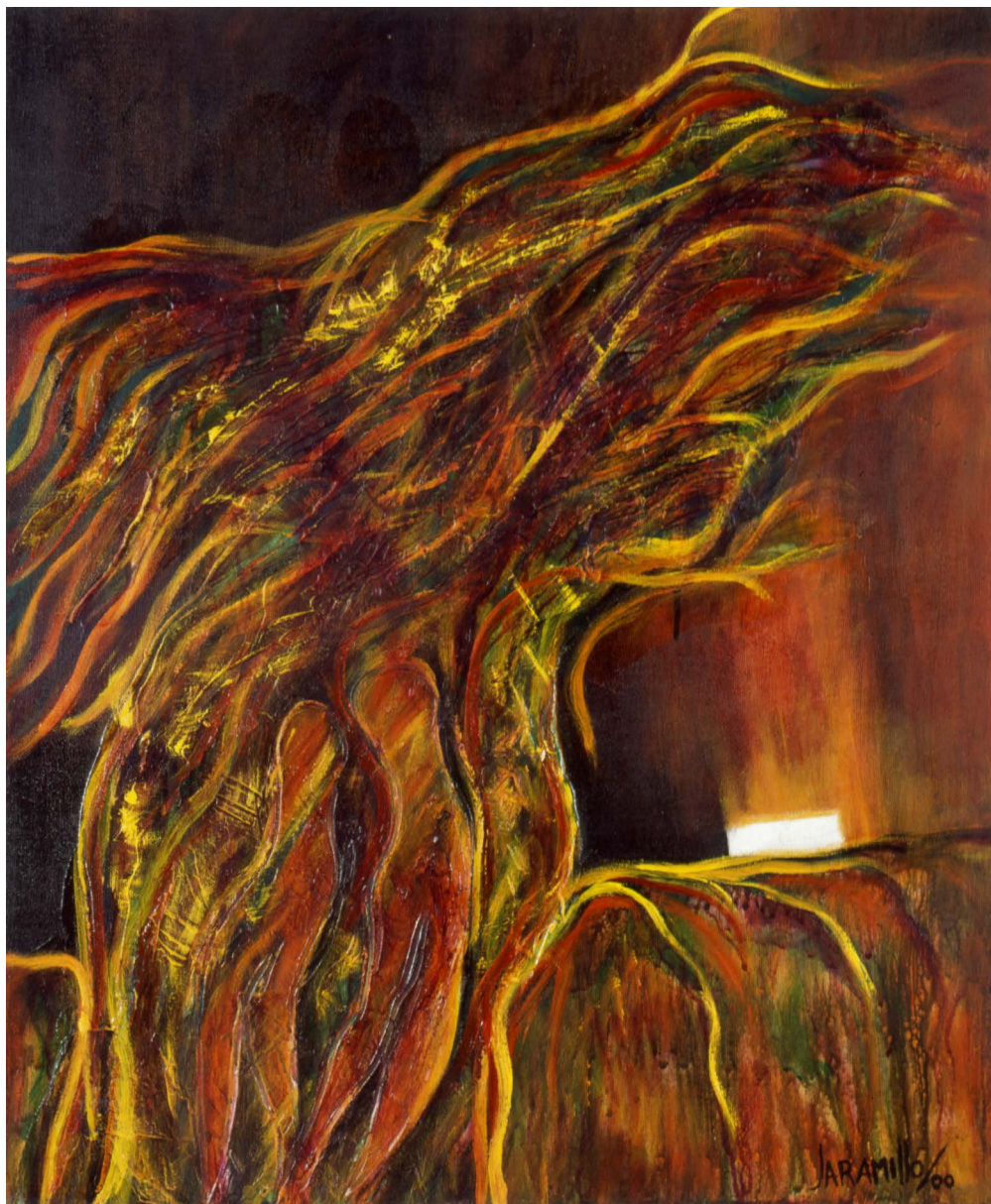
(Diego Jaramillo. Catálogo de la exhibición del artista en el Museo Pumapungo, Cuenca, 2015)



Sin título, acrílico sobre lienzo, 150 x 120 cm, 2015



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2015



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 60 cm, 2000.
Colección particular

¿QUÉ ES UN PAISAJE?

Carlos Rojas Reyes

¿Qué es un paisaje? Más allá del impresionismo y el expresionismo ¿qué son estos paisajes de Diego Jaramillo? Sobre todo: ¿cómo es posible la existencia de paisajes abstractos en donde apenas si queda naturaleza reconocible? Entonces, hay que ir más allá de cualquier estrategia de representación; desde luego, tampoco es la simple presencia de esa realidad externa a nosotros en la que habitamos, nos movemos, somos.

Liberación del paisaje como reproducción del mundo en los contextos que estuvieran. Arte que va más allá de su relación con la exterioridad, que supera tanto los fenómenos de la mimesis como de la hipermimesis de las tecnologías actuales. Así que tenemos que hablar de un paisaje que es, ante todo, producido y que transforma radicalmente nuestra comprensión de este tipo de obras.

La cuestión de los paisajes del artista se ubica en otro contexto, se refiere a otro debate. Su intencionalidad, esto es, su capacidad de referirse a un objeto exterior se ve rebasada en la medida en que inventa ese exterior y solo en este momento aparecen estos paisajes. Ciertamente que se podría decir que esa nueva exterioridad en la que se propone habitar la obra parte, muchas veces, de su percepción de la naturaleza, pero solo para dejarla atrás, para alejarse de ella.

Como punto de partida se pone en movimiento al paisaje: una serie de ondulaciones torna acuosa la tierra; de ella se levantan cañas largas que, en vez de conformar árboles, se diluyen en nubosidades fantasmales sobre un cielo tormentoso que sirve de fondo. Transformación del lugar que tiene como primer objetivo desplazarse de la figuración, huir de la mimesis. Desde luego, aquí no hay presencias humanas. Es la agitación de la tierra que se ha puesto en obra.

En un segundo momento, el artista extrae del paisaje la composición y los colores. Del cielo queda la secuencia de

grises; el movimiento tembloroso se convierte en ondulaciones azul verdosas y en las esquinas, restos ya no reconocibles de paisajes perdidos. El gran protagonista es el azul verdoso que adquiere vida propia desplazándose a través del cuadro, jugando a superponerse y a deslizarse sobre sí mismo.

La tercera fase lleva esta tendencia al extremo. Ya no se trata solamente de aquello que se ha extraído del paisaje, de los elementos autonomizados que provocan la emergencia de nuevos hábitats. El proceso de abstracción hace que el paisaje se convierta en una cosa totalmente diferente. Manteniendo el ritmo, el color y elementos de la composición, esas nubosidades toman forma.

La mancha blanca rosácea es ahora un personaje juguetero que tiende un lazo y amarra a la figura amarilla mostaza que, a su vez, pareciera querer escaparse, mientras una figura aún más imprecisa la sostiene desde el otro extremo. ¿Danzantes? ¿Seres en conflicto? ¿Juego popular? Cualquier interpretación cabe.

Se traza un recorrido que se inicia en el paisaje intervenido de manera cuasi expresionista, se da un paso hacia la liberación de la figuración y desde la abstracción alcanzada, se antropofomiza. El paisaje son los otros que se han vuelto el lugar en donde estamos. El paisaje somos nosotros mismos transformados en el lugar en donde los otros viven.

No es una secuencia lineal; por el contrario, el artista rastrea diversas posibilidades, dibuja senderos en bosques minimalistas en donde apenas si tenemos una delgada línea amarilla que no cesa de bifurcarse. En otros momentos, se regresa a los motivos ancestrales o a los diálogos en blanco y negro de cuerpos que flotan en el espacio.

Cuenca, 2020



Sin título, acrílico sobre lienzo, 15 x 30 cm, 2020





DEHISCENCIAS

ABSTRACCIÓN METAFÍSICA

Carlos Rojas Reyes

Si quisiéramos nombrar la pintura de Diego Jaramillo ¿qué nombre le pondríamos? Aunque la nominación tiende a encasillar, de todas maneras, sirve de síntesis, de identificador de un estilo que se habría logrado desarrollar. En este período llamado *Dehiscencias* es posible encontrar este núcleo de la obra.

Las tendencias abstractas progresivamente ocupan un espacio más grande en su producción, sin que se abandone definitivamente una referencialidad mínima a la realidad que, necia, insiste en mostrar en sus pedazos, indirecta y sutilmente. Por su parte, las abstracciones están lejos de tener un significado único. Hay muchos estilos abstractos con los más diversos sentidos.

Por ejemplo, en el caso de Malevich, quizás la abstracción más brutal, tiene que ver con la necesidad política y estética de señalar un comienzo absoluto, un nuevo período inédito de la humanidad; y desde allí, iniciar el regreso hacia un mundo que se espera que haya cambiado radicalmente. El camino que sigue no es tanto la eliminación de la figuración que es efectivamente su consecuencia, pero no su origen. Se llega a ese nivel tan elevado de abstracción por medio de la sensación. Es un procedimiento por el cual se eliminan los referentes objetivos de esta para dejarla en estado puro; se desemboca, como no puede ser de otra manera, en un desierto.

¿Qué otra alternativa tiene la sensación pura sino la de expresarse en la pura abstracción? El suprematismo llega a la abstracción por la vía de la sensación que ha colocado en suspenso a la objetividad del mundo. Y aquí Malevich señala la radicalidad del movimiento que elimina cualquier apelación al mundo o las representaciones que tenemos de este.

Las abstracciones de Diego Jaramillo no tienen este carácter de ruptura y comienzo absolutos. Tampoco está respondiendo a situaciones políticas convulsas. Más bien, es una reflexión sobre una realidad que se muestra lenta, tediosa,

que se resiste a moverse y cambiar, y que en su inmovilidad comienza a descomponerse, a caerse en pedazos tal como estos cuadros nos muestran.

¿Qué quiere decir esta dehiscencia de la realidad? ¿A qué refiere el deshacerse de las suturas que abre nuevamente las heridas y las expone al trabajo del dolor? ¿Hacia dónde nos lleva la penetración de la nada en lo real? ¿Se trata de un gesto nihilista que triunfa sobre los demás aspectos de la obra? ¿La agresiva abstracción que de manera violenta arrasa con cualquier figuración que se ponga delante, qué imagen del mundo está arrojando?

Entonces avancemos, aunque de manera provisional una caracterización del estilo del artista. Esperamos que provea de luces para una mejor comprensión de un trabajo artístico de varias décadas. Corramos el riesgo de nombrarlo:

Abstracción Metafísica

Podemos emparentarla con la propuesta de Giorgio de Chirico, con la sustancial diferencial de que aquí se mantiene la mirada filosófica sobre el mundo, pero eliminando la referencia a la realidad. De manera similar a este artista, Diego Jaramillo reflexiona en torno al mundo y al final la imagen que nos presenta está penetrada de soledad, vacío, nostalgia. Tendencia que se profundizará en sus cuadros más recientes.

Por supuesto, cualquier denominación nunca refleja el fenómeno en toda su magnitud; por eso, habría que añadir que es una Abstracción Metafísica en la que siempre están penetrando los objetos de la realidad, aunque sea para someterse a la brutalidad del gesto abstracto. Y metafísico porque ha puesto en duda la persistencia de la realidad, ha introducido dudas acerca de su ser, al que ha cuestionado al extremo de reducirlo a una serie de desgarraduras que dejan ver que dentro solamente hay otras fracturas y que quizás al final nos está preparando para el encuentro con la nada.

Cuenca, 2020



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 60 x 50 cm, 2015



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 120 x 150 cm, 2015



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 30 x 30 cm, 2015



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2015



Sin título, acrílico, papel / lienzo, 100 x 100 cm, 2015



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2015



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2015



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 60 x 70 cm, 2015





AUTORRETRATOS

RETRATO Y TIEMPO

Carlos Rojas Reyes

...el derecho de cada uno a su parte de oscuridad
permanecerá imprescriptible.

BENSAID, *Una lenta impaciencia*

Desde luego que no estamos, en estos retratos del artista, ante un ejercicio psicológico. No se trata de una indagación para establecer qué imagen proyectamos ante los demás. Tampoco es una introspección morosa. Reflexión sobre lo que significa exponerse en público, someterse a la mirada inmisericorde de los otros.

La estrategia de la representación fiel está ausente. No cabe la pregunta por la mimesis, por el grado de proximidad con el rostro real. Este es un elemento secundario. Aquí el artista aparece apenas delineado; se adivina un rostro en el fondo con los lentes un poco más visibles. Esquiva la mirada y no quiere vernos.

En otros momentos, el rostro se pone en primer plano. El artista da la cara, asume plenamente la responsabilidad de decir: aquí estoy. Inmediatamente somos desplazados de la pretendida veracidad del retrato. Al contrario, se trata de dejar que otra verdad se muestre. Retratos que son marcados por el paso del tiempo; y más todavía, por el instante en el que se está viviendo.

Aquello que impide la plena figuración no es tanto cuestión de una estrategia pictórica, de elección de un estilo para pintarse a sí mismo. Es el flujo del tiempo, las temporalidades detenidas, congeladas, que se quedan como retratos de esos poderosos *ahora* en los que vivimos peligrosamente.

Si se pregunta por los significados de esta serie y este período de su obra, diríamos que su temática es el presente, ese que finalmente es inaprehensible y que cuando queremos hablar de él, ya ha pasado, ya ha sido reemplazado por otro. Ha desaparecido y lo único que queda es el reflejo inmóvil del rostro en el cuadro.

De allí lo inquietante de estas obras, porque vemos que es el tiempo el que distorsiona la imagen, son las circunstancias vividas las que nos hacen aparecer de un modo o de otro. Son los devenires los que ponen la carga afectiva, la sensación de haber sido tomado por sorpresa cuando estábamos embarcados en pensamientos indefinidos y nos habíamos dejado llevar por las divagaciones.

Entonces ¿por qué no mostrarse e interrogar por el hecho de ser artista? Diego Jaramillo dibuja la condición de los que hacen en arte: escultura metida en una urna de cristal. El artista siempre está atrapado. Puede ser por el museo o la galería de los que no puede escapar; por ese extraño sentimiento de definirse como artista sin saber exactamente qué se es; por la lógica de volverse objeto o de entrar en el mercado. Dentro del cubo el artista nos mira asombrado: ¿cómo vine a dar aquí? ¿qué juego de sucesos fortuitos me trajeron hasta acá?

Los ojos no son el espejo del alma. Son dispositivos de exterioridad que por sí mismos arrojan únicamente anonimato. Difícilmente podemos reconocer a alguien solo por su mirada. Enmarcado en negro un ojo con la mirada fija: ignoramos que ve, quién sabe si el personaje está alegre o triste. Nos gustaría que parpadeara o que nos haga un guiño. Sin embargo, permanece allí, se queda allí, negándose a respondernos.

¿Mira por el ojo de la cerradura? ¿está colocado detrás de una cámara? ¿es examinado por un oculista? ¿Qué quiere decir este marco que le segmenta y le separa del resto de la cara? O quizás no se trata del ojo, sino de las arrugas y el pelo cano ¿No se tiene la impresión de que nos fascina y que no podemos dejar de mirarlo? Hemos sido capturados por la mirada de un ojo silencioso.

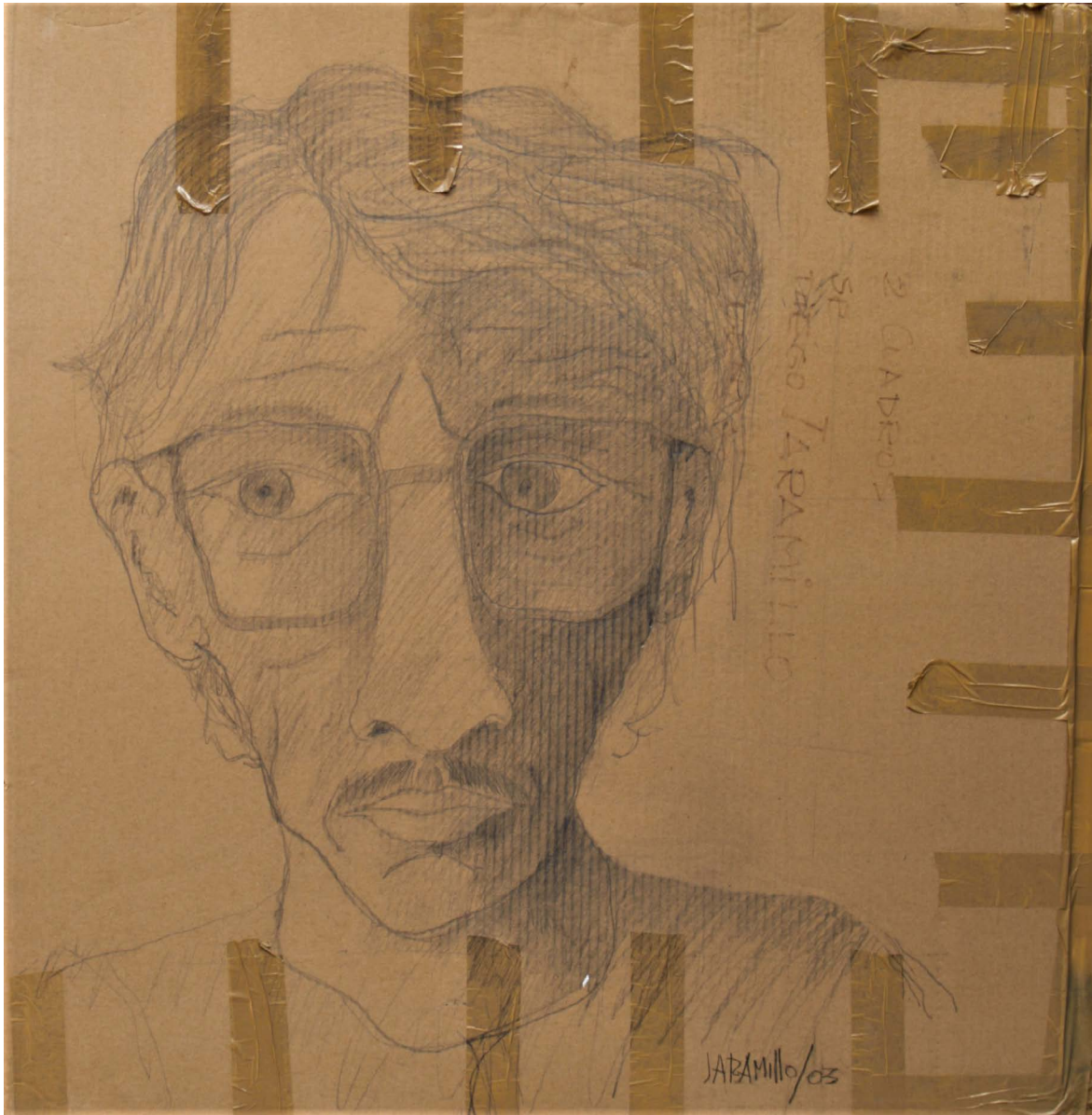
Mostrar una parte del rostro, separarlo del resto, impedir que se haga presente en su plenitud, dice acerca del carácter fragmentario de la mirada, que siempre es un recorte de la realidad, que separa unos elementos para poder fijarse y reconocer. La fotografía lo único que hace es volver patente ese carácter fragmentario de la visión.

Demasiada exposición a las luces del mundo. El artista emprende la retirada. Se desdobra, se repite, se multiplica, abandona la persistencia de la memoria. Toma distancia y se hunde en el cuadro, se funde en él, volviéndose paisaje.

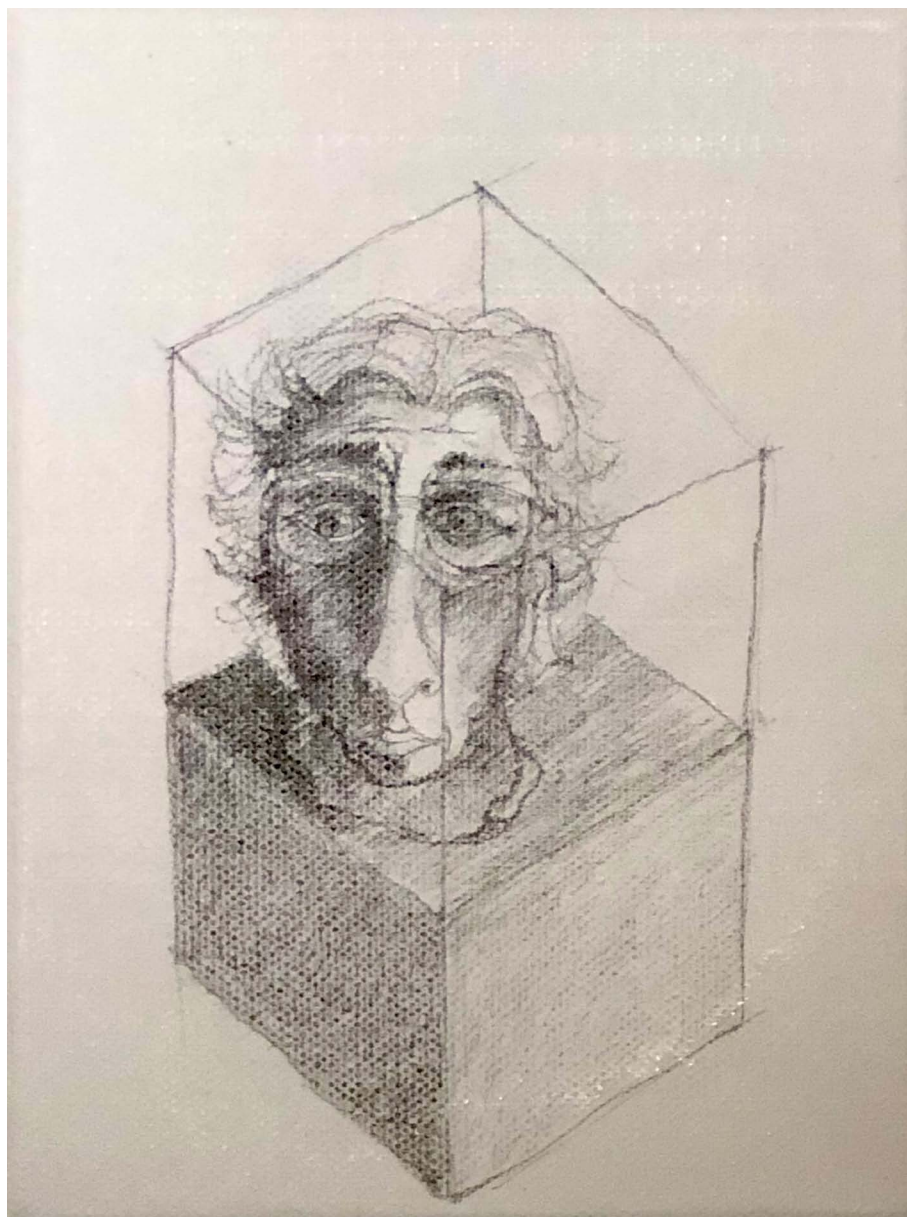
Cuenca, 2020



Autorretrato en memoria, acrílico sobre lienzo, 120 x120 cm, 1998



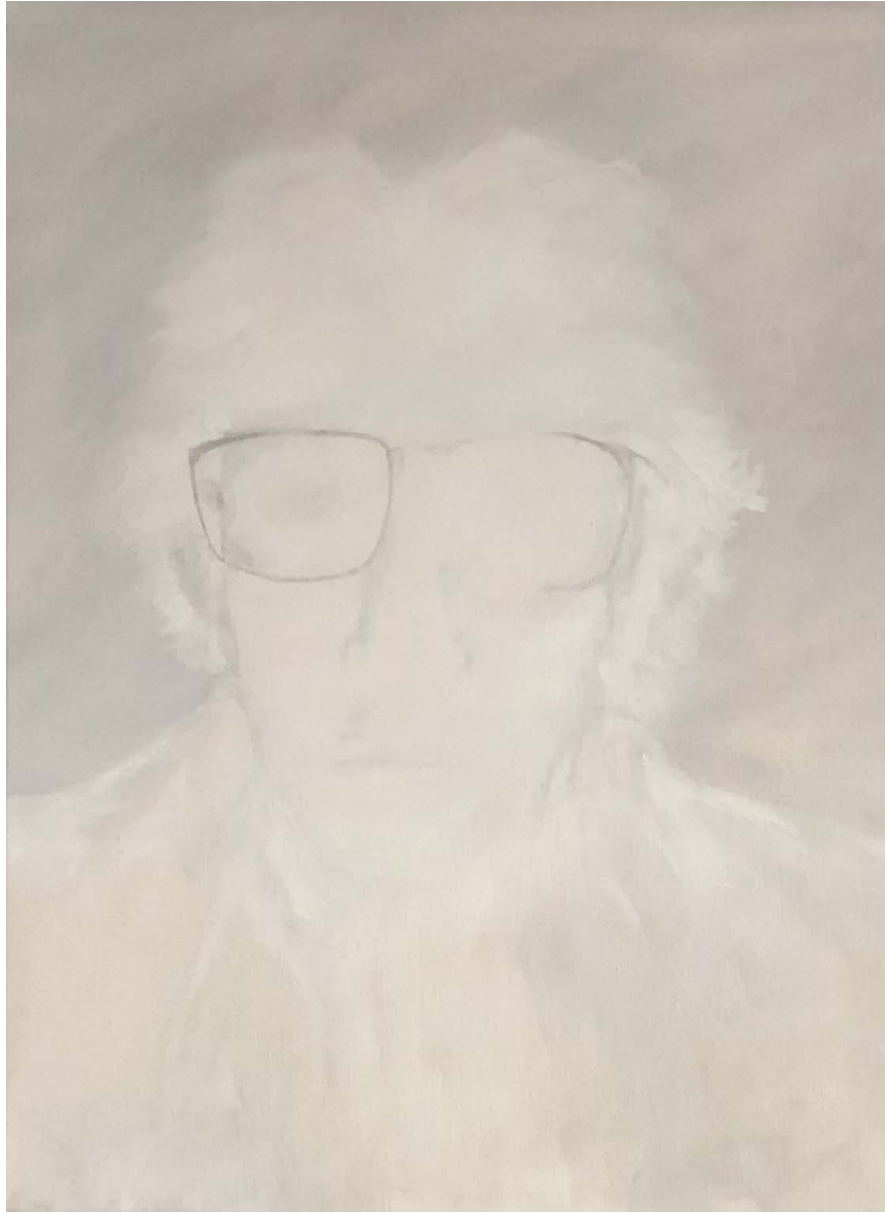
Auto-retrato, grafito sobre caja de cartón, 110 x 110 cm, 2015



Autorretrato, grafito sobre lienzo, 20 x 15 cm, 2020



Autorretrato, acrílico sobre lienzo, 50 x 40 cm. 2020

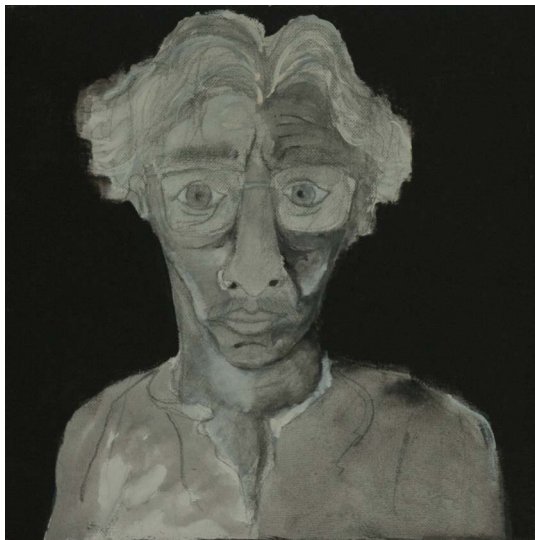


Autorretrato, acrílico sobre lienzo, 50 x 40 cm, 2020



Autorretrato,acrílico sobre lienzo, 40 x 30 cm, 2015

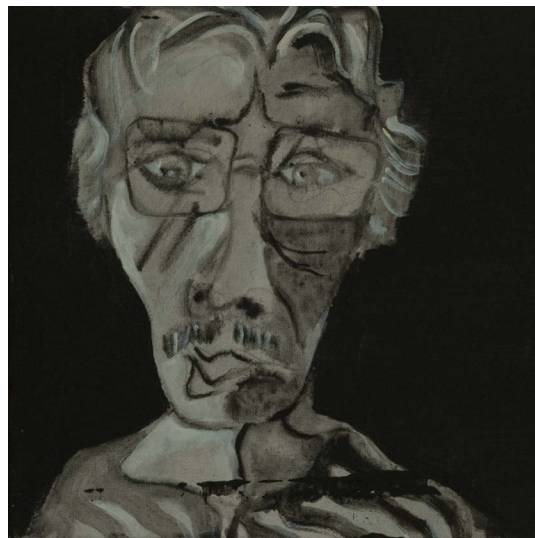
a.



b.



c.



a. *Autorretrato*, acrílico sobre lienzo, 25 x 25 cm, 2015

b. *Autorretrato*, acrílico sobre lienzo, 25 x 25 cm, 2015

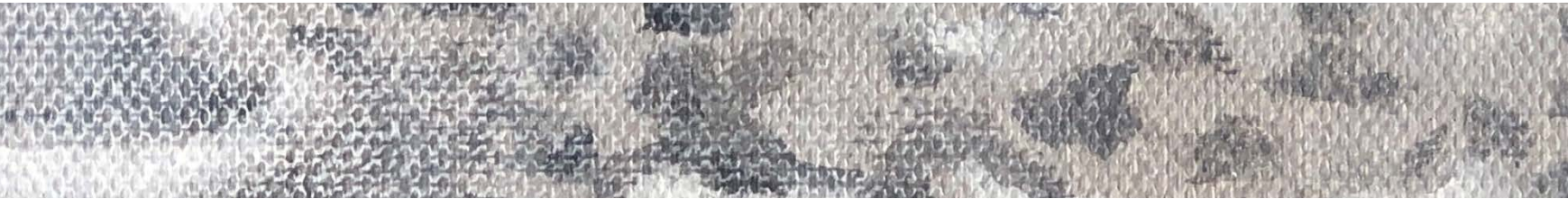
c. *Autorretrato*, acrílico sobre lienzo, 25 x 25 cm, 2015



Autorretrato, acrílico sobre lienzo, 25 x 25 cm, 2015



Autorretrato, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2015





MARES Y RÍOS

EL REGRESO AL ORIGEN

Carlos Rojas Reyes

Finalmente, se regresa al origen. No hay tierra prometida. Solo el paisaje de siempre que ahora se mira con otros ojos, con aquellos que han contemplado la vida pasar y que no sabemos a dónde se ha ido. Con la vuelta al inicio, vienen con el artista mares y ríos ondulantes, apaciguados después de haber entrado en la nada y salido de ella. *Ex nihilo omnia fiunt*. De la nada todo se hace.

Los paisajes otrora disueltos se rehacen tímidamente. Se forman las piedras, se hacen los cauces, crece la hierba en las orillas. Llegan a tener un aire de nostalgia, de esa que acompaña al sauce inclinado sobre el agua. No es el lugar de los recuerdos. Aquí no hay narración, tampoco personajes.

Es como si el mundo retornara a una vaga y provisional armonía que ha dejado atrás los cielos tormentosos. Una calma frágil que puede romperse en cualquier momento. Las huellas del tiempo transcurrido están allí y hay momentos en los que aparecen otra vez. Empujan la hierba, hacen torrentosos a los ríos, presagian mal tiempo en el mar.

Sin embargo, una fuerza que no se conoce de dónde proviene calma las fuerzas de la naturaleza. Una quietud brumosa, una lenta impaciencia, un juego de blancos y grises que a veces son árboles y que en otros instantes es el regreso del caos.

¿De qué son los rastros quebradizos que permanecen en la orilla del mar? ¿Quiénes han pasado por aquí? ¿Serán

nuestras propias huellas que no logramos reconocer? ¿Será la tierra partida? ¿Serán heridas que no sanarán nunca?

Fracturas que como miríadas de pequeñas tortugas se dirigen al mar calmado. Alguna ola alevosa se levanta, únicamente para quietarse. Desoladas marinas de la quietud.

Y cuando llegamos al punto del que partimos encontramos que mares y ríos están teñidos de nuestra ausencia, incluso ahora que el artista ha vuelto, su presencia se adivina. Sospechamos que se sentará en la orilla y se fundirá con el ir y venir de las olas. Suponemos que es el momento en que, como todo lo que está allí, él también será definitivamente distancia, lejanía, paisaje impreciso.

En este largo recorrido de varias décadas, las preguntas metafísicas sobre el ser y la nada, la permanencia y la disolución, el sentido y sinsentido de la existencia, no han encontrado respuesta, quizás porque no hay una respuesta. Los misterios han desaparecido por su propia cuenta.

¿Qué queda, al final, qué queda, insistimos?

¿Será el gesto estético la tabla a la cual nos aferramos?

¿Será la belleza a pesar de todo?

¿Será el movimiento del pincel que se desprende de los dedos y pinta por su propia cuenta?

Una cierta sonrisa, una paz precaria, una ansiedad contenida en el eterno encuentro entre el artista y su obra.

Cuenca, 2020



Sin título, acrílico sobre lienzo, 143 x 203 cm, 2020



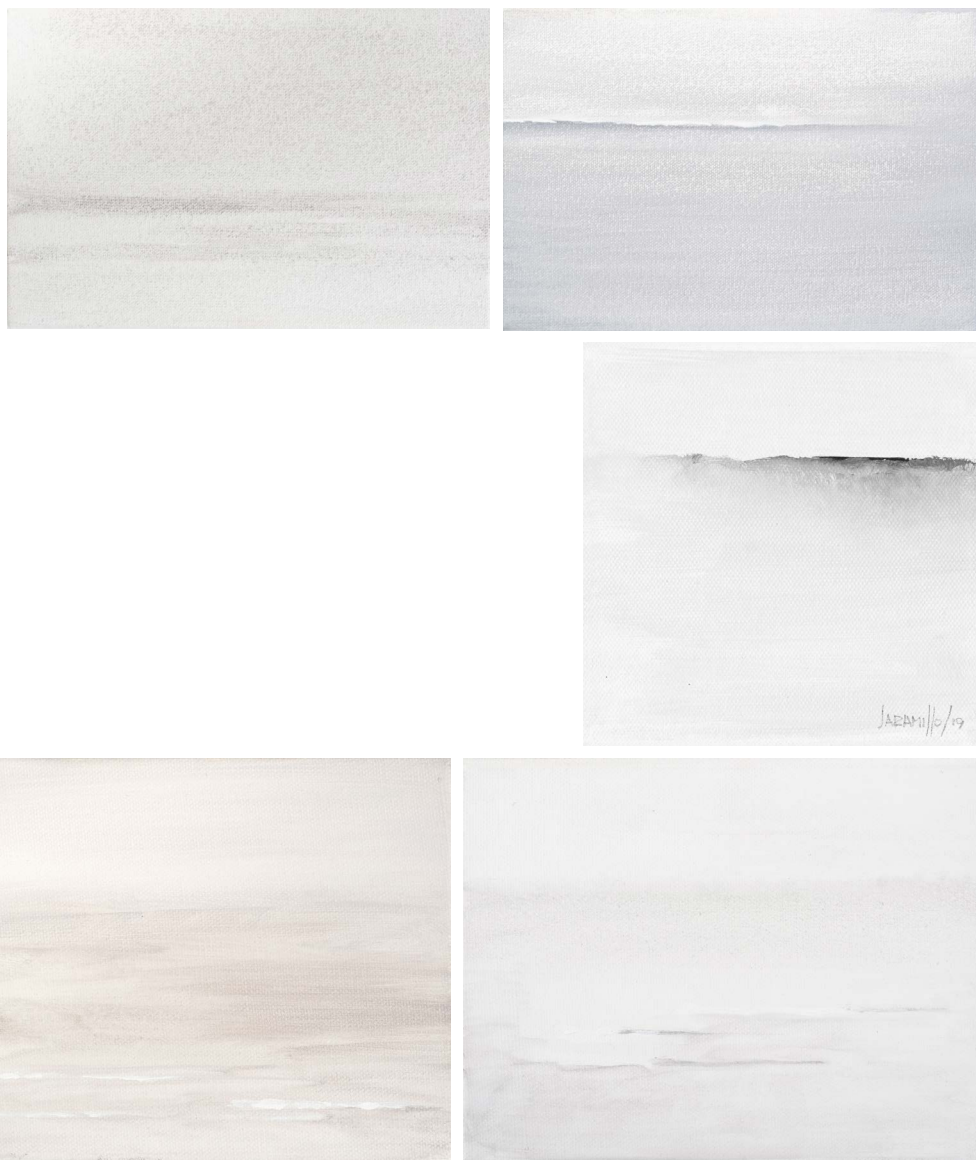
Sin título, acrílico sobre lienzo, 15 x 20 cm, 2020



Sin título, acrílico sobre lienzo, 15 x 20 cm, 2020



Sin título, acrílico sobre lienzo, 15 x 20 cm, 2020



Sin título, acrílico sobre lienzo, políptico. (2) 12 x 18 cm, (2) 15 x 20 cm, (1) 15 x 15 cm, 2020



Tomebamba y Yanuncay, acrílico sobre lienzo, 20 x 15 cm, 2020



Ríos #12, acrílico sobre lienzo, 64 x 64 cm, 2022



Ríos #9, acrílico sobre lienzo, 25 x 50 cm, 2022



Sin título, acrílico, papel, lienzo, 60 x 50 cm, 2022



Ríos #11, acrílico, lienzo, 40 x 50 cm, 2022



Ríos #13, acrílico, papel, lienzo, 100 x 100 cm, 2023





BLANCO SUR

EL FLUIR DEL TIEMPO

Carlos Rojas Reyes

En este período nos encontramos con el recurso a la técnica del montaje que va más allá de la composición y que se toma del cine. En una obra aparecen seis recuadros y en cada uno se capta un momento determinado del día; se podría decir que se representa el estado de ánimo de las nubes pasajeras.

Una cinta sinuosa atraviesa cada uno de los cuadros, desapareciendo en el espacio que las separa. ¿Camino? ¿Vuelo de pájaros enloquecidos que han perdido el rumbo y no saben a dónde migrar? Circularidad de la existencia: creemos avanzar y regresamos al punto de partida.

El paisaje no está dado; es preciso construirlo cuadro a cuadro; solo entonces se lo puede poner en movimiento. La realidad no se da de manera inmediata. Tiene que desarrollarse, plasmarse, buscar la manera cómo entrar en la obra de una manera específica.

El destino de la obra se juega enteramente en este proceso, en donde a partir de los procedimientos formales casi algorítmicos, las formas seleccionadas, los dispositivos, conducen a las disposiciones, las representaciones parciales se vuelven un conjunto unitario. Pero, con igual fuerza, la necesidad de que la imagen, incluso la imagen sintética que muestra el conjunto de la obra tenga que desplegarse en una serie de imágenes.

El montaje se convierte en la plasmación de una forma que ha subsumido al tema, luz, sonido, y que se los ha plasmado en esta obra concreta, adoptando una forma general que provee unidad y que el caso de esta obra se la hace a través de un doble procedimiento: la cercanía visual de cada cuadro y la cinta que los ata impidiendo su dispersión.

De esta manera, el artista introduce un elemento novedoso en su obra: la representación del tiempo que aquí adopta la

forma de secuencia circular: se le pide a la mirada que recorra cada uno de los cuadros siguiendo el camino trazado. Puede continuar girando sin detenerse o regresar infinitamente.

Lo esencial es captar el movimiento discontinuo, fragmentado, que avanza tropezando, saltando de un espacio a otro, evadiendo el vacío.

En otros momentos se adopta la lógica del tríptico; la disposición de los cuadros ha sido hecha al azar; nosotros imaginariamente podemos alterar su orden. Lo importante es la secuencia de *frames* y nuestra mirada tan acostumbrada al cine y a la televisión, pone el mundo en movimiento; de tal manera que en nuestra mente se forma una sola imagen, se integran las masas grises y blancas, seguimos intuitivamente el recorrido visual que se nos propone.

En otra obra, Diego Jaramillo lleva mucho más lejos la teoría del montaje. Al fondo del cuadro vemos diversos recuadros que fácilmente se transformarían en obras independientes. En un primer momento, los cuadros del fondo terminan por organizarse en una forma geométrica. Pero, en ese momento se introduce en primer plano una veladura que encubre el movimiento.

Además, tenemos arrugas, recorridos, filamentos que se mueven caóticamente, que dejan que la mente del espectador no alcance a identificarlas con precisión. El tiempo fluye, no sabemos hacia dónde ni hasta cuándo.

Las demás obras de este período entran en esta lógica del movimiento contenido, en donde es preciso ir más allá de las insinuaciones figurativas y más bien contemplarlas con masas de color que se desplazan y que nosotros inevitablemente queremos que nos recuerde a algo preciso.

Cuenca, 2020



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 50 x 70 cm, 2019



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 40 x 30 cm c/u, 2019



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2019



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 100 x 100 cm, 2019



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 50 x 60 cm, 2019



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 70 x 50 cm, 2019



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, tríptico. 20 x 15 cm c/u, 2019



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 50 x 70 cm, 2019



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 70 x 90 cm, 2019



Sin título, acrílico sobre lienzo, 40 x 40 cm, 2019



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, políptico, 15 x 30 cm c/u, 2019



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 100 x 80 cm, 2019



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 100 x 80 cm, 2020



Sin título, acrílico sobre lienzo, políptico, 20 x 25 cm. c/u, 2020



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 50 x 70 cm, 2020





AUTORRETRATO SIN MÍ

AUSENCIA

Carlos Rojas Reyes

Este período de la obra —y vida— de Diego Jaramillo bien podría llamarse: de la ausencia. Lugares que han permanecido en la memoria, recuerdos de casas, parajes, habitaciones, penetrados por la naturaleza y en donde ya no se volverá a estar. Situaciones que no regresarán. Sé que estuve allí, me veo a mí mismo en esos espacios tan conocidos. Sé que las sensaciones se disolvieron en los años. Lo único que queda es la constancia nostálgica de mi presencia-ausencia en medio de las cosas mudas.

Cuadros en blancos y grises que poco a poco se convertirán en la constante de su obra. Aquí la técnica alcanza su mayor precisión, porque está obligada a mostrar la rememoración, porque tiene que transmitir impresiones subjetivas que finalmente nos pertenecen a todos. La elección de la forma ha dejado de ser casual o solamente fruto del manejo profesional del artista.

Texturas del lienzo que forman la trama, arrugamiento, recorridos móviles de las formas blanquecinas y, en algún lugar del cuadro, un segmento a través del cual atisbamos paisajes, casas, sillas, personas, quizás hasta el propio artista en algún momento de su vida. Todo esto en un segundo plano, detrás de las dinámicas estructuras blanquecinas.

La técnica pulida del cuadro blanco rugoso, abstracto, que remite a movimientos caóticos de formas imprecisas, que parecen estar de paso atravesando el cuadro como si estuvieran en medio de un viaje, siguiendo recorridos múltiples, abriéndose en todas direcciones. En la parte inferior izquierda se ha trazado un cuadrado apenas invadido por esas estructuras paramecias. Dentro del cuadrado una silla vacía de espaldas al espectador.

Alguien estuvo aquí hace mucho tiempo. Aun así, se siente su presencia. La silla espera por él mientras agoniza en medio del vacío, de la soledad, del silencio. Aquí la articulación entre forma de la expresión y forma del contenido encuentra su plenitud. Blancos, grises, elementos móviles que rompen la quietud del blanco. Cuadrado que se abre a la dimensión de los recuerdos, que recorta momentáneamente el fluir de la vida que prescinde de nosotros. Y también la idea del anonimato, de la imposibilidad de asignar este recuerdo a una persona precisa que podamos reconocer.

Retratos del artista en donde se niega a estar. Desistimiento de la presencia, en *su preferiría no haber estado allí, prefiero no estar aquí*. De allí la ironía que da título a este período: Autorretrato sin mí.

Cuenca, 2020



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 30 x 30 cm, 2020



Sin título, acrílico, papel, lienzo, 30 x 30 cm, 2020



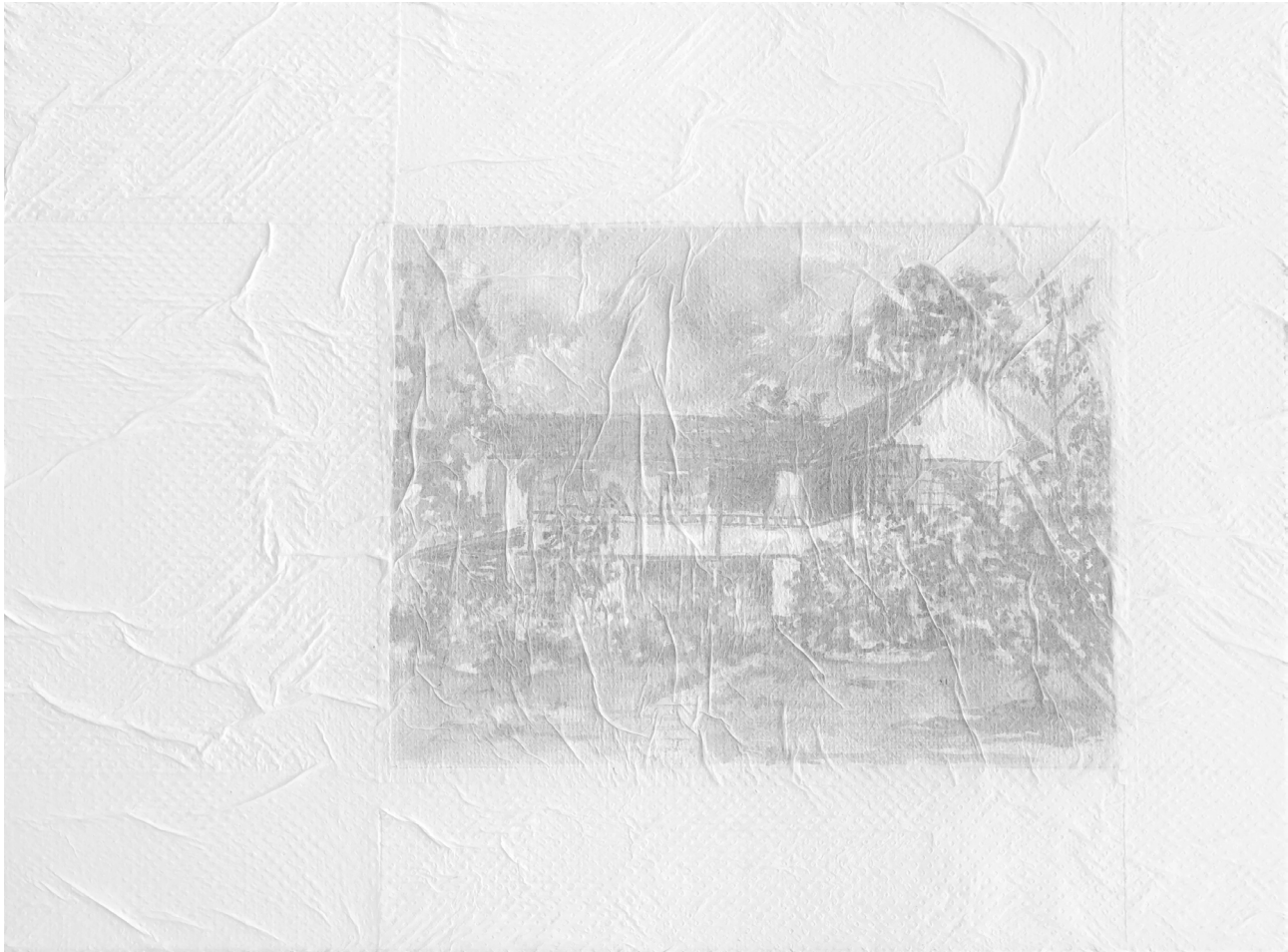
Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 30 x 30 cm, 2020



Sin título, acrílico, papel, lienzo, 35 x 25 cm, 2020



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 100 x 80 cm, 2020



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 25 x 35 cm, 2020



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 30 x 30 cm, 2020



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 35 x 25 cm, 2020.
Colección particular



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 25 x 35 cm, 2020.
Colección del artista



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 35 x 25 cm, 2020.
Colección particular



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 30 x 30 cm, 2020

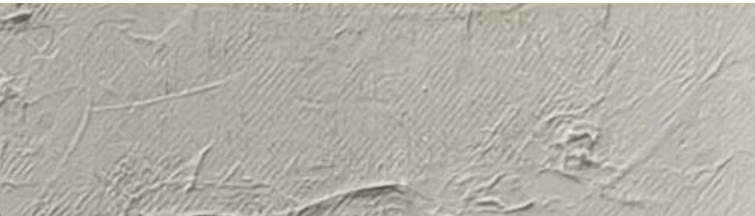


Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 30 x 30 cm, 2020



Sin título, acrílico, papel sobre lienzo, 30 x 30 cm, 2020





ENTREVER

EL SILENCIO Y LA HERIDA

Cristóbal Zapata

A lo largo de su obra pictórica, Diego Jaramillo ha sostenido un diálogo ininterrumpido y silencioso, diría incluso “lento” con la naturaleza y el paisaje. La lentitud es el *tempo* de la contemplación, un mirar callado. A ese ejercicio de raigambre espiritual Jaramillo suma otro, acaso más intelectual y físico: la observación. Quien haya compartido con este artista conversaciones y paseos por la ciudad o el campo sabe que se trata de un observador atento y sutil de los entornos que transita. No en vano, en Jaramillo conviven el pintor, el arquitecto y el diseñador. Es el perfil de una sensibilidad tramada por las hebras de lo visual, entretejida por la materia con la que interactúa su mirada.

Diego Jaramillo pertenece a ese momento de la pintura cuencana inscrita en las coordenadas de la abstracción y/o en la materialidad de lo pictórico, que explora en los pigmentos naturales, que experimenta con nuevos elementos y técnicas el tratamiento de la superficie plástica, que indaga en las texturas de la iconósfera local (parajes naturales, arquitecturas, tejidos, etc.) y que explora nuevos soportes para su realización. Las dos promociones que lideran estas vertientes importan algunos de los nombres centrales de la pintura cuencana de las últimas décadas del siglo XX: Ricardo Montesinos, Edgar Carrasco, Jorge España, Jaime Landívar, Eugenio Abad, Patricio Palomeque, Tomás Ochoa y Pablo Cardoso. Entre ellos, está Diego Jaramillo. En su personal camino podemos rastrear algunas convergencias estilísticas con sus coetáneos, pero, ante todo, la rica singularidad de las diferencias.

En su primera etapa la pintura de Jaramillo se concentró

en la reinención de ciertos signos ancestrales por encima de cualquier dictado mimético; en la evocación pictórica de diverso tipo de vestigios orgánicos: vegetales y textiles primordialmente. El tratamiento plástico de la herrumbre y la pátina daba a sus telas cierto esplendor melancólico. No en vano, las envolturas funerarias prehispánicas eran una de sus referencias visuales. Naturaleza y cultura se fundían en recamadas superficies, ricas en sugerencias hápticas.

El encuentro con el paisaje de la Antártida en 2018, marca un parteaguas en la trayectoria de Diego Jaramillo. Esa gélida extensión de dimensiones metafísicas, majestuosa y apartada al mismo tiempo, parece provocarle aquel sentimiento de lo sublime explorado por Kant en el s. XVIII. Lo sublime y lo bello nos producen agrado, pero de muy distinto modo dice el filósofo. “La vista de una montaña cuya cima nevada se eleva sobre las nubes, la descripción de una tempestad furibunda o la pintura del reino infernal de Milton, despiertan complacencia, pero con horror (...). Lo sublime *emociona*, lo bello *atrae*”¹. Los bordes son lábiles, pero esa *emoción* profunda —que desborda el mero deleite ante el espectáculo de la belleza—, es el que detona el ciclo *blanco sur*, el punto de partida de su obra reciente.

En la serie *Entrever* el paisaje ya no se erige en su magnificencia, en su grandeza sublime de linaje kantiano, sino que aparece fragmentando, atisbado, aludido, como un

¹Immanuel Kant. *Textos estéticos*. Edición y traducción de Pablo Oyarzún R. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1983, p. 20.



Entrever # 7, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2023

apunte marginal, como un pie de página al borde del lienzo, como un recuerdo; con la brumosis de la memoria o la imprecisión del sueño. Trazos, manchas, esbozos propicios a las asociaciones sensoriales, sensuales. El paisaje se ha convertido en una visión algo espectral, fantasmática, incluso onírica sobre un fondo blanco, como iluminado por una luz cenital que al sobreexponer las figuras las difumina. Con frecuencia, además, esas formas se hallan descentradas. “¿Qué pasa cuando se ubica un centro visual pequeño, pongamos una mancha de tinta, un poco aparatado del punto medio de una circunferencia?” se pregunta Rudolf Arnheim en su fundamental estudio dedicado a los principios de la organización espacial en las artes visuales. Y responde: “La mancha excéntrica presentará una tendencia dinámica, probablemente un tirón hacia la posición central. Este tirón se produce porque la ubicación excéntrica de la mancha perturba el equilibrio de la circunferencia, que trata de autorrestablecerse”². Estas tensiones entre la figura entrevista y el vacío, este campo de fuerzas de las emociones, la materia y las formas que para Deleuze fundamenta la pintura es el elemento que detona la obra última de Jaramillo. Ahora lo que opera en la tela nos recuerda ese *como sí* de raigambre confuciana que según François Jullien sustenta la pintura de los antiguos maestros chinos. Es decir: “la modalidad del apareciendo-despareciendo, ‘como si hubiera’ y ‘como si no hubiera’ a la vez...”³. Esto es lo que nuestro artista de-

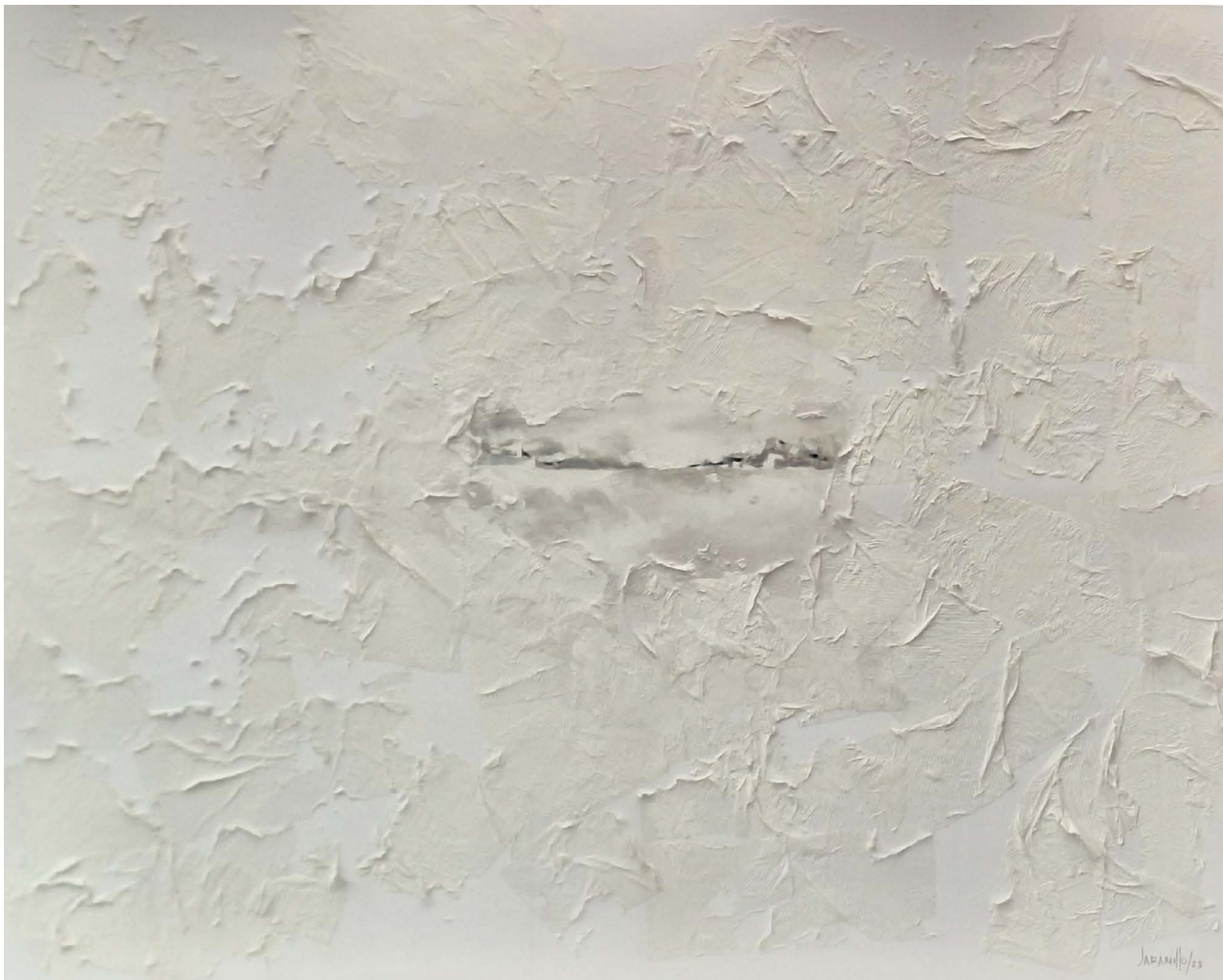
nomina “entrever”. Entre lo visto y lo no visto, entre lo que aparece y desaparece, todo en Jaramillo *transparece*, abre un intersticio entre la transparencia y la aparición.

¿Horizontes diminutos, pequeños bosques, olas, nubes, árboles caídos, aberturas, hendiduras? No siempre podemos identificar con absoluta certeza lo que vemos en los cuadros de Jaramillo. Esa ambigüedad de las formas en la que se deleita su pintura reaparece en sus esculturas cerámicas erizadas de clavos: ¿flores carnívoras (Venus atrapamoscas), sexos espinosos, cilicios? Sus objetos escultóricos provocan múltiples reminiscencias, son metáforas de lo carnal y lo femenino, de la pasión y de la herida. La serenidad y el minimalismo de regusto oriental de sus pinturas se ha trasladado en sus esculturas en un conjunto barroco, donde el pliegue y los clavos fascinan y aterran, remiten al enigma y al estigma de la carne, al deseo y al dolor; al cuerpo transverberado de Santa Teresa, traspasado por un rayo al mismo tiempo místico y erótico. Del blanco seminal, espermático del inicio del mundo a la voracidad del sexo; del cuadro mudo, balbuceante —que apenas alcanza a “pronunciar” unas pocas imágenes entrecortadas como testimonio de la mirada— a las esculturas que gritan, hirientes, heridas. Esta es la travesía que ha experimentado la obra reciente de Diego Jaramillo: el paso de ida y vuelta del silencio a la herida.

Cuenca, enero de 2024

2 Rudolf Arnheim, *El poder del centro: Estudio sobre la composición en las artes visuales*, trad. Remigio Gómez Díaz (Madrid: Alianza Editorial, 1998), p. 20.

3 François Jullien, *La gran imagen no tiene forma o del no-objeto por la pintura*, trad. Alberto Galvany (Barcelona: Ediciones Alpha Decay, 2008), p. 28.



Entrever #1, acrílico, papel, lienzo, 80 x 100 cm, 2023



Entrever #2, acrílico, lienzo, 80 x 100 cm, 2023



Entrever #3, acrílico, lienzo, 80 x 100 cm, 2023



Entrever #4, acrílico, papel, lienzo, 80 x 100 cm, 2023



Entrever #5, acrílico, lienzo, 80 x 100 cm, 2023



Entrever #6, acrílico, lienzo, 80 x 100 cm, 2023



#5, cerámica, 30 x 22 x 10 cm, 2023



#8, cerámica, clavos, 28 x 10 x 6 cm, 2023



#7, cerámica, clavos, 13 x 12 x 6 cm, 2023



#10, cerámica, clavos, 14 x 11 x 6 cm , 2023

DIEGO JARAMILLO:
“PIENSA EN PINTURA”

Iván Carvajal

Superficies blancas atravesadas por líneas, suspendidas por unas manchas grises... ¿Hay un solo blanco o hay matices del blanco que, según se dice, sabrían distinguir con palabras distintas los inuit? De pronto una “mancha” de un gris oscuro que me sugiere un torbellino que quisiera elevarse desde la superficie del lienzo; veo y mi percepción evoca la de un glaciar que se refleja sobre el hielo... ¿Mas, esto es lo que imagino? ¿cuándo contemplé un glaciar? ¿en algún filme? ¿Tarkovsky, Sokurov acaso? ¿fotografías de Salgado?

Es imposible describir la experiencia estética, aunque se pueda teorizar sobre el arte o la poesía, o sobre los procesos de la percepción y la imaginación. Acerca de la experiencia estética efectiva solo es posible decir que algo, una pintura o una sonata, “me conmueve”. Las obras de arte provocan emociones, placenteras a veces, en otras, un sobrecogimiento o incluso horror. Luego de la pandemia del COVID, Diego Jaramillo me invitó a su taller para que contemplara una parte de su serie *Blanco sur*. Sentí que se abría ante mí una exigencia excepcional para ver lo que ahí, en su pintura, aparentaba invisibilidad o mera disolución de formas espaciales. ¿Tal vez eran paisajes “del sur”? La Patagonia, la Antártida, glaciares andinos, himalayos, quien sabe si lunares... Pero ¿acaso importa el “referente” o el “motivo” al que apunta la obra de arte? No, nunca el arte ha sido mera reproducción de lo que ha visto, escuchado o soñado el ar-

tista; o de lo que dice que ha “entrevisto” el pintor... En la actividad artística, por supuesto, entra en juego la técnica. Toda obra artística es resultado de un manejo técnico, sin duda, y las técnicas cambian constantemente: nuevos materiales o instrumentos, condiciones que cambian los campos de lo visible o de lo audible, así como las modalidades del trabajo de los artistas. Están los lienzos, está el acrílico, los blancos, los grises, los colores, sus tonalidades. Están ahí las leves sombras, los cambios de textura, la irrupción de una mancha, de un trazo... Todo ello ha contribuido a la existencia de estas pinturas de Jaramillo, pero es evidente que no son la obra, aunque estén en ella. Lo que como espectador me conmueve es justamente la “cartografía” a la que aludiera Carlos Rojas; la “cartografía” en sí misma, no los “referentes”, ya sean glaciares o ríos llamados Tomebamba o Yanuncay. No interesa la “reproducción” del evento externo a la experiencia estética, hay algo más profundo: toda obra de arte se inserta en el mundo, crea realidad por sí misma. Y es esa realidad la que nos afecta en la experiencia estética en el momento de la recepción.

Diego Jaramillo pinta una serie que denomina *Autorretratos sin mí*: toda pintura que no sea un autorretrato es en sí misma un “autorretrato sin mí”. Lo que importa, en la serie así denominada, es la borradura del espacio en torno al



Entrever #8, acrílico, lienzo, 80 x 100 cm, 2023

pintor, la sugestión que emana de las sombras, acaso la de una muchacha, tal vez la de una anciana, de algún árbol, de alguna casa... La silla vacía: ¿quién se levantó de ella? La sugestión de lo “entrevisto”: cuando vemos, enfocamos la mirada en algo, un ser humano, un árbol, un torrente, y dejamos de percibir lo que está en torno, hasta que de pronto un cambio de iluminación, la sombra del paso de un ave o un reflejo fugaz sobre la superficie del espejo nos incita a mirar hacia lo que anteriormente no se había mirado. A sentir que algo estuvo ahí y que se desvaneció en las sombras... Pero ¿qué sucede con el autorretrato en sí mismo? ¿Qué es lo que nos deja “entrever” el autorretrato? No un mero rostro. ¿Qué conlleva la figura de alguien que alguna vez se pintó a sí mismo?

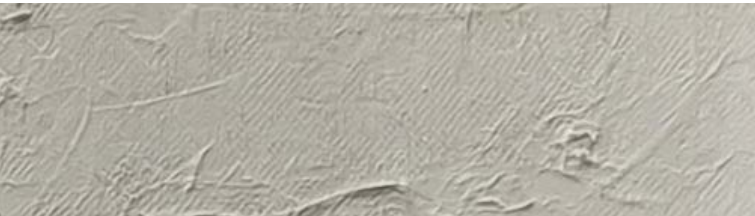
Desde luego, lo visto y entrevisto por Jaramillo en el mar, los ríos, los glaciares, los objetos, o en su propio rostro, han sido trasmutados por su imaginación y por sus manos. Merlau-Ponty llamaba la atención a una cuestión fundamental de la pintura: es obra del ojo y de la mano, del “cuerpo” y del “espíritu”. El pintor no solamente ve, sino que también es un visionario cuando percibe el mundo, y cuando a partir de esa percepción inventa una nueva imagen en su obra. Ahí, en ese proceso, está toda la potencia creativa, inventiva. No se crea ni se inventa desde la nada. Se requiere talento y Jaramillo lo tiene, se ha forjado y fortificado en un permanente ejercicio técnico a lo largo de décadas, ha podido nutrirse seguramente de la significativa obra de los

pintores cuencanos contemporáneos suyos, como lo ha destacado Cristóbal Zapata. Además, ha mantenido una constante reflexión sobre el arte contemporáneo, especialmente sobre la pintura, la escultura y la arquitectura.

Hay un aspecto que tiene que ver con la trascendencia de la obra artística, con la experiencia estética de la recepción: la obra no es una mera exposición de las percepciones o las concepciones del mundo que tenga el artista, y menos de sus sentimientos o sus emociones. Sin embargo, trasmite a través de sus “imágenes” —icónicas, musicales o poéticas—, una convocatoria para que quien contempla o escucha se adentre en las facetas del mundo, en su advenimiento y sus metamorfosis. Es una apertura a una experiencia de mundo, una incitación a percibir, imaginar, pensar el mundo. Valgan unas palabras de Cézanne para señalar la actitud que yo encuentro en Diego Jaramillo: “piensa en pintura”. Diría, además, que veo en su obra una alusión constante, una citación singular, a la obra del gran pintor de Aix-en-Provence. De las obras de Jaramillo, en que aparecen huellas, borraduras que sugieren nubes, árboles, torrentes, hielos que se quiebran, emana la exigencia de mirar con pausa, con la atención de un geólogo, un botánico o un arqueólogo, a fin de detenerse en las cosas, en sus superficies, sus fracturas, en la cambiante luminosidad. Invita a pensar acerca de lo que acontece en torno nuestro, en la inmediatez que se escapa y en lo que preservará la memoria. En las infinitas formas del espacio, en las huellas y trazas que deja el paso del tiempo sobre los cuerpos, las paredes, las riberas, las rocas.

Quito, 2025





PARAJES

PARAJES:
EL TIEMPO ESTÁ FUERA DE QUICIO
Cecilia Suárez Moreno

El tiempo está fuera de quicio.
W. SHAKESPEARE, *Hamlet*

Una de las vertientes más incisivas de las artes y las humanidades contemporáneas es aquella que interroga la relación de lo humano con lo natural y de lo humano con lo animal. Este cuestionamiento se ha tornado ineludible en el marco de la actual crisis ecológica y civilizatoria, cuando el proyecto moderno de pensar la naturaleza como exterioridad pasiva y recurso inagotable se revela en toda su fragilidad.

En este contexto, Diego Jaramillo Paredes ha producido una nueva serie de pinturas que sitúan su práctica artística en una zona liminal. Más, mucho más que narrativas o ilustraciones, estas obras buscan restituir nuestra capacidad de percibir y sentir el mundo, suspendiendo la función de representación de los dispositivos y devolviéndonos la originaria capacidad de experimentar lo sensible.

Radicalmente distante y distinto de las prácticas estéticas románticas, naturalistas o realistas, Jaramillo recurre a la superposición de capas acrílicas, veladuras y transparencias para pintar parajes melancólicos de fragmentos emergentes que invitan al espectador a ingresar en un estado contemplativo, en una suerte de ritual o ceremonia sagrada, que consiste en estar-ahí ante las imágenes que más bien nos miran.

La materia pictórica oscila entre tonos apagados —grises, ocre, verdes, azules, blancos— y súbitos destellos de color que no pretenden consolidarse en figuras estables. Esta tensión cromática encarna la fragilidad de lo natural en un tiempo marcado por la devastación. Por momentos borrada o, en otras, insistente, la pincelada genera superficies erosionadas que evocan montañas apenas insinuadas, cortezas arbóreas, ruinas vegetales o mantos de niebla.

En ninguna de las piezas de esta serie pintada por Jaramillo hay presencia de la figura humana; tan solo en una de ellas emerge una columna altamente simbólica que evoca la cultura y la arquitectura de una civilización que padece su mayor crisis.

La técnica refuerza el efecto de suspensión: el espacio pictórico se mantiene ambiguo, entre lo orgánico y lo abstracto. Al espectador no se le concede la comodidad de una visión mimética, sino que se lo invita a deambular por un campo espectral, a reconstruir con la herramienta de su propia memoria lo que los lienzos insinúan y a aceptar la imposibilidad de recomponer un todo. En este sentido, las piezas se convierten en dispositivos de percepción crítica: nos obligan a habitar la fractura y a reconocer nuestra vulnerabilidad compartida con lo no humano.

La obra dialoga con debates filosóficos contemporáneos. Giorgio Agamben plantea que el arte puede desactivar los dispositivos de poder tornándolos inoperantes; aquí, la inoperancia se traduce en la supresión de la representación del paisaje tradicional. Bruno Latour recuerda que jamás fuimos modernos y en las telas de Jaramillo, la separación entre naturaleza y cultura se derrumba en redes híbridas donde lo humano se descubre bajo la mirada de lo no humano. Donna Haraway advierte que no existe un “afuera natural” intacto al que podamos retornar; las veladuras que produce el artista señalan precisamente la urgencia de co-producción de mundos, aunque siempre incompletos.

Viveiros de Castro señala que la imposibilidad de una naturaleza objetiva es un problema de la ontología occidental; los lienzos de Jaramillo materializan esa imposibilidad en paisajes fragmentados, irreparables. Achille Mbembe, por su parte, sitúa la ruptura con la tierra en la historia colonial y capitalista: resonancia que aflora en la textura erosio-

nada de las obras, donde la devastación se vuelve memoria visible de una violencia planetaria.

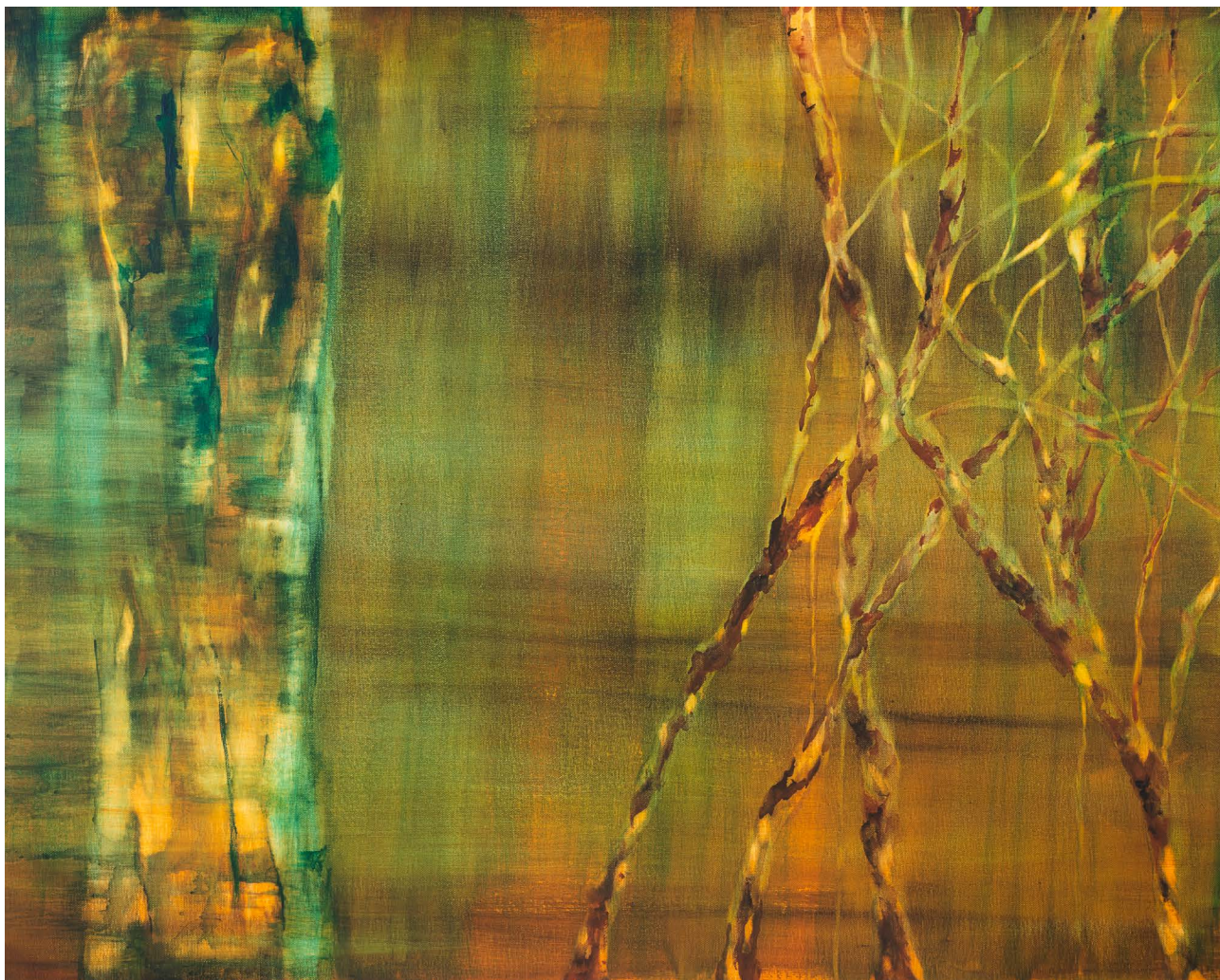
La potencia de esta serie radica en su capacidad de conjugar valores plásticos y pensamiento. La riqueza cromática, la opacidad de las capas y la ambigüedad compositiva no son simples recursos técnicos, sino encarnaciones materiales de la experiencia contemporánea de la fractura. Confrontado con estos fragmentos, el espectador experimenta la melancolía en un tiempo desquiciado y, sin embargo, urgido de reinventar modos de cohabitar con lo no humano.

La pintura de Diego Jaramillo nos enfrenta a una doble certeza: la imposibilidad de retornar a una unidad perdida y la necesidad de inventar nuevas formas de coexistencia. La melancolía de sus imágenes no es resignación, sino conciencia crítica. Su potencia estética y política se juega en este gesto: obligarnos a mirar, desde la herida abierta, la posibilidad de un mundo compartido.

Cuenca, septiembre de 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 120 x 150 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 150 x 120 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 150 x 120 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 80 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 100 x 80 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 120 x 150 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 120 x 150 cm, 2025



Sin título. acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



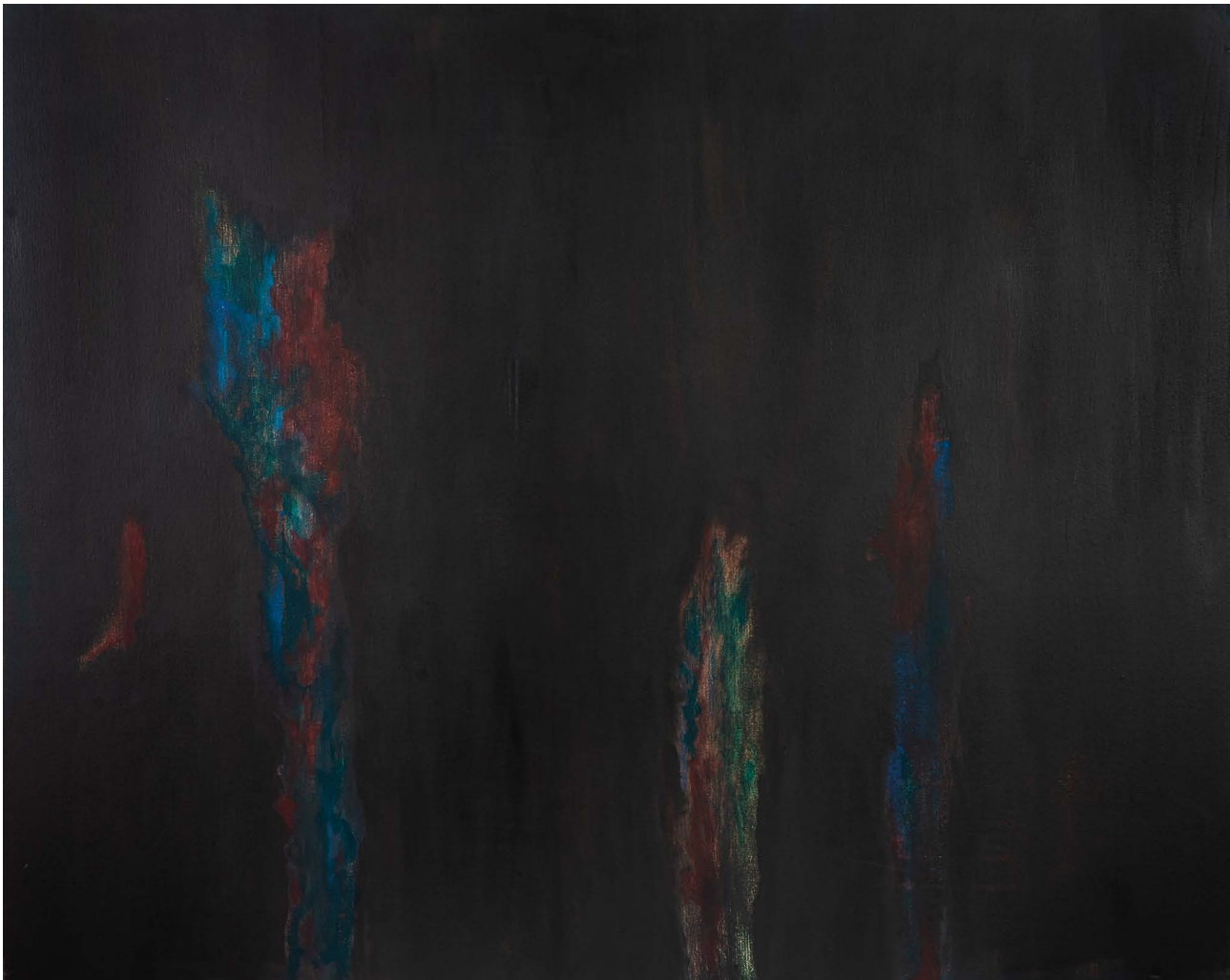
Sin título, acrílico sobre lienzo, 40 x 50 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 40 x 50 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025



Sin título, acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2025

RESEÑAS DE LOS AUTORES

Cristóbal Zapata (Cuenca, 1968). Poeta, narrador, crítico literario y de arte, curador, editor y gestor cultural, profesor honorario de la Universidad del Azuay, director Ejecutivo de la XIII y XIV Bienal de Cuenca, Premio Nacional de Cuento Joaquín Gallegos Lara.

Alfonso Carrasco Vintimilla (Cuenca 1943-1987). Ensayista, crítico literario y catedrático universitario, decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Cuenca, fundador de los Encuentros de Literatura que hoy llevan su nombre.

Carlos Rojas Reyes (Azogues, 1950). Doctor en Medicina, doctor en Estudios Culturales Latinoamericanos, escritor, curador, crítico de arte contemporáneo, profesor Honorario de la Universidad del Azuay, exprofesor de la Universidades de Cuenca.

Marco Antonio Rodríguez (Quito, 1941). Doctor en Filosofía, escritor y ensayista, ex presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, miembro de número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

Claudio Malo González (Cuenca 1936-2022). Doctor en Filosofía, antropólogo, director del Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares (CIDAP), profesor universitario, columnista de varios diarios, ministro de Educación, Cultura y Deportes.

Cecilia Suárez Moreno (Cuenca, 1960). Licenciada en Lengua y Literatura, profesora emérita de la Universidad de Cuenca, ex profesora de Estética y Crítica de Arte, magíster en Arte y Cultura Contemporánea, exdecana de la Facultad de Artes de la Universidad de Cuenca, curadora y crítica de arte.

Jorge Dávila Vázquez (Cuenca, 1947). Doctor en Filosofía y Letras, diplomado en Cultura Latinoamericana, exprofesor universitario, escritor y crítico, Premio de Literatura Aurelio Espinoza Pólit, Premio Nacional Eugenio Espejo.

Alexandra Kennedy Troya (Liverpool, 1954). Profesora Emérita de la Universidad de Cuenca, doctora en Historia, magíster en Historia del Arte Latinoamericano, investigadora del arte y la arquitectura, miembro de Comités Científicos y revistas especializadas.

Oswaldo Viteri (Ambato 1931-Quito 2023). Arquitecto, artista, director del Instituto Ecuatoriano de Folclore, Premio Nacional Eugenio Espejo, candidato al Premio Príncipe de Asturias, mención honorífica en la Bienal de São Paulo en 1969.

Catalina Sojos (Cuenca, 1951). Poeta y gestora cultural, Premio Nacional de Poesía Gabriela Mistral, Premio Nacional de Poesía Jorge Carrera Andrade.

Juan Martínez Borrero (Cuenca, 1955). Profesor Emérito de la Universidad de Cuenca, ex profesor de la Universidad del Azuay, historiador con énfasis en historia cultural, historia de la vida cotidiana, artesanía y arte popular.

Carlos Vásconez (Cuenca, 1977). Escritor y gestor cultural, licenciado en Artes Literarias por la UArtes. Ha publicado diez libros de cuento y cinco novelas. Fue presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, Núcleo del Azuay (2011-2016) y actualmente del Centro PEN Ecuador.

Iván Carvajal (San Gabriel, 1948). Doctor en Filosofía, poeta y ensayista, exprofesor de Letras y Filosofía, Premio Nacional de Literatura Aurelio Espinoza Pólit. Premio a las Libertades Juan Montalvo de la Asociación Ecuatoriana de Editores de Periódicos.

TRAYECTORIA ARTÍSTICA

Exposiciones individuales

- 2026, Museo Municipal de Arte Moderno, Cuenca, Ecuador.
2024, Galería Saladentro, Cuenca, Ecuador.
2022, Galería Saladentro, Cuenca, Ecuador.
2021, Museo, Museo Nahím Isaías, Ministerio de Cultura y Patrimonio, Guayaquil, Ecuador.
2015, Museo Pumapungo, Ministerio de Cultura y Patrimonio, Cuenca, Ecuador.
2010, Salón del Pueblo, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Cuenca, Ecuador.
2008, Galería de la Alcaldía, Cuenca, Ecuador.
2008, Galería Larrazábal, Cuenca, Ecuador.
2008, Galería Mirador, Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, Ecuador.
2008, Banco Central del Ecuador, Museo Bahía de Caráquez, Ecuador.
2007, Galería Larrazábal, Cuenca, Ecuador.
2007, Museo Puerta de la Ciudad, Loja, Ecuador.
2004, Alianza Francesa, Quito, Ecuador.
2004, Galería Larrazábal, Cuenca, Ecuador.
2000–2001, *Language of the Land: Contemporary Landscape Paintings of Kentucky and Ecuador*, Presented by the Lexington Art League and Kentucky-Ecuador Partners, varias ciudades de EE.UU. y Ecuador.
2000, Galería Paredes, Paseo del Barranco, Cuenca, Ecuador.
1999, *El eterno entorno*, Instalación, Casa de las Galerías, Cuenca, Ecuador.
1999, Museo Arqueológico del Banco del Pacífico, Guayaquil, Ecuador.
1998, *12 pintores-escultores ecuatorianos en Israel*, Museos del Banco Central, Quito, Guayaquil, Cuenca, Ecuador.
1997, Museo del Banco Central del Ecuador, Cuenca, Ecuador.
1997, Galería Madeleine Hollaender-Hotel Oro Verde, Guayaquil, Ecuador.
1997, Centro Cultural Benjamín Carrión, Quito, Ecuador.
1997, Pintura e instalación: “Este arroz ya está cosido”, Galería Larrazábal, Cuenca, Ecuador.
1997, Galería Raziél, Cuenca, Ecuador.
1996, Galería Madeleine Hollaender, Guayaquil, Ecuador.
1995, Museo de Arte Moderno, Cuenca, Ecuador.
1994, Radisson Center, Miami, Florida, EE.UU.
1993, Posadas de las Artes Kingman, Quito, Ecuador.
1993, Galería Larrazábal, Cuenca, Ecuador.
1992, Galería Igor Muñoz, Cuenca, Ecuador.
1991, Museo del Banco Central, Loja, Ecuador.
1989, Galería Larrazábal, Cuenca, Ecuador.
1988, Centro Cultural del Colegio de Arquitectos del Pichincha, Quito, Ecuador.
1987, Galería del Banco del Pacífico, Cuenca, Ecuador.
1987, Alianza Francesa, Cuenca, Ecuador.
1985, “Homenaje a las Delegaciones de los Décimos Juegos Deportivos Bolivarianos”, Villa Bolivariana, Cuenca, Ecuador.
1985, Museo de Arte Moderno, Cuenca, Ecuador.
1984, Tercer Encuentro de Literatura Ecuatoriana, Festival de las Artes, Galería la Manzana Verde, Cuenca, Ecuador.
1977, Salón del Pueblo, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, Cuenca, Ecuador.
1975, Galería Sangurima, Cuenca, Ecuador.

Premios y distinciones

- Presea al Mérito Cultural. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 2013.
- Curador General de la *IX Bienal de Cuenca*, Ecuador, 2007.
- Mención de Honor del “Premio José María Lequerica” de Historia Nacional, como coautor de la obra *Cuenca, Santa Ana de la Aguas*. Distrito Metropolitano de Quito, 2005.
- Jurado del *XXXIV Salón de Pintura “Luis A Martínez”*, I. Municipalidad de Ambato, 2004.
- Miembro del Comité de Gestión de la *VII Bienal de Cuenca*, Ecuador, 2001–2002.
- Curador de la muestra ecuatoriana para la *VII Bienal de Cuenca*, Ecuador, 2001–2002.
- Jurado del *XLIII Salón de Octubre*, Casa de la Cultura, Núcleo del Guayas, Guayaquil, Ecuador, 2001.
- Jurado del *II Salón Taller Internacional de estudiantes de Arte “ACADEMICA 98”*, Centro Nacional de Escuelas de Arte de Cuba, Academia San Alejandro, La Habana, Cuba, 1998.
- Miembro del Consejo Asesor del Museo de Arte Moderno de la ciudad de Cuenca, 1998-2002.
- Jurado Internacional del *1º Salón Nacional de la Cerámica*, Fundación Paul Rivet, Cuenca, Ecuador, 1998.
- Jurado del *I Salón Nacional del Tapiz*. Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares, CIDAP, Cuenca, Ecuador, 1998.
- Participación por invitación en el *Seminario de Pintores y Escultores ecuatorianos en Israel*, Instituto Cultural Israel-Ibero América, Embajada de Israel en el Ecuador, Instituto Ecuatoriano-israelí, 1997.
- 2º Premio, *I Salón Nacional Universitario de Pintura*, Consejo Nacional de Universidades y Escuelas Politécnicas del Ecuador, 1996.
- Jurado del *1º Concurso Nacional de Diseño de Joyas*, Facultad de Diseño de la Universidad del Azuay, Cuenca, Ecuador, 1996.
- Miembro de la Organización Internacional del Arte Popular. Organismo Status B de la UNESCO. Desde 1994.
- Jurado del *I Salón de Pintura Contemporánea de Integración Latinoamericana*, Universidad Nacional de Piura, Perú, 1991.
- Jurado del *1º Salón Nacional del Tapiz*, Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares, CIDAP, Cuenca, Ecuador, 1989.
- Participación en la *1º Bienal Internacional de Pintura*, en representación del Ecuador, 1987.
- 3º Premio Pintura, *1º Salón Juvenil de artes Plásticas*, Municipalidad de Cuenca, Ecuador, 1969.
- 2º Premio Pintura y Dibujo, *Salón Navideño de Arte*, Municipalidad de Cuenca, Ecuador, 1970.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE SU OBRA

- Abad, Andrés, ed. *De la inocencia a la libertad. Arte cuencano del siglo XX*. Banco Central del Ecuador, 1998.
- Arias, José Carlos. *Claves del Arte*. Museo Antropológico y de Arte Contemporáneo MAAC, Guayaquil, Ecuador, 2006.
- Arias, José Carlos. *Diego Jaramillo*. Catálogo de exposición. Banco Central del Ecuador, Museo Bahía de Caráquez, Ecuador, 2008.
- Cárdenas, Eliécer. “Diego Jaramillo, espacios y color.” *La Pluma*, suplemento de *El Tiempo*, Cuenca, Ecuador, 8 de abril de 1995.
- Cordero, Claudio. “Diego Jaramillo, pintor.” Presentación de exposición en la Galería Larrazábal, Cuenca, Ecuador, noviembre 1989.
- Cuvi, Pablo, ed. *Nuevos Cien Artistas*. Dinediciones, Quito, Ecuador, 2001.
- Dávila Vázquez, Jorge. “Construir, deconstruir, reconstruir.” Catálogo de exposición en el Museo Pumapungo, Cuenca, Ecuador, 2015.
- Dávila Vázquez, Jorge. *Jaramillo: en busca de las huellas*. En *Catedral Salvaje*, suplemento de *El Mercurio*, Cuenca, Ecuador, 12 de octubre de 1997.
- Dávila Vázquez, Jorge. “Mi Pre-Bienal.” *Diario Hoy*, Quito, Ecuador, 23 de julio de 1987.
- Dávila Vázquez, Jorge. *Reminiscencias*. Catálogo de exposición en la Galería de la Alcaldía, Cuenca, Ecuador, 2008.
- “El arte, testimonio trascendente.” *El Mercurio* (Cuenca, Ecuador), 11 de abril de 1995.
- Hadatty Saltos, Juan. “Naturalezas abstractas de Diego Jaramillo.” *15 Días* 131 (julio 1995). Guayaquil, Ecuador.
- “Jaramillo y la naturaleza.” *El Telégrafo* (Guayaquil, Ecuador), 6 de febrero de 1996.
- Kennedy Troya, Alexandra. “Diego Jaramillo y la irresuelta realidad latinoamericana.” *Diario Hoy* (Quito, Ecuador), 8 de marzo de 1998.
- Kennedy Troya, Alexandra. *Di-ego*. Catálogo de exposición. Alianza Francesa, Quito, Ecuador, 2004.
- Kennedy Troya, Alexandra. “Diego Jaramillo: Espacios de vida y muerte.” *Diners* 157 (junio 1995). Quito, Ecuador.
- Kennedy Troya, Alexandra. “La irresuelta realidad latinoamericana.” *Diario Hoy* (Quito, Ecuador), 8 de marzo de 1988.
- “Lectura de los abstractos de Diego Jaramillo.” *El Tiempo* (Cuenca, Ecuador), 21 de abril de 1992.
- “Los acrílicos de Jaramillo”. *Vistazo* 683 (febrero 1996). Guayaquil, Ecuador.
- Malo, Claudio, Oswaldo Viteri, Claudio Cordero, Jorge Dávila, y Cecilia Suárez. *Catálogo de exposición en el Museo de Arte Moderno*, Cuenca, Ecuador, 1995.
- Martínez Borrero, Juan. “Completar lo fragmentario/fragmentar lo completo.” Catálogo de exposición en el Museo Pumapungo, Cuenca, Ecuador, 2015.

Moreno, Joaquín. Presentación de exposición en el Museo de Arte Moderno, Cuenca, Ecuador, abril 1995.

“Muestra de Diego Jaramillo.” *El Universo* (Guayaquil, Ecuador), 6 de febrero de 1996.

Oña, Lenin. “Pro y contra de la prebinal cuencana.” *Palabra Suelta* 1987–1. Quito, Ecuador.

Pacurucu, Hernán. *Blanco sur: Diego Jaramillo*. Catálogo de exposición en el Museo Nahím Isaías, Guayaquil, Ecuador, 2021.

Quezada, Nancy. “Nuestros Artistas: Diego Jaramillo Paredes.” *Revista de la Construcción* 12 (marzo 1996). Cámara de la Construcción de Cuenca.

Rojas, Carlos, y Hernán Pacurucu. *Diego Jaramillo, artista mirando al sur*. Ediciones Colectivo de Cultura y Arte COCUA, Cuenca, Ecuador, 2022.

Rojas, Carlos. “Di-Ego, la inquietante propuesta de Diego Jaramillo.” *La Hora* (Quito, Ecuador), 4 de julio de 2004.

Rojas, Carlos. “Geografías subjetivas”; “Dehiscencias”; “El autorretrato imposible.” Catálogo de exposición en el Museo Pumapungo, Cuenca, Ecuador, 2015.

Rodríguez, Marco Antonio. *Palabra e imagen 3*. Quito, Ecuador, 2001.

Rodríguez Castelo, Hernán. *Diccionario crítico de artistas plásticos del Ecuador del siglo XX*. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1992.

Rodríguez Castelo, Hernán. *El siglo XX de las artes visuales en Ecuador*. Museo de Arte, Banco Central del Ecuador, Guayaquil, Ecuador, 1988.

“Salón universitario de Pintura.” *El Universo* (Guayaquil, Ecuador), 12 de diciembre de 1996.

Suárez Moreno, Cecilia. “Amores en el bosque.” *Solotextos. Revista de Cultura* 4 (1993). Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay.

Suárez Moreno, Cecilia. “Amores en el Bosque. Arte y Vida. Análisis de una Propuesta Estética.” *Cabeza de Gallo 2* (enero 1993). Universidad de Cuenca.

Suárez Moreno, Cecilia. “Cuenca 1924–1994. De las culturas premodernas al clima posmoderno.” *El Mercurio* (Cuenca, Ecuador), 22 de octubre de 1994.

Suárez Moreno, Cecilia. “Diego Jaramillo, La búsqueda de una estética vital.” *Trama*, Quito, Ecuador, septiembre 1994.

“Triunfo honra a Cuenca.” *El Mercurio* (Cuenca, Ecuador), 22 de diciembre de 1996.

“Una obra autobiográfica.” *El Universo* (Guayaquil, Ecuador), 5 de junio de 2008.

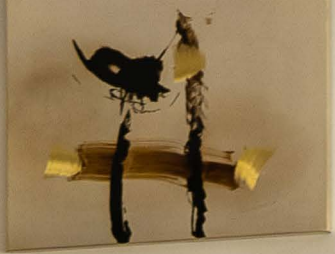
Vásconez, Carlos. “La creación del espectador en las grutas ejemplares de Diego Jaramillo Paredes.” Catálogo de exposición en el Museo Pumapungo, Cuenca, Ecuador, 2015.

Vega de la Cuadra, Felipe. “Este arroz ya está cosido.” *Diario Hoy* (Quito, Ecuador), 1 de febrero de 1997.

Zapata, Cristóbal. *El silencio y la herida*. Catálogo de exposición. Galería Saladentro, Cuenca, Ecuador, 2024.

Zapata, Cristóbal. *Relato sobre el tema de Diego Jaramillo*. 1992.

Zapata, Cristóbal. *Salón de Pintura Contemporánea*. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, Cuenca, Ecuador, 1997.





Este libro se terminó de imprimir y encuadernar
en enero de 2026 en el PrintLab
de la Universidad del Azuay,
en Cuenca del Ecuador.

Desde sus inicios en las coordenadas del arte precolombino —en los años ochenta—, pasando por su serie *Blanco Sur* (2019-2020), que marcó un punto de inflexión en su percepción cromática del paisaje, hasta sus recientes *Parajes* (2025), cuadriláteros metafísicos erguidos en medio de cerros y descampados andinos donde parece librarse una encarnecida batalla interior entre el artista y su conciencia, la obra de Diego Jaramillo (Cuenca, 1957) es el fruto de las oscilaciones emocionales y estéticas entre la contemplación serena y silenciosa de la naturaleza y las ráfagas y celajes de sus heridas y demonios personales. Esta llama doble evidencia el impulso vital y estético de sus búsquedas creativas.

La presente edición —al cuidado del escritor y crítico Cristóbal Zapata— repasa cincuenta años de trayectoria del artista a través de una amplia recopilación de registros de obras y una no menos generosa selección de textos de escritores, poetas, críticos y académicos de distintas promociones que han acompañado su trayectoria artística y que dan cuenta de la fecunda interlocución que ha propiciado a lo largo del tiempo.



DIRECCIÓN GENERAL DE
CULTURA, RECREACIÓN
Y CONOCIMIENTO

mmam
MUSEO MUNICIPAL
DE ARTE MODERNO

45 ANIVERSARIO
1981-2026



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

ISBN: 978-9942-54-048-5



9 789942 540485

